



Octavio López Zaragoza, Ma. Cristina Núñez Madrazo,  
Adriana Duch Carvalho y Zulma V. Amador Rodríguez

# De mi Coyolillo les voy a contar HISTORIAS DEL PUEBLO Y SU GENTE



Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es). Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial. La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

DE MI COYOLILLO LES VOY A CONTAR

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

*Martín Gerardo Aguilar Sánchez*  
Rector

*Elena Rustrián Portilla*  
Secretaria Académica

*Lizbeth Margarita Viveros Cancino*  
Secretaria de Administración y Finanzas

*Rebeca Hernández Arámburo*  
Secretaria de Desarrollo Institucional

*Agustín del Moral Tejeda*  
Director Editorial



# De mi Coyolillo les voy a contar

Historias del pueblo y su gente

Octavio López Zaragoza  
Cristina Núñez Madrazo  
Adriana Duch Carvallo  
Zulma V. Amador Rodríguez



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

Diseño de forros: Aída Pozos Villanueva  
Ilustración de forros: Lucía Prudencio Núñez

Clasificación LC: F1371 L669 2021  
Clasif. Dewey: 972.62  
Autor: López Zaragoza, Octavio.  
Título: De mi Coyolillo les voy a contar : historias del pueblo y su gente /  
Octavio López Zaragoza, Cristina Núñez Madrazo, Adriana Duch  
Carvalho, Zulma V. Amador Rodríguez.  
Edición: Primera edición.  
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Edi-  
torial, 2021.  
Descripción física: 156 páginas : ilustraciones, fotografías, mapas ; 23 cm.  
Nota: Glosario: páginas 147-152.  
Bibliografía: página 153.  
ISBN: 9786075029542  
Materias: Coyolillo (México)-Historia.  
Coyolillo (México)-Vida social y costumbres.  
Coyolillo (México)-Folklore.  
Autor relacionado: Núñez Madrazo, María Cristina.  
Duch Carvalho, Adriana.  
Amador Rodríguez, Zulma V. (Zulma Vianey).

DGBUV 2021/37

Este libro es producto del proyecto CB-Conacyt 2012-183063, Recreación de saberes y comunidades sustentables. Un estudio comparativo en poblaciones rurales mestizas e indígenas del estado de Veracruz.

© Por las fotografías: Cristina Núñez Madrazo, Luis Enrique García Méndez, Adriana Duch Carvalho, Sebastián Kunold Bello, Jesús López, Daniel Garrido Méndez

Primera edición, 20 de septiembre de 2021

D. R. © Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial  
Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88  
direccioneditorial@uv.mx  
<https://www.uv.mx/editorial>

ISBN: 978-607-502-954-2

DOI 10.25009/uv.2542.1586

Impreso en México *Printed in Mexico*

# Introducción

## I.

Este libro nace del interés del maestro artesano Octavio López Zaragoza por escribir la historia de Coyolillo, por dejar un testimonio de su vida, de la vida de sus padres, abuelas y abuelos, de los habitantes de un pueblo situado en el valle del río Actopan, en el centro del estado de Veracruz, cuya fiesta de carnaval destaca en la región.

En noviembre de 2014 invitamos a don Octavio a un conversatorio en la Universidad Veracruzana con los estudiantes de la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad (METS), en el Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes, con el propósito de conversar sobre sus saberes, su experiencia de vida y sobre la historia de su pueblo, Coyolillo.

Lo habíamos conocido en una visita previa que realizamos a la localidad, en compañía de Stanley Bullock (†), profesor de la Facultad de Danza de la Universidad Veracruzana, quien nos invitó a colaborar en una iniciativa para fundar una escuela de artes en el pueblo.<sup>1</sup> Él nos presentó a don Octavio, maestro artesano en la elaboración de máscaras de carnaval, quien a lo largo de los años se ha desempeñado como gestor cultural y ha fungido como agente municipal y presidente del Comisariado Ejidal en la localidad.

A partir de ese encuentro fuimos construyendo una relación de empatía con él y lo invitamos al conversatorio con la intención de promover

<sup>1</sup> En el contexto del proyecto de investigación Recreación de saberes y comunidades sustentables. Un estudio comparativo en poblaciones rurales mestizas e indígenas del estado de Veracruz. Conacyt CB-2012-183063.

un encuentro de saberes, junto con los estudiantes y profesores de la línea de investigación Creatividad social y comunidades sustentables, de dicho posgrado.<sup>2</sup>

Don Octavio mostró gran elocuencia y habilidad para narrar meticulosamente su historia de vida. Su memoria prodigiosa nos hizo penetrar en aspectos sutiles de su vida y la de su pueblo. Después de la sesión, mientras exponía sus máscaras, nos expresó su interés por hacer un libro para hacer visible “la verdadera historia de Coyolillo”, y nos solicitó explícitamente apoyo y acompañamiento para escribirlo. Nos dijo que era un proyecto muy importante, dado que ya se habían escrito varios textos sobre Coyolillo, pero era necesario crear un testimonio con la voz de los pobladores originarios, y que a él le interesaba mucho plasmar esa historia en un libro para dejar un testimonio vivo a las futuras generaciones.

Más allá del debate epistemológico en torno al carácter de verdad en la historia, consideramos que el planteamiento de don Octavio recalca la necesidad de contar con un testimonio auténtico, creado desde la memoria viva de los pobladores originarios de la localidad.

Aceptamos la invitación para colaborar en este libro y le comentamos que una manera de reconstruir la historia de su pueblo, junto a él, era a través de la historia oral como perspectiva metodológica; paralelamente, se inició un trabajo de tesis de posgrado sobre la historia de vida de don Octavio y su relación con la máscara de carnaval.<sup>3</sup>

De esta manera nos dimos a la tarea de realizar una serie de conversaciones grabadas, con él y con las personas de Coyolillo que el mismo mismo don Octavio nos propuso, para crear un relato polifónico sobre la historia del pueblo.

<sup>2</sup> La LGyAC Creatividad social y comunidades sustentables, está conformado por Zulma Amador Rodríguez, Isabel Castillo Cervantes, María Cristina Núñez Madrazo y José Alejandro Sánchez Vigil, del CA-UV-276 Transdisciplinariedad, sustentabilidad y diálogo de saberes.

<sup>3</sup> La tesis para obtener el grado de maestría en Antropología Social por la Universidad Veracruzana, titulada “La máscara de carnaval: historia y significación en Coyolillo, Veracruz. Relatos de vida de un mascarero”, fue presentada por Adriana Duch Carvallo en noviembre del 2016; posteriormente, ella se integraría al mismo CA-UV-276.

## II.

Un acontecimiento vivido –afirma Walter Benjamin– puede considerarse como terminado, mientras que el acontecimiento recordado no tiene ninguna limitación, puesto que es, en sí mismo, la llave de todo cuanto acaeció antes y después del mismo

ALESSANDRO PORTELLI

Es necesario advertir que, esta experiencia inédita de trabajo en equipo nos interpeló en cuanto a las formas convencionales de realizar una investigación antropológica; la solicitud del maestro Octavio López, y su lugar en el proceso, planteó la necesidad de descentrarnos del papel de investigadores y hacer explícito el proceso intersubjetivo de aprendizaje mutuo. En otras palabras, la manera de llevar a cabo las entrevistas y conversaciones implicó un punto de inflexión en la relación de conocimiento que comúnmente se establece en las perspectivas cualitativas, donde la voz de quienes no la han tenido se otorga, colocando a los sujetos en el lugar de “informantes”.

En contraste, en esta experiencia de investigación transdisciplinaria se replanteó el proceso hacia una construcción colectiva del conocimiento junto con los sujetos sociales, para de esta manera recuperar el potencial epistémico de la historia oral, al situar el proceso de indagación como un proceso de aprendizaje social. Con ello, intentamos sumar esta experiencia a la reflexión epistemológica y política en torno a la construcción de conocimiento y del sujeto (Zemelman, 1992), el cual se cuestiona y se transforma en el proceso de reconstrucción de la memoria colectiva. La voz colectiva que se produce a través de la historia oral se repositona y adquiere un sentido emancipatorio.

En este sentido, nuestro trabajo se inspira también en las nociones de Walter Benjamin, respecto a la crítica a los grandes relatos de la historia, así como a la versión lineal de ésta. Para Benjamin, quien narra los acontecimientos “sin distinción entre los grandes y los pequeños, tiene en cuenta, al hacerlo, la siguiente verdad: de todo lo que sucedió alguna vez, nada debe considerarse perdido para la historia” (Löwy, 2002: 62). Asimismo, nos dice que el marco desde donde se construye la historia “no es el tiempo homogé-

neo y vacío, sino un ámbito de tiempo actual” (Löwy, 2002: 140), un tiempo que el autor considera potencialmente explosivo, subversivo, cargado, lleno de momentos actuales, en el que el sujeto rememora y recrea su historia.

El libro que presentamos aquí es un intento por ampliar la perspectiva de la historia oral, con todas sus potencialidades, hacia la apropiación de esta propuesta metodológica por los propios sujetos, con el propósito de contribuir a su autoría social. En este sentido, hay que reconocer la gran aportación que ha hecho la historia oral, desde diferentes enfoques y teorías, al promover la interpretación y reconstrucción de las historias (Aceves, 1993), desde una dimensión cultural y colectiva, posicionando la voz de quienes no han tenido voz en la historia. La tradición oral es entendida como un movimiento constante, está activa como proceso cultural (Thompson, 1993), se recrea en el presente, es fuente de conocimiento del pasado y de la experiencia social, es además un proceso de construcción de sentidos y significados en una colectividad que permite cohesión y sentido de pertenencia. Se trata, en otras palabras, de un conocimiento vivo, colectivo, cuya fuente es la oralidad.

El ejercicio de la historia oral ha posibilitado visibilizar las voces históricamente silenciadas y recuperar la historia desde las subjetividades y las experiencias de vida de los sujetos, hombres y mujeres de los grupos sociales subalternos, y contribuir a la apropiación de la “historia de la gente sin historia” (Wolf, 1987). En este sentido, el desafío de quien investiga ha sido garantizar textos enriquecidos con una heterogeneidad de voces. Lo anterior tiene importantes repercusiones al mostrar la diversidad en la construcción de sujetos y subjetividades.

El enfoque de la historia oral nos permite comprender los sentidos y significados construidos en un tiempo y espacio por un grupo social. En el proceso de rememorar, los sujetos evocan aquellos aspectos significativos de su vida, posibilitando una mirada reflexiva de la experiencia vivida. Al recordar se reconstruye el pasado a partir de las imágenes que pueblan nuestra conciencia actual: “recordar no es revivir sino rehacer, reconstruir, repensar, con imágenes e ideas de hoy, experiencias del pasado” (Bossi, 1990, en Núñez, 1997). Así, la memoria colectiva alude al dominio de la apropiación social del pasado, es una memoria articulada entre los miembros del grupo, cuyo lugar de anclaje se encuentra en las redes, prácticas y relaciones sociales; sus tiempos y espacios son locales. No es posible

recordar sino en tanto que se es miembro de un grupo social (Núñez, 1997: 12).

El espacio de lo cotidiano es un escenario potencialmente creador y productor de historias y significados. Al respecto, Ferraroti nos dice que “La historia desde abajo es la historia de lo cotidiano”, a través de la cual se expresan “visiones del mundo”, es decir, “constelaciones de valores cognitivos, verificados por la experiencia diaria de la vida de la gente” (Ferraroti, 1988: 84). A través de los testimonios orales nos aproximamos hacia la comprensión de la manera como los procesos históricos locales son recreados a través de la memoria, “la cual actualiza las experiencias vividas en el pasado a través de esquemas interpretativos del presente” (Núñez, 2005: 55).

La historia oral no busca la objetividad, mas bien permite “la reconstrucción amplia de estructuras en movimiento”. Conlleva una praxis, es decir, el ejercicio de crear un testimonio dinámico de la realidad social en movimiento (Camargo, 1986). Con ello se reivindica su potencialidad creadora de imaginarios, su capacidad de enunciación y su “fuerza totalizadora”, que disminuye los riesgos de la fragmentación del conocimiento.

Un relato de vida no sólo implica la reconstrucción de una experiencia vivida en un discurso, sino que es también un acto de comunicación. Frecuentemente, estos relatos no existen más que en estado virtual, hasta el momento en el que interviene el interlocutor (Lejeune, 1989: 34); es decir, el discurso del testimonio es un discurso dialógico, que emerge en y a partir del diálogo con los interlocutores.

En la interacción y el diálogo la memoria se activa a partir de imágenes y de asociaciones, saltando de un momento a otro, mezclando tiempos y descubriendo personajes, recordando nombres y acontecimientos significativos, a manera de un *bricolage*, a partir de retazos, y materiales simbólicos de la historia vivida; la memoria colectiva ordena, integra y clasifica (Núñez, 2005: 57-59). El discurso de la memoria, como bien lo dice Philippe Lejeune, es un laberinto. Para construir el relato es necesario orientarse en el tiempo, entender la lógica del discurso de la memoria y los elementos implícitos en la narración. La memoria no actúa cronológicamente, se guía a través de imágenes, por asociaciones que difícilmente siguen un orden temporal.

Por otra parte, el paso del lenguaje oral al lenguaje escrito plantea una serie de problemas en la construcción del relato. El lenguaje oral tiene una

coherencia discursiva que le es propia y que incluye formas de expresión que en muchos casos son inaprensibles a través del lenguaje escrito. A través de la fuerza expresiva de la palabra hablada, de la melodía, de la entonación y de la intensidad del acento, y de los significados ocultos en la semántica de la narración, la fuente oral nos revela los significados de los eventos cotidianos (Núñez, 2005: 62).

### III.

El libro es resultado de un proceso colectivo, de indagación, discusión, edición y producción de un relato entretejido, que tiene como eje central el testimonio de Octavio López Zaragoza, acompañado por dos testimonios complementarios, el de don Andrés Acosta Mendoza y de doña Tiburcia León (†),<sup>4</sup> ambos nacidos en 1932. Para la elaboración del relato se realizaron y se grabaron una serie de conversaciones con don Octavio, a lo largo de varios meses (entre 2015 y 2016). Al mismo tiempo, se hicieron entrevistas grabadas con las personas que él sugirió; sin embargo, en el libro decidimos incorporar sólo los testimonios que contribuían significativamente en cuanto al contenido de la historia.

Es importante resaltar que, el papel de don Octavio López en las entrevistas a estas personas fue de interlocutor activo, haciendo una especie de contrapunteo en la conversación, colocando preguntas, ayudando a recordar, contribuyendo a activar la memoria colectiva. Asimismo, tuvimos toda la apertura para que él propusiera los temas de estas conversaciones.

Durante el proceso de reconstrucción de la memoria, la intersubjetividad presente en las entrevistas nos conminó a replantearnos la relación de conocimiento hacia un ejercicio transdisciplinario, dejando que los testimonios emergieran a través de conversaciones impulsadas por don Octavio, y nosotras acompañando el ritmo de la conversación, atentas a los hilos de la memoria. En las entrevistas participó el equipo de trabajo en su conjunto.<sup>5</sup> Fuimos presentadas ante las personas como las maestras de la universidad;

<sup>4</sup> La señora Tiburcia León murió en 2017.

<sup>5</sup> También participaron en algunas entrevistas nuestras colegas Isabel Castillo Cervantes y Rosalinda Ulloa Montejo.



si bien el rango académico instaura una serie de privilegios, cabe señalar que durante las entrevistas logramos momentos en los que se creó una atmósfera de empatía y cooperación mutua, consiguiendo trascender las diferencias y entablando largas conversaciones en los patios y en las salas de las casas. Fuimos descentrando nuestra interlocución, situándonos como aprendices de un proceso colectivo. Lo anterior también implicó asumir las diferencias, cuestionarlas y abrirnos a un proceso de resignificación de la experiencia de conocer. Nuestro lugar fue de acompañamiento en el proceso de reconstrucción de la memoria colectiva de Coyolillo. En ese caminar consideramos que hubo una retroalimentación mutua, entre nosotras y con el maestro artesano Octavio López.

Después de tener una serie de entrevistas grabadas se hicieron las transcripciones de todos los testimonios.

En la transcripción de los relatos se pueden contemplar tres posibilidades: la transcripción literal, media o literaria. Resumiré los efectos producidos por ellos, hilvanando una metáfora sobre la teoría de Lejeune. Supongamos que la palabra sea una flor. En la transcripción literal la flor es aplastada: la savia y los pigmentos han salpicado los alrededores, es triste como un accidente de carretera. En la transcripción media la palabra es como una flor disecada entre las páginas de un libro: ha perdido el volumen y parte del color, pero conserva netamente su forma y su identidad. En la elaboración literaria, es una flor pintada que encuentra, como en un trampantojo (de “trampa ante el ojo”; del francés *trompe-l'œil*: engaña el ojo), su relieve y su color, pero ciertamente no su perfume. A cada uno le corresponde decidir cuál de esas “flores” se parece más a una de verdad (Lejeune, 1989: 50).

Posteriormente, se realizó el montaje,<sup>6</sup> organizando los relatos cronológicamente a partir de los grandes temas que emergieron de éstos. El montaje implica la transformación del diálogo en monólogo (Lejeune, 1989). Las preguntas y comentarios que se plantearon en la conversación se eliminan. En la primera etapa del montaje se separan los fragmentos del discurso, eliminando las redundancias y seleccionando entre varias versiones de la misma narración. Enseguida, se establece el orden del relato y se colocan los

<sup>6</sup> En la realización del montaje contamos con la valiosa ayuda de Ana Carola Prudencio Soria, quien ha realizado diversas colaboraciones en el ámbito de la documentación visual en proyectos de investigación del Centro EcoDiálogo de la UV.

fragmentes de acuerdo con el orden establecido. A través del ordenamiento de los fragmentos, a la manera de piezas de un rompecabezas se recuperan las formas expresivas del lenguaje oral para lograr dotar de contenido significativo al discurso. Por medio del montaje se interpretan los silencios, las entonaciones y los acentos, se explicita lo implícito, se incorpora el diálogo, convirtiéndolo en monólogo. Finalmente, se realiza el encuadre, es decir, se ubica la narración en el contexto de la trama cronológica de la historia y de los campos de relaciones objetivas al interior de las cuales se han llevado a cabo las experiencias vividas (Núñez, 2005: 64).

Finalmente, se hizo llegar una impresión del texto a don Octavio, para su revisión y retroalimentación. Cabe subrayar que durante el proceso de recopilación de los testimonios con don Octavio estuvimos muy atentas de respetar el campo del discurso, algunas veces fue necesario guiar la narrativa para no perderse en asuntos que no tenían que ver con el tema central. Esperamos que la narrativa construida sea una oportunidad para resignificar un sentido histórico y político en sus protagonistas y la comunidad.

Este libro ha sido deseado por don Octavio. Ha imaginado los temas que ha considerado relevantes y que se van reconfigurando en la interacción con nosotras durante las conversaciones grabadas. Es un trabajo dialógico a través del cual hemos llegado a construir lo que presentamos en estas páginas; han emergido narrativas que no estaban preestablecidas.

Para nosotras, como investigadoras, ha significado un aprendizaje intersubjetivo, nos ha enseñado apertura, flexibilidad; dejar emerger la memoria. Probablemente para don Octavio este ejercicio haya sido un espejo para ver su trayectoria, situarse, afirmarse en su labor gestora y sentido de pertenencia, además de la experiencia de crear un libro colectivo y los desafíos que ello implica para todas las personas involucradas.

Como hemos mencionado, el libro está estructurado de manera cronológica y temática, porque consideramos que esta organización permite a quien lea este texto, tanto atender a momentos a lo largo de un proceso histórico local, como advertir los temas relevantes que emergieron en las conversaciones y que son significativos para las personas. La forma narrativa obedece a la necesidad de historicidad de la experiencia humana.

## La fundación de Coyolillo

DON OCTAVIO

Aquí en Coyolillo sí se han encontrado objetos de barro, *cajetitos*, cazuelas, ollas de barro, *metlapiles*, manos de *metate*. Yo tengo una mano de *metate* que encontré en mi terreno, aquí cerquita, la tengo guardada. Si tenemos objetos que tal vez fueron de generaciones prehispánicas, no sé, hay que analizarlos para saber cuántos años podrían tener esos objetos que quedaron enterrados. En los terrenos que nos dejó mi papá está un *frutillo* cuate grandote, gruesísimo, que es de los últimos que hay. Dicen que cerca de esos árboles espantan. Ahí hemos encontrado cosas enterradas, mi hermano una vez sacó un *metate* y mi otro hermano sacó jarritos.

Los primeros pobladores construyeron sus *jacales* muy cerquita de donde está un arroyo, ahí donde se llama El Aguacatillo. Ellos hicieron sus casitas allá porque había agua, manantiales, arroyos, había agua para que las mujeres lavaran, para cocinar, para todo lo necesario. Allá construyeron su primer pueblito, que hasta la fecha se llama El Pueblo, aunque otros le llamaban El Pueblito. Allá todavía hay muros de piedra de los que ponían donde circulaban sus casitas, porque eran de madera, y alrededor le ponían piedras a la madera para que no se pudriera tanto con la humedad. Yo iba con mi papá a ese lugar, todavía había restos de los primeros *jacalitos*. Allí chapeaban y hacían sus *jacalitos* con mucha madera, los hacían de palitos, les ponían cuatro horcones en cada lado, otro en medio, para hacer una *agüita*, para que el agua escurriera, entonces no había teja, los techos eran de puro zacate.

Después dejaron ese lugar y se bajaron a donde está otro nacimiento, donde están las *pilas*, ese predio se llama El Pasito, allá construyeron el segundo pueblito. Dicen que ahí había mucha agua, el manantial era

grande. En ese tiempo había mucho bosque y había mucha agua, cerca había un arroyo. Mi mamá decía que mi abuelita Nicanora nació en ese lugar, allá le tocó nacer. Varias familias tenían sus *jacalitos* allá, la familia Mendoza y la familia López. Buscaban lugares donde hubiera agua y labraban las piedras para construir los lavaderos.

Decían que ahí, donde le pusieron El Río, había mucha agua, y sonaba mucho, no los dejaba dormir, decían que ese arroyo era grande, grandísimo. Y platican que hubo una persona que vino a *resumir* el agua para que ya no hubiera tanta. Ellos no pensaron que pudieran ser tierras de río. En ese tiempo el agua les estorbaba. El comentario que hacían los de antes era que, como había mucho ruido, hubo una persona que dijo: “yo las aguas se las hundo, yo sé cómo hacerle, si no quieren tanta agua les dejamos poquita”. Y creo que tapó como cuatro respiraderos y nomás dejó dos. Les dijo: “consíganme unos cuernos de buey”, de toro pues. Le consiguieron los cuernos, a cada hoyo le metió un cuerno, se los sumió, dicen que con eso cerró los respiraderos del agua y el agua disminuyó. No sé qué virtud, qué brujería tiene eso, dicen que las aguas se contuvieron con esos cuernos. Así se oyen los mitos que platican. Donde respiraban los hoyos, ahí le metió los cuernos y hundió el agua. Ese señor vino de otro lado, no era ni de ahí, no sabemos si tenía magia. Y todavía se oían comentarios “ese hombre estaba loco”, decía la gente, “¿por qué hundió el agua?, ¿por qué?, si ahora estamos sufriendo sin agua”. Así platican, que por eso le pusieron El Río, porque era un río que zumbaba con mucha agua.

Ya después se subieron y empezaron a construir *jacalitos* acá. Dicen que todo era monte, que había *huizache*, muchos pinos, cardo, nopales, no había casas, sino árboles grandes, como en todo monte. Y así empezaron a formar este pueblo. Mi papá y los señores mayores me platicaban que en ese tiempo Coyolillo aún no se llamaba así.

Cuando llegaron a poblar aquí arriba había mucha *palma de coyol*. Pero las palmas las derribaron y las quemaron por tanta espina que echaban, las tumbaban y las rajaban con hacha. Como son anchas y tienen una madera muy dura, las ocupaban mucho pa’ hacer tablones y hacer *jacales*. Me platicaba mi papá que por eso este lugar lleva el nombre de Coyolillo, por la *palma de coyol*. Ahí a la entrada todavía hay una palma muy vieja de coyol. En el pueblo estaba una palma atrás de una casa y en una ocasión una niña, hija del dueño de la casa, se espinó bien feo y de

coraje la tumbaron y la chamuscaron. La espina es muy peligrosa, son espinas grandotas, la puntita, si se la ensarta uno se rompe y camina y luego se pudre la piel, o sea que es muy infecciosa, como la espina del nopal, por eso derribaban las palmas.

Al pueblo primero le decían Coyol y ya después cambiaron a Coyolillo. Dicen que cuando llegaron los Morales le querían cambiar el nombre, de Coyol lo querían cambiar a otro nombre. Querían que el pueblo se llamara Finca La Palma. Hasta rotularon materiales en los que decía Finca La Palma, y figuraba una palma de coyol. Pero a los viejitos de aquellos tiempos no les pareció que se llamara Finca La Palma y le seguían diciendo Coyol, o sea, no obedecieron a las leyes que los Morales querían poner. Los primeros le decían Coyol, pero ya después cambiaron a Coyolillo. En algunos papeles dice El Coyolillo, en otras partes nomás dice Coyolillo, tal vez en los papeles ejidales dice El Coyolillo, había otros documentos que decían Poblado de Coyolillo. Pero yo no digo El Coyolillo, sino “soy de Coyolillo”. En otros pueblitos de aquí cerca hay quienes dicen: “tú eres del Coyol”, y yo les digo “no, se llama Coyolillo, aunque te demores, pero se llama Coyolillo”.

Lo que no me explico es que, según en el Archivo Notarial de Xalapa, dice que el pueblo se llamaba Santa Rosa de Coyolillo, que eso está escrito. Pero, ¿cómo?, si los que llegaron antes le pusieron Coyol, por la palma. Dicen que los presidentes, que no creen en la religión católica, le cambiaron el nombre a todos los pueblos que tenían nombre de santo, y a muchos los volvieron a nombrar. En el Archivo General de la Nación se encontró una propiedad llamada Santa Rosa de Coyolillo. Al parecer era un predio que se le dio a una señora que se llamaba Ildefonsa, era española y la dueña del predio en aquellos tiempos, en 1695, ese es el dato más antiguo que se tiene de Coyolillo.

DON ANDRÉS

Los primeros pobladores que llegaron aquí le decían El Coyol, porque había muchas palmas de coyol. Después, el jefe de aquí, Andrés Morales, le puso La Palma, pero finalmente se le quedó Coyolillo. Había poquita gente, no como ahorita. Había unas treinta o cuarenta casitas, eran *jacales*, tenían el

techo en forma de copete grandote. Yo todavía alcancé a conocer dos, una de Andrés López y otra de Minino, allá en casa de León. Ese Andrés Morales, él era el dueño de todo. La gente no tenía dónde trabajar. Solamente con él, porque ninguno tenía tierras.<sup>7</sup> En aquellos tiempos él era el patrón, era dueño de los terrenos de aquí. Después le vendió a Crispín Viveros, a él le quitaron los terrenos cuando el ejido. Aquí naiden tenía ni un pedacito para sembrar, tenían que trabajar con él, sembrando y cortando caña, todo para él.

<sup>7</sup> En 1910, año del estallido de la Revolución mexicana, más de 90% de los campesinos carecían de tierras (<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/z/zapata.htm>).

## Tío Juan Bueno

DON OCTAVIO

Hay un mito que platicaban mi papá y los señores más grandes. En Coyolillo, en el tiempo de antes, había personas que tenían pactos diabólicos. Había un señor que le nombraban Tío Juan Bueno, se llamaba Juan, pero le decían Tío Juan Bueno. ¿Por qué Tío Juan Bueno?, porque él tenía pactos con el diablo, lo contrataban para que sembrara una parcela de maíz, una hectárea o lo que fuera, o para que rozara, chapeara un terreno; lo contratabas y te lo chapeaba en una noche. Él agarraba el trabajo por un tanto. “¿Sabes qué?, me vas a dar tantas gallinas o un guajolote”. Él con eso les cobraba, no con dinero. “Pues me vas a dar tantas gallinas o tantos guajolotes, o qué sé yo, pero me vas a pagar, yo te voy a desmontar o a chapear una hectárea, tú me pagas tanto y mañana vas a tales horas y ya va a estar el trabajo hecho, como tú me lo pidas, te lo voy a hacer”. Entonces lo contrataban, y en una noche chapeaba una hectárea o más; al otro día iba el dueño y toda la planta botada, y decía: “¿cómo le hizo, quién le ayudó?”. Si ibas a sembrar, te sembraba en una noche una parcela; si ibas a limpiar, desyerbaba la siembra, la milpa. Le decían, “¿sabes qué?, ve a ver mi parcela”, y él respondía: “no, pues nos arreglamos, me vas a dar tantas gallinas, guajolotes, marranitos, con lo que tengas, y te voy y te limpio tu parcela con azadón”. Bien limpiecito desyerbaba. Iban al otro día a las nueve de la mañana, y la siembra estaba limpia, “¿cómo le hizo?”. Eso sí, no podían ir a vigilar. Se arreglaban con él para ir al otro día cuando les decía y ya estaba toda limpia.

Platicaban mucho del Tío Juan Bueno. Ese hombre en aquel tiempo, allá donde les platico que estuvo El Pueblito, hizo un cerco que debe de tener casi un kilómetro, lo hizo en una noche. Era un cerco de dos hojas de ancho. Lo hizo de piedra bien acomodada, como en una barda, la piedra

bien acomodada, y ¿de dónde agarró tantas piedras y todas del mismo tamaño en una noche?, ¿cómo las acomodaba?, ¿cómo le buscaba a cada piedra la cara bien acomodadita? Lo hizo en una noche, desde allá de donde comienza El Pueblito hasta donde están las pilas. Todavía hay partes del cerco que están ahí, con las piedras bien acomodadas. Mi suegro tiene en su parcela una parte del cerco, otros lo desbarataron.

Ese señor jugaba carreras de a pie, descalzo, las carreras antes eran a pie pelado, no como ahora que corren con tenis, no, corrían descalzos. Jugaban carreras e iban a otros pueblos a concursar, a ganar apuestas. Dicen que a ese señor en las carreras no había quien le ganara, que si había una casita, un *jacalito*, donde hacían las carreras volaba la casita de un brinco. Iba encarrerado, la volaba y caía del otro lado de la casita. Se habla, a los que hemos escuchado, que así era, los más grandes como mi abuelito platicaban eso, mis papás también lo platicaban. Ellos no vieron el cerco, pero aquellos les platicaban de lo que este hombre hacía. No tenía apellido, no, lo conocían por Tío Juan Bueno.

Anteriormente, como en las comunidades no había religión, no había sacerdote, todavía había gente que practicaba mucho esas cosas diabólicas. Leían unas oraciones malignas para convertirse en animales, nahuales, o para hacer travesuras. Mi mamá me platicaba que había una oración que era muy mala, para convertirse en muchas cosas malignas. La oración esa la llamaban “La oración del perro negro”. Los de aquellos tiempos pues la aprendían, o la estudiaban con los que ya la sabían; con esta oración te conviertes en cualquier animal, puedes volar, puedes irte por otro lado y que no te vean, desaparecer y aparecerte por allá.

Mi mamá todavía conoció a una señora que sabía cosas de esas. Era familiar de nosotros, hermana de mi abuelita, la mamá de mi mamá. Ella me platicaba que esa señora le llevaba el almuerzo a su papá, a su esposo, y se convertía en árbol, hacía una sombra grandota para que él comiera sus alimentos a mediodía, y ya cuando se iba el árbol desaparecía. En ese entonces se hacían muchas cosas de esas. Le llamaban truco, era como magia, pero no se hablaba de magia en ese entonces, también le decían oraciones.



## ¿Venimos de África?

DON OCTAVIO

Hay libros que hablan de que los de África fundaron Coyolillo. Y no, porque ya antes había pequeños *jacales*, ya había gente que vivía aquí. Los que vivían en los pueblitos de los alrededores buscaban asentarse donde había nacimientos de agua para lavar y vivir. A mi papá le platicaron sus abuelos que a los primeros pobladores que llegaron a Coyolillo les llamaban *gentiles*, eran unas personas muy grandes, que tenía unos troncos de brazos con mucha fuerza para cargar, que esas fueron las primeras generaciones que vivieron aquí. Cuando llegó la raza de África negra, aquí ya había pobladores, llegaron y empezaron a juntarse con las mujeres de aquí, y se dio la mezcla. Pero aquí ya había vivienda, por eso llegaron, porque ya había pobladores. Pero en ese tiempo, como no había municipio no había registro, la gente nacía y no se registraba, fallecía y no la daban de baja, así que hay gente que no quedó registrada. En los archivos municipales, y en los de Xalapa, se habla de que entre el siglo XVI y XVII fue cuando llegaron los esclavos aquí a México, ahí dice que sí llegó esa gente, que los exportaron desde África, los vendieron como esclavos y los trajeron a la siembra de caña, al corte de caña, a los ingenios, los trajeron porque eran fuertes. Esa historia está en los libros.

Mucha gente dice que cuando llegaron los esclavos africanos ya había pobladores aquí. Ya había mestizaje. Otros dicen que no son de raza negra, que los negros no existieron, o que no los conocieron. Pero los que sí sabemos que hubo la raza de allá no podemos negarlo. Mi mamá era de raza negra, negrita, y mis tíos, yo los conocí, eran negritos, y las generaciones más nuevas todavía siguen saliendo negritos, ¿cómo puedo negar lo que sí es? Uno dice lo que es, yo no niego que soy de raza negra por mi abuelita y

mi mamá, ni que mi abuelito sí era de raza de españoles, ni que mi abuelita llegó del estado de Puebla, que era poblana. Jamás le voy a negar eso a nadie, aunque mucha gente niega el origen de donde viene, yo no tengo por qué avergonzarme de que mi abuelita era de Puebla. Y qué lástima que mis papás nunca nos llevaron a donde vivieron nuestros abuelos, yo sí quisiera ir, porque él me decía que su tierra natal era Ocotla, Puebla.

En Coyolillo sí ha habido racismo, pero de los pueblos de raza blanca como Otates y Trapiche, que son de españoles o de franceses, no sé de qué que raza sean. Entonces, siempre ha habido racismo de ellos hacia la raza de nosotros, siempre nos han tratado como negros, prietos, o nos ponen todos los apodos del mundo. El racismo ha existido siempre hasta en la misma comunidad. Cuando íbamos a la escuela, había unos que estaban bien blancos y otros más negritos y se peleaban. Lo primero que te decía el que está más blanquito era “prieto”, o apodos para que te enojaras, que te enchilaras. Y el más negrito, si el otro con el que te peleabas era blanco, pues también le decía: “¡empachado!”, como quiera te defendías y había muchos pleitos.

DON ANDRÉS

Dicen que venimos de África, pero no, ¿cómo vamos a ser de África!?, ¿de dónde son los primeros?, ¿cuándo vinieron esos viejos? Secundino, Regino, Antonio, casi que ellos hicieron el pueblo, a todos los tengo anotados,<sup>8</sup> esos son los meros, los que llegaron antes, los viejos viejos. Por eso digo yo que la gente vino de un lado y de otro. Mi abuelo no era de aquí, era de San Nicolás. Por eso les estoy contando que decían que somos de África, pero ¿cómo vamos a ser de África? Mi papito era de San Nicolás, tío Martín de Guacamaya, el papá de Félix Reyes venía de Pocitos. Ciro Peralta de Los Frailes, Badillo de Las Canoas. Secundino Carreto y Regino Carreto se

<sup>8</sup> Nombres de la lista completa que hizo Don Andrés, el 2 de abril de 2016: Nicanor Viveros de Omiquila, Lorenzo Acosta de San Nicolás, Cristino Méndez del Terrero, Martín López de La Guacamaya, Secundino Carreto de San Juan, Regino Carreto de Comastepe (Coscomatepec?), Antonio Zaragoza de Altotonga, Andrés Morales de Xalapa, Ciro Peralta de Los Frailes, Eligio Badillo de Las Canoas, Cecilio Reyes de El Pocito, Zenaido Roja de El Castillo, Marcelino Galindo de El Ranchito, Ponciano Cuevas y Mauricio Cuevas, de Laguna Honda, Daniel Ornela de Casa de Teja, Poncho Pérez de Los Frailes.

vinieron de San Juan Comaltepec, no sé dónde es. Les voy a contar la historia de tío Secundino, él dejó su familia allá, se vino a Xalapa, agarró mujer, ahí dejó familia, en Xalapa hay mucho Carreto, de ahí se fue pa' Misantla, allá agarró otra mujer y dejó crías, de ahí se vino para acá, aquí agarró a una mujer, que se llamaba Eufemia, con ella tuvo 24 hijos ¡Cuánto Carreto no hay ahorita! También había varios Martínez: Rosario, Pascual, Joaquín, Isabel, todos Martínez. Los Alegría son de aquí, como los Cervantes. Eligio Badillo vino de Las Canoas. Cristino Méndez era de El Terrero.



## Abuelos y abuelas

DON OCTAVIO

Los primeros pobladores de Coyolillo fueron familias de diferente apellido: Mendoza, Martínez, López, Carranza y León, esas fueron las primeras familias que llegaron aquí. Pero fueron muy poquitos los que llegaron antes de que llegara la raza negra.

El papá de mi abuelo materno se nombraba Antonio Zaragoza, venía de Zaragoza, España. Me platican los que lo conocieron que era güero, grandote, *colorao*, tipo español, y que tenía los ojos azules. Pero él llegó nomás con una hermana, Mónica, llegó una pareja, pero eran hermanos. Ellos llegaron cuando las revoluciones y se dispersaron, fue en la época del general Ignacio Zaragoza,<sup>9</sup> fue en esos tiempos cuando llegó a México gente de allá. Mi abuelito decía que somos familia de ese Ignacio Zaragoza. Ellos llegaron a Altotonga y de ahí se vinieron a Coyolillo, y entonces hicieron su jacal. Mi bisabuelo se enamoró aquí en Coyolillo de mi bisabuela, que se nombraba Inocencia Martínez, tuvieron como doce hijos. Ella era de raza negra, en ese tiempo ya había negros, ya habían llegado. A mi bisabuelita Inocencia yo ya no la conocí.

El papá de mi abuelita materna se llamaba Asiano López, él era negrito, su esposa era de San Nicolás y se llamaba María Utrera. En realidad, no sabemos de dónde llegaron los López, no todos los López somos de la misma familia, hay unos que sí son parientes pero otros no. Los López de mi papá eran otros, aunque me platicaban que mi bisabuelo, Epigmenio López, y el

<sup>9</sup> General Ignacio Zaragoza (1829-1862), fue militar mexicano reconocido como el héroe de la batalla de Puebla.

bisabuelo de mi esposa, que se llamaba Cristóbal López, venían siendo primos hermanos. No todos los López somos familiares, en cambio los León, esos sí son la misma familia, como los Carreto, todos son los mismos.

La mamá de mi abuelo paterno, Rafael López León, esposa de Epigmenio López, se nombraba Teófila León, ella sí era de Coyolillo, pero ella ya venía de descendencia negra, ya tenía un cruce de mestizo con negro.

A mi abuelo paterno, Rafael, no lo conocí, fue nacido en Coyolillo. Malamente conoció a mi primer hermano que ya tiene unos setenta y seis años. Mi papá y mi mamá me hablaban de él, de cómo era, pero en ese tiempo ni fotografía ni fotografías había. Me decían que era grandote, que era un hombre fuerte, sus brazos eran fuertes. Mi papá me contaba que se levantaba cien kilos de maíz, o sea, tenía mucha fuerza. Los que lo conocieron me decían: “Tu abuelo Rafael era grande, tronco de hombre”, y me platican que era muy trabajador, muy buena gente, que mataba gallinas y cochinos pa’ convivir, pa’ que comiera la gente, chicharrones y caldos, o sea que él convivía con la gente y se echaba sus copas, sí, le gustaba mucho tomar, eso me platican.

A mi abuelita paterna, Luz Luna Cruz, yo sí la conocí, cuando ella falleció yo apenas tenía tres años, murió en el 64 y yo soy del 61. Y sí me acuerdo bien cómo era ella, me acuerdo que me cargaba, tengo una memoria tan intensa de ella que me acuerdo cuando la tenían tendida. Ella llegó a Veracruz en la Revolución, cuando todos se iban de un lado a otro, se dispersaban. Ella y sus hermanas Esperanza y Francisca, y tres hermanos, Vicente, Rodrigo y otro, vinieron con sus padres de allá de Puebla. Ellas estuvieron viviendo en una parte que le llaman Mesa de Galván. Llegaron cuando el general Úrsulo Galván<sup>10</sup> compró terrenos y todo eso. Llegaron como rancheras a cuidar esos terrenos, y tenían unas casas, pero después salieron y se enamoraron de sus novios, entonces una quedó en la colonia Seis de Enero, otra quedó en Tronconal, otra quedó en La Esperanza y otra quedó en Coyolillo.

Mi abuelito materno se nombraba Andrés Zaragoza Martínez, todavía agarró el ochocientos y fracción, murió en el 69, como de ochenta y cinco años, más o menos. A mi abuelito sí lo conocí, yo tenía nueve años, iba yo

<sup>10</sup> Úrsulo Galván (1893-1930), fue líder agrarista, fundador de la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz.

en tercero de primaria cuando él falleció. Me cuentan que su *jacal* era grandísimo, era un *jacalote* y cabían todos ahí, todos dormían en *petates* tirados en el suelo. Sus hijos se llamaban Melitón, Cenobio y Agapito, y tuvo tres hijas mujeres, mi mamá Epifania, Rosa y Eulalia, quien murió como de quince años. De esa generación ya murieron todos.

A mi abuela materna, Nicanora López Utrera, tampoco la conocí, la conocieron mis primeros hermanos, y me hablaban que mi abuelita era bien grandota y que tenía los pelos quebrados bien bonitos. Mi abuelita tuvo muchos hermanos y todos eran negros. La mayoría de esos López eran todos negros, morenos. Tampoco conocí a los hermanos de mi abuela. Yo conocí a los hijos, los hermanos de mi mamá, descendencia de la generación de mi mamá, que eran también negritos. El apellido Utrera lo llevaba porque su mamá era de San Nicolás.

Mi abuelito Andrés era blanco y de ojos azules, usaba pura camisa de mezcilla azul, siempre así lo veía yo. Y como era de raza de España, cuando se mezcla con mi abuelita que era de raza negra, mi mamá sale de ojos verdes, igual que en toda la familia de mi mamá, la mayoría de los nietos de mi mamá tienen ojos verdes o azules, aunque ellos sean morenitos. Dice mi mamá que ella tuvo un hermano, Manuel, que tenía los ojos bien azules, pero ese niño falleció cuando tenía como tres o cuatro años, murió de pura temperatura, decían que le habían hecho mal del ojo, quesque porque tenía los ojos azules.

Entonces, como mi abuelito se casó con mi abuelita que era de raza negra, mis tíos nacieron negritos, le ganó su esposa a mi abuelito, solo mi mamá salió un poquito como mi color y tenía los ojos grandes y verdes, y el pelo rizado. Ella me platicaba que hasta sus mismos hermanos no la querían porque ella era un poco más clara, de ojos bonitos, y ellos eran morenitos y chinitos. Decía que cuando tenía entre ocho o nueve años, iba con sus hermanos a Alto Lucero en burro, o a caballo, a vender tomate, chile, a hacer los negocios, y allá les decían: “oye, esta niña está bien bonita, ¿por qué no nos la regalas?, ¿es tu hermana?, ¿qué va a ser tu hermana! Si ustedes están reprietos, ustedes están bien feos, ella está bonita. ¡Mira qué ojos tiene!, ¡regálanosla! Te la vamos a cambiar por esto, déjanos a la niña”. Y que sus hermanos hacían tanto coraje por lo que les decían que en el camino le pegaban, la golpeaban y la maltrataban porque ella era más clarita, más bonita. Ella era la más chica, entonces ellos le pegaban. Ella le decía a mi

abuelito, “no, que me pegaron, que me sobaron”, y ya mi abuelito pues les pegaba después a ellos y más coraje les daba.

A mi mamá, Epifanía Zaragoza López, la conoció mi papá, Bartolo López Luna, aquí, porque ellos son de aquí. Mi mamá se casó bien jovencita, a los diecisiete años, mi papá le llevaba seis años. Ellos se casaron bien casados por la iglesia y por lo civil. Dicen que no querían casarlos porque ella no tenía la edad, porque estaba pollita, pero también había una ley, si te pedían tenías que casarte.

#### DON ANDRÉS

Yo soy Andrés Acosta Mendoza. Todos los Mendoza son familiares, como los Leones. Un tío, hermano de mi mamá, que se llamaba Antonio Mendoza, se fue para Las Haldas, y allá se casó con una mujer güera, tocaba el arpa con tío Judencio, quien tocaba la jarana. ¡Y cómo lo quiso la güera, tan negro él! Allá en Las Haldas se quedó, y desparramó gente, a Xalapa, a Naolinco, a Cafetales, a Tepetates, un gentío, por donde quiera ¡puro Mendoza y nomás de uno!

Mi abuelo se llamaba Lorenzo Acosta, era de San Nicolás, y se vino aquí porque agarró mujer. Mi abuelita Josefa quedó viuda de otro y él vino y se la enamoró y aquí se quedó; le decían Chepa León. Mi papá era Francisco Acosta León. Los criollos de aquí son los López y los Leones. Todos eran una leonada, ¡cuántos Leones no hay ahorita! por dondequiera hay Leones.



## La vida en el tiempo de antes

DON OCTAVIO

A mi papá le platicaban sus abuelos que desde mucho antes, cuando todavía no existía la hacienda de Almolonga, aquí en Coyolillo ya había casas, eran *jacalitos* de madera, en esos tiempos había mucha madera, techados de *palma de zacate*, un zacate que le llamaban zacate-casa, porque lo ocupaban para techar. Ya después de los *jacalitos* de techo de zacate pasaron a las casas de techo de teja. Las casitas eran todavía de madera. Para poder montar la viga del techo ponían horcones, a eso le nombraban travesaño, y dominaba a todos los palitos que ponían parados. Cuando tenían todo el *redondo* empezaban a hacer las *alfardas*, con madera más delgada, y las *alfajías*, que son como la duela y se hacían de cactus. Como en ese tiempo no había alambre, amarraban los palitos con un bejuco que todavía existe, le nombraban bejuco manso. Cortaban los bejucos que eran grandotes, y los que eran gruesos los rajaban en cuatro, los partían, era como un mecate, con ese amarraban los palitos, los iban circulando uno por uno, tejiendo así en redondo. Y ya después que hacían eso, techaban la casa. Como ya estaban los palitos circulares le hacían sus puertas y sus ventanitas también, porque ellos labraban la madera.

Después la repellaban con la majada de res para que no entrara el frío, para que no se mojara, y así la casa estaba más protegida, no había ninguna rendijilla. Cuando ya secaba la repellaban con un barro que le llaman barro blanco. Iban a traerlo, lo remojaban, hacían un hoyo, echaban las piedras de barro para que se deshicieran, como la cal, y ya cuando estaba deshecho en dos días o de un día para otro, con eso repellaban las casas, así lo que estaba embarrado con la majada de res lo blanqueaban, y quedaba como un color cremita. Luego con un trapo las pintaban, quedaban barrositas, pero lisitas,

bien bonitas se veían las casas. Había otras personas que usaban una piedra que le nombran caliche colorado, que la iban a traer, la molían, la remojan y hacían una mezcla, y quedaba como una pintura roja. Había otras casas que las rameaban, les ponían ramos de flores, jarrones con flores afuera, las adornaban, les ponían dibujos, se veían bien bonitas. Yo todavía conocí unas partes de esas casas.

Y para los pisos, como no había cemento, buscaban una tierra, un barro que es colorado y muy pegajoso. Iban a traerlo en burros, le echaban agua, lo deshacían y las mujeres lo embarraban con las manos al suelo de las casas, de la sala, la cocina, y quedaba rojo y lisito. Le daban de un día para otro, y no se metían hasta que no se secaba para que no lo pisaran y quedara bonito. Así hacían sus casitas, ¡bien bonitas que las arreglaban!

En aquellos tiempos los fríos eran muy intensos, no se soportaban. Para calentarse un poquito hacían braceros y ponían los pies a lo alto para que se les calentaran un poquito, porque se les helaban. Luego había gente que hasta ponía braceritos debajo del catre, no había camas, pa' que subiera el calorcito. Tal vez porque había mucho bosque, pinos, todo era muy fresco.

Cuando hicieron la casa grande, la casa de los patrones, los Morales, había unas casitas que tenían teja de barro, y cuando sus dueños se iban a buscar trabajo las dejaban abandonadas, hasta por un año. Entonces el patrón empezó a quitarles teja para techar su casa, destechaba las casas de los otros pa' techar la suya. Como Andrés Morales era el terrateniente, era el que dominaba, por eso hacía eso. Cuando los dueños regresaron y vieron que sus casas estaban sin techo, de puro coraje se fueron y ya nunca volvieron. En ese tiempo fue cuando se dispersó mucha gente, cuando muchos se fueron a buscar trabajo fuera y ya después no regresaron, se fueron a Tinajitas, a otra parte que le llaman El Apartadero, otros se fueron allá rumbo a Misantla, a Hornito, a varias partes. A mi abuelito todavía le tocó eso, pero él no se fue, ni su papá. Ellos vivían en los pueblitos de los alrededores, y después empezaron a construir acá arriba, a donde es el pueblo, en el centro. Mi papá me platicaba esas historias que le platicaba su papá, de cómo fue el pueblito, de cómo fue empezando a crecer y todo eso.

En ese tiempo el dinero y el trabajo eran muy escasos. Cuando hacía frío era difícil comprar abrigos, mucha gente andaba descalza y así aguantaban caminar en el campo, en el monte, ni las piedras les lastimaban, tenían el cuero bien curtido. El primer zapato que se usó fue el zueco, que era de

madera. Iban a Naolinco y se mandaban a hacer calzados a la medida. Les ponían cuero a los zuecos, les hacían calzados de suela y guarachitos de piel para mujer, les hacían unos zapatos para mujer que les llamaban punteras, también eran de piel, ahí metían el pie, solo tenía la punta cubierta y lo demás destapado. Desde entonces ha sido muy famoso Naolinco por su calzado.

La gente era muy trabajadora. Las señoras hacían su ropa a mano, no había máquinas, compraban las mantas, esas fueron las primeras telas que se usaron, y hacían sus vestidos. Las mujeres se ponían un montón de ropa: crinolina, enagua grandota y falda. Las faldas eran largas hasta los tobillos y las blusas cerradas, nada de escotes, con pañoleta que les cubría el cabello y apenas se les veía su carita. ¡Usaban mucha ropa y con los calorones! Los hombres no usaban camisa como ahora, usaban cotones de manta a media manga, tres cuartos, pa' poder trabajar y maniobrar, tenía botones y ojales. Yo todavía conocí a los señores que usaban cotones. Mi papá los usó. Y usaban el calzón de manta. Los calzoncillos de vestir no se usaban, se usaba el algodón, y el calzoncillo así debajo, interior, pero encima ya era pantalón. Los primeros pobladores sí usaron los calzoncillos de manta. Ya después empezaron a hacer pantalones con costura.

Después, en Trapiche del Rosario se compraron de esas maquinitas antiguas para hacer costura. Como ya sabían coser a mano y sabían cortar, ya nomás era aprender a manejar la máquina para hacer la costura. En ese tiempo usaban mucho la manta, el tursor, luego las popelinas, los percales; los estampados llegaron después. Antes todo era de manta, las señoras bordaban sus mantas. Todo de algodón. Sus blusitas a manga larga, a media. Me platican que había una señora que tenía palos de algodón, y una cosita que hilaba, con la que hacía hilitos de algodón. Esa señora vendía o negociaba con la gente los hilitos para que hicieran sus ropas. Yo eso ya no lo conocí. Me contaban que mi abuelita tenía en su casa un árbol bien grande de algodón, y de ahí sacaban para hacer hilitos. Yo no sé cómo conseguí una semillita de algodón y sembré, y brotó una matita ¡y cómo echaba bolas de algodón!

En esa época las tierras estaban en común. Andrés del Moral, de la familia de los Morales, y otros propietarios de aquí prestaban tierras, y a cambio se les daba maíz o lo que se producía. Cada quien *chapeaba* un pedacito para sembrar maíz y frijol. Luego, cada año rozaban y quemaban.

En donde quema uno el terreno se da la siembra muy buena, sin abono. Cada año chapeaban en un lado, rozaban en otro lado y sembraban esa parcelita, y así iban y hacían otra. Como era todo libre, donde quiera que hubiera un pedacito ahí sembraban maíz, frijol, jitomate, calabaza, chile verde.

Hacían siembritas para ir viviendo y negociando. Todo lo que se daba acá, lo que era de comercio, lo llevaban junto con el coyol a cambiar, a vender, a negociar a Xalapa. Me platicaba mi papá que ahí en Xalapa, en “El Árbol”, donde ellos vendían, le llamaban “La Plazuela del Carbón”. Ahí también llegaban a vender de otros pueblitos y a los de acá a otros les compraban. Se usaba mucho el cambio, eso que le llaman trueque, era raro que te pagaran con dinero. El dinero no rolaba porque podías cambiar. Tú llevabas frijol y a ti te pagaban con pilones de panela. Llevabas chile o jitomate y te podían dar un piloncillo, frijol, azúcar, huevo de gallina. Xalapa en esos tiempos era chiquito, pero ya era comercial.

También, cuando todavía no existían ingenios ni moledores de caña, la gente hacía otras labores para sobrevivir, se dedicaban a la pizca del *ixtle* de los henequenes, que había mucho en los terrenos, sacaban *ixtle* y lo cortaban para hacer estropajo, cable, reata, mecate, gruperas para caballos y mulas y todo eso. Otros, como había mucha madera, hacían carbón. Y en temporada de *guaje* lo cortaban y lo iban a vender en manojo. Se iban a Xalapa y a Naolinco, a los lugares donde había más dinero, con el cargamento de esas cosas y eso comerciaban para sobrevivir.

En Naolinco tenían una plaza donde llegaban a vender de todos los pueblitos. Era famoso porque hacían dulces muy buenos. Entonces, de aquí llevaban los burros cargados de costales de calabaza y pipián, para vender allá y con eso hacían los dulces. En Chiltoyac compraban comales y los revendían en los pueblos de la región. Iban a Rancho Nuevo a traer barro, ollitas, jarritos, cazuelitas, porque en ese tiempo no se usaba tanto el peltre o el plástico, sino puro barro. Las señoras comerciaban la loza, iban a comprarla a los pueblos y se iban hasta Tinajitas, a la costa, a venderla. Iban hasta allá, en caballo o en burro, se quedaban dos o tres días hasta que terminaban de vender la mercancía y se regresaban. Y así trabajaban. Era muy trabajadora la gente.

Para llegar hasta Xalapa no había carreteras, había veredas y caminos. El burro fue el primer transporte, en 1900 estaba en su mero apogeo lo de

viajar en burro. Había señores que no tenían burro ni caballo, otros tenían muchos y los rentaban como camiones para ir a Xalapa. Se les pagaba con pesos. A esos señores les nombraban arrieros. Unos viajaban en burro, otros iban a caballo. Salían a las cuatro o cinco de la tarde, cuando el sol ya rebajaba, y llegaban a Xalapa amaneciendo, a las cinco o seis de la mañana. Viajaban toda la noche. Traían candiles. Algunos descansaban, descargaban los burros un rato, una hora o dos, dormían un ratito por ahí por la colonia Seis de Enero, donde había casas, y volvían a cargar y se arrancaban. Muchos hacían descanso y muchos se iban poco a poco. A veces hacían café y tamalitos para venderles a los caminantes.

Dicen que en ese entonces había mucho ladrón en los caminos. Ahí por la Seis de Enero esperaban a las personas que viajaban, ya en la tarde de regreso, para robarles lo que traían. A muchos hasta los mataban. Las mujeres acompañaban a sus papás pa' que no les robaran, iban como guardias, porque si iban ellas no se animaban a robarles.

En aquel tiempo Xalapa nomás llegaba hasta la calle Américas, pa' allá, lo demás era monte y plantas de café, naranjales, limones, plátanos. Por ahí entraban los de Coyolillo; dicen que en esa parte había una casa vieja y antigua que la blanqueaban con cal, le llamaban Casa Blanca, y hasta la fecha así se llama esa colonia. Descargaban y guardaban los burros en unas galerías que les llamaban mesones y pagaban una renta por dejarlos. Por burro se pagaba uno o diez centavos, lo que cobrarán. ¡Y se llenaban los mesones de burros y caballos!

Las primeras carreteras las hacían a mano, no había maquinaria, tardaban años en hacerlas, tenían que buscar las partes más fáciles donde no hubiera tanta roca gruesa. La primera carretera hecha a mano fue la que iba de Xalapa a Almolonga. Hicieron también la que llegaba al Trapiche del Rosario. Ahí había carritos pequeños para la gente, y para los burritos había veredas que iban cortando camino.

Cuando yo tenía tres años, en el 1964, apenas estaban abriendo la primera carretera a Coyolillo, y traían una máquina de banda chica. Mi abuelita Luz me llevaba a ver desde una lomita cómo la máquina quebraba la piedra y abría el camino. Cuando la máquina ya estaba cerca, en el mero pueblo, yo veía cuando rompía la tierra y me gustaba mucho el olorcito. La tierra húmeda cuando la van escarbando y cuando es arrancada tiene un aroma bien bonito. De eso yo sí me acuerdo.

En aquellos tiempos todo era barato. Para hacer el blanquillo, para componerlo, solo con un piquito de gallo, pero pos sin manteca. A veces había tortillas, a veces no. Estaba fea la cosa antes. A veces nos íbamos a trabajar y pues a ver si conseguías pa' llegar a comer. Y la *lana*, bueno, pues eso no había. Había un corral que era del tío Tenefro, donde tenía mucho ganado. Tenía dos yuntas de bueyes y como cuarenta o cincuenta reses. Nomás les abría, las soltaba para comer y llegaban aquí, entonces la gente agarraba un becerrito, las vacas venían a la casa y ahí les sacaban una poquita de leche. Antes no había modo de decir “voy a ver el animal”, no, ellos llegaban aquí, si ibas allá, pos no estaban.

La gente era así, conseguía con uno y después se iba y con otro. Un poquito de nixtamal, una cubetita pa' echar unas tortillitas, pero también les voy a decir que cubetas no había, ¡cubetas!, eso vino después, no había nada de eso. Había otras cosas, ollas, cántaros, la loza que se vende, todavía la venden mucho porque las mujeres aquí tienen que tener su olla pa' los frijoles, porque en latitas de esas no es lo mismo que en la olla, dicen. Las viejitas no dejan de usar la olla. Antes todo con leña, café con leña. ¿Cuándo había visto uno todo esto del gas? Pa' beber café comprábamos un bulto de panela. Era barato, ¡las cosas valían nada!

¿Y qué había para comer? Pollos, totolas, había mucho totol, pato. Antes los cochinos andaban aquí en la calle. Bueno, ¿qué calles?, no había calles, casitas. Ahí andaban los cochinos, gallinas, totolas, patos, burros sueltos y vacas en la calle.

En Xalapa se compraban muchas cosas de comer, porque aquí no había casi nada. En esos tiempos, con un centavo se compraba uno los dulces así de grandes y de masa fina, eran grandes, manjar del bueno, si dabas un centavo te daban un cacho así. Les decían “mamones”. Decía Pimenio: “Yo quisiera comerme un cacho de mamón, de esos que tienen el manjar blanco en medio”. En Xalapa también comprábamos ropita porque no teníamos pa' cambiarnos, los pantaloncitos que usábamos de antes eran rayados y hasta la rodilla, lo barato, ¿verdad?, ¿cuándo usábamos un *guaracho*?, no usábamos *guaracho*, nada, descalzo, así iba uno, es que las cosas estaban difíciles. Pues no teníamos. Se compraba una suela, un cacho así de suela, para hacer dos *guarachos* de esos grandes. En Xalapa vendían la

suela. Eran unos cachos de suela de piel, se trozaban y se hacían dos, que usaban los grandes, para nosotros que estábamos más chiquitos se hacían como cuatro. Y otros usaban el *guaracho* entre los dedos y la correa acá, en el tobillo. ¡Cuándo se iba a acabar la suela! ¡Si esa era suela! Y hacían zapatos, y la suela no se acababa, quedaba nuevecita. El cuero se *destilichaba*, se rompía, pero la suela quedaba igualita. Ahora la suela ya no dura, antes era suela buena.

Aquí venía a vender una viejita de La Mesa, se llamaba Tía Dolores. Vendía manteca. Jalaba una pesa y le ponía una piedra. Un coco acá y otro coco acá y ya con eso pesaban pa' que pesaran igual. Y le ponían una piedra acá, la piedra era de medio kilo, o media libra, tenía dos piedras. ¡Libras! Se compraban por libra, no por kilo. Una libra era un kilo. A eso le llamaban balanza, era una tablita de madera y le ponían unos mecatitos y a los mecatitos les ponían el coquito y al otro lado le ponían el otro coquito. A un lado le ponían la piedra y del otro lado le ponían los tomates, los chiles, era una balanza. Ya cuando estaban a nivel parejo, estaba completo, legal. Un cuarto, medio cuarto. Ahí tengo unas básculas romanitas que me dejó mi papá, metálica y con ganchitos, esas sí tienen números. Ahora ya es diferente, ya ni se acuerda uno bien cómo eran antes.

En la casa mi mamá vendía puros, de esos que les decían Alfonseca, tenían una faja blanca enmedio. Vendía tabaco puro, cernido, para hacer un cigarrito de hoja, también vendía recortes pa' los viejitos que fumaban. Y los demás troceaban un cacho. Mascaban tabaco para que no se les picaran los dientes. Luego ya no se aguantaban el vicio del puro, del cigarro, después de un tiempo los puros ya no los sustentaban, solamente los sustentaba el taco que tenían en la boca. Aquí no sembraban tabaco, lo hacían allá en El Arenal, allí les llegaba todo y los hacían. Antes le decían el palo verde. Se podía sembrar tabaco y sí era negocio, la gente empezó, pero después el gobierno acaparó todo.

¡El vicio del tabaco es duro!, me acuerdo que tío Taurino me contó: “Fui a buscar a un hombre de Naolinco, fui al monte y allá nos pusimos a platicar. En eso vimos a otro de *juida*, andaba loco y nos vio, y que se va con nosotros, y le dice al de Naolinco: ‘Oye, *jijo dela*, a mí me está cargando la chingada porque no traigo mascada””; le decían mascada a la bola de tabaco. Entonces, el loco ése le dice: “Dame una mascada”, “nomás traje la mía”, “hijo de la chingada, pos préstamela un rato, eso sí, nomás un rato”. Y que

se saca de la boca la bola de mascada verde, con la saliva verde. El otro se tragó todo. “Pos si no, me muero”, dijo, “¡qué bueno está!”.

Mi mamá también vendía aguardiente. Antes era aguardiente, ora ya no. Vendía unos vasos así, azules. Pero no valía casi el aguardiente en aquellos tiempos, solo dos centavos. Donde estaba el frutillo, ahí se emborrachaba tío Rafael y decía: “cuando me muera me tienen que amarrar ahí, me tienen que ver parado ahí en el palo del frutillo”.

Algunos tomaban todo el día, a veces hasta en la noche, y al otro día mi papá decía: “cabroncísimo, sinvergüenza, ¡hay que echarse su trago!, ¡y luego a trabajar, cabrones!, ahí andan de pendejos, yo me echo mi trago, y en la mañana un café”. Se servía su café con un piquetito, estaba caliente y ya se lo bebía. Luego ensillaba a su burro y a trabajar. Ya venía en la tarde y otro trago, después a comer y se paseaban pa’ acá y pa’ allá, que pa’ que se le bajara la comida. Y ya se acostaba otra vez. Decía: “esta es la regla del hombre: trabajar y echarse su trago, pero no andar de pendejo todo el santo día y noche bebiendo, ¿qué cabrón es ése?”. Pero cuando uno está perdido, no se aguanta.

Tía Guadalupe y tío Bucho, los dos viejitos, se echaba su trago, decía uno: “vamos a mercarnos un traguito”, y el otro: “¡sí!” Y ya se echaban en la cantina un trago, es que les cuadraba, pero eran otros aguardientes, ya ahorita los aguardientes ya no son buenos.

Yo anduve mucho con mi mamá, de acá íbamos a Rancho Nuevo a traer loza de cazuela, olla, allá la cambiaba por cántaros. Con la loza nos íbamos a Blanca Espuma y la loza la cambiaba también por frijol, allá se daba mucho frijol, panela por pilones. Cuando íbamos ya estaba su frijol, su panela y a beberse su café. Con mi mamá todo el tiempo íbamos allá y luego pa’ acá. Ella andaba mucho y yo andaba con ella.

Los comales eran de aquí, de Mesa de Guadalupe, de ahí venían las viejitas a vender comales. Esos luego con tantito se fregaban. Ahí, cada quien lo que hacía lo vendía por dinero. No nomás mi mamá era *locera*, había otras que eran *loceras*, iban juntas pa’ allá. Había otro que se llamaba Tiburcio López, y otra que se llamaba Guadalupe Carreto, esos iban pa’ abajo hasta Tinajitas a vender la loza, y se estaban allá, vendían loza, ese era su comercio.

Me acuerdo que en casa de Epiménio daban clases, era una casa bajita, grande. Los profesores venían de la ciudad, unos eran de Xalapa. Era lo mejor, porque sabían. Yo sí fui con el profesor ése, ya habían pasado varios



profesores, pero yo fui con un mentado Saúl Lozano, fue el que inventó hacer ese colegio aquí. En ese tiempo, ese hombre aquí vivía; pero aquí ni siquiera había mucho tomate, jitomate, o chile verde pa' comer, porque ni pa' comer alcanzaba aquí. A mi mamá le decía: “doña Marta, vengo a comer”, y ella le hacía un piquito de gallo, cebolla, juta!, qué *cuello* daba el hombre comiendo, un chilito así picadito, ¡no'mbre a toda madre!

Cuando éramos niños también traíamos piedras del río para jugar *mata-tena*. De allá del río, piedra de *cascajitas*. Eso me tocó. Y las mujeres también jugaban con las chiquitas, de a *mazote*, que le decían.

Antes no había luz, solamente se ponían candiles pa' alumbrar la casa. Eso es lo que había. Y estábamos bien, no sentíamos que faltara luz, se veía bien. Ahora ya queremos más luz y todavía decimos: “está oscuro, enciende el otro”. Había velas grandes y también unas velitas, comprábamos las velatas también, cuando algún huracán. Las viejitas de antes decían: “¡ay! ahí viene un huracán”, prendían unas velas que estaban benditas pa' la tempestad. Antes se sufrió más pa' vernos crecer.

Antes sí había agua, ahorita ya no hay nada. Esa agua, que no era contaminada, era agua de nacimientos, ya se secó. Cuando iban a traer agua, había una tinaja pa' tomar agua, de esa fría, y otras ollitas que llenaban pa' trajinar en la cocina. Pero no se ocupaba mucha agua. Antes las mujeres se bañaban en la poza y nosotros ahí de pie; se bañaban cada ocho días. El sábado se iba uno a trabajar y se venía uno a bañar, cuando llegaba uno ya las hallaba de pelo suelto, bien bañaditas. Uno se bañaba después.

Había una ley que se tenía, las mujeres que parían su bebé tenían que tener un baño a los cuarenta días. Después del baño, tres días de reposo. Las mujeres aquí estaban *churrias*<sup>11</sup> cuarenta y tres días. No es igual ahora. Antes no gastaban agua. Tenían, malamente, dos muditas de ropa, ¿qué tanta agua gastabas pa' lavar dos mudas de ropa? Se cambiaban cada ocho días, ¿cómo iban a gastar tanta agua? Ahora es de todos los días. Lave y lave, y no hay agua.

Antes no se usaba el agua para ir al baño, el baño era aquí en la esquina, en los corrales, y las *guanchas*<sup>12</sup> eran las que limpiaban; cuando había ganas

<sup>11</sup> Se le dice *churria* a la mugre, a la suciedad.

<sup>12</sup> Los cochinos. Marranas de muchos partos.

de ir al baño, ibas atrás de la casa, ese era el baño, luego venían los marranitos y ellos limpiaban.

Había una casa grande, la casa de Andrés Morales, tenía unos corredores largos, ahí ahora hay una tienda. Era un caserón grande, los dueños de aquello eran los Morales, Andrés Morales era el dueño y estaba rico. Hizo la pila de agua, hizo una mollienda, tenía cañalera, trapiche pa' moler caña. Después le vendió a Crispín Viveros y después, un mentado Carlos Cosme Viveros le *mercó* a Crispín Viveros la casa, y ya quedó Cosme Viveros como dueño de la casa; del terreno no, porque lo recogió el ejido. Al último Cosme vendió la casa, se la compró Luis Reyes. Y ahí se hizo una bulla pues era ejido, ya no era propiedad, y sí la ganó Luis. A la nieta de Cosme Viveros yo le dije: "No te olvides de ir a firmar a Xalapa", pero ella diría que era un juego, se la ganó Luis, porque faltaba de ir a firmar, y ella no fue. Yo creo que todas esas gentes eran familia.

Aquí primero nomás había un trapiche, era de Andrés Morales, que era dueño del terreno. Después la gente compró un trapiche, lo pusieron aquí y molían, a veces hacía panela. Después pusieron otro trapiche, ahí también tenían panela. La panela se llevaba a vender a Xalapa, a Naolinco. También había trapiches en el Trapiche del Rosario, en San Nicolás, Otates. Había en todos lados, porque era la manutención, sembraban los cañales pa' hacer panela, y la panela se vendía, sin patrón.

Se hacía panela y aguardiente, ese aguardiente yo no lo probé, ¡qué aguardiente ha de haber sido ése!, ese aguardiente salía al año, de pura caña, ese sí estaba bueno. Pero ahorita ya esos aguardientes ya no los hacen así, ahora ponen la caldera, echan la panela pa' que esté luego luego, y le ponen una bolsa llena de abono pa' que fermente rápido, ¡estamos abonados! Aquí se sigue haciendo la panela, pero ya no es como antes. Ahora la panela es pa' hacer aguardiente, pero pues ya no es igual. No lo hacen igual como el aguardiente de antes, que se hacía un aguardiente bueno.

Manuel Parra esperaba un año pa' que saliera el aguardiente y de pura caña. Ya las mieles las tenía *ensoterradas*<sup>13</sup> y se iba vendiendo, y pa' trabajar, hacía azúcar. Antes no se conocía el azúcar, nomás la panela. Después, cuando llegó el azúcar, me acuerdo que no nos gustaba el café, no le hallaba

<sup>13</sup> Enterradas

yo, hallábamos muy delgadito el café y el de la panela estaba grueso: “Eso no sirve, ese café de azúcar”, decían. Pero ¿qué tal ahora? la pura azúcar, “¡qué bueno el café de azúcar!”, y el azúcar pa’ todo. Se acabó todo eso.

Cuando todavía estaba nuevo estuve yendo a Almolonga, no trabajaba todavía, le ayudaba a mi papá a sembrar chiles y frijol. El frijol se perdía de agua, ya después se tostaba y quedaba. Íbamos chiquillos a Almolonga, llevábamos un morralito de chiles a vender y la gente iba a comprarnos. En ese tiempo era todo barato. Lo que llevábamos, vendíamos. Ahí *nacateaban*,<sup>14</sup> entonces íbamos y comprábamos veinte centavos de carne, o diez. Antes no había pesa. Valía la res, la vaca quince pesos, un buey grande valía veinte pesos, pero no había pesos en ese tiempo. Nomás cortaban, le llamaban tasajo, decías: “quiero un tasajo” y ¡taz!, te daban un trozo.

En Almolonga *nacateaba* uno que se llamaba Crispín Aguilar, el chingón estaba en Actopan, era matón, porque mandó matar a mucha gente, por algo lo tenía Parra ahí. Era jefe de los pistoleros. En aquellos tiempos no podía estar en Actopan, tenía que estar con Parra en Almolonga y ahí *nacateaba*. Nosotros comprábamos veinte centavos de carne. No había pesos en aquel entonces, el dinero eran los reales. Yo llegué a ganar en Almolonga cinco reales, cincuenta centavos eran cinco reales.

Antes lo que sembrábamos se vendía mucho en Xalapa. Íbamos como tres veces a la semana a Xalapa, si no a Naolinco, a llevar mangos pa’ vender. Tío Bartolo López, papá de Octavio, sembraba pura papaya y chilares. Nosotros sembrábamos tomate, chile verde, frijol, maíz. Batallamos mucho con los burros, nomás anocheía se ensillaban, les dábamos un poquito de maíz y nos íbamos a amanecer allá por la laguna del Castillo. A veces, si había bastante jitomate, íbamos en cuatro o cinco burros, no era como ahora que son rejas, en aquel tiempo eran cajones que se cerraban. Los llenaba uno de tomate y se cargaba el frijol y el maíz. Íbamos a Xalapa a vender al mercado de San José y allá arriba, en la placita del mercado Galeana, ahí se vendía el tomate.

Llegaba uno a Xalapa y descargaba en el mercado Galeana, no había tienda para ir. Los mesones estaban ahí, un mesón estaba ahí en el centro,

<sup>14</sup> *Nacatear*: acción de destazar una res, un cerdo o cualquier otro animal; proviene del náhuatl *nacatl*: carne (<https://www.significadode.org/nacatear.htm>).

otro mesón estaba donde Don Miguel pa' arriba, otro mesón era de Carlos Huerta. Ahí dejaba uno los burros. Y esa tierra, ese pedazo que era grande, era de un *mentao* Don Fermín Domínguez, de Actopan.

En aquellos tiempos había que viajar, aquí no había tiendas. Antes valía el centavo, se compraba un centavo de sal, o un dulce de esos grandes valía un centavo. En el Trapiche del Rosario había una tienda que no era grande, pa' traer cositas. Aquí no había nada.

Yo digo que si no hubiéramos vivido *ansina*, no hubiéramos vivido tanto. Eran nomás desvelos y desvelos, porque íbamos en la noche para amanecer allá en Xalapa y llovía mucho, ¿y con qué te tapabas? Ibas saliendo de casa con un chorro de agua, aguacero y sin nada, no había con qué taparse. ¿Con qué nos tapábamos el agua? Había unos que tenían mangas de hule. Los que tenían más poder, como Tío Julián Carreto, usaba unas mangas de hule, él iba tapado en un caballo, nomás se oía el *chupalazo*<sup>15</sup> del agua en el hule, su sombrero con forro. Pero la demás gente casi un costalito en la espalda. Para dormir no había cobijas, en aquellos tiempos le decíamos *burríta* a la mantita que se usaba pa' taparse, era delgadita y aquí hacía frío. Había *cocos*<sup>16</sup> para ensillar los burros, ahí se echaba uno en un *coco* o en un costal.

Hicimos una carretera de aquí a Omiquila, otra a Almolonga. Las hacíamos a mano. Después hicimos otra carretera, aquí por el potrero que tiene Nacho, a Cerrito. Esa fue la otra. Hicimos la otra carretera pa' salir a Los Frailes, de El Cantarito pa' abajo. ¡Úta madre!, yo estaba nuevo, pero ya había agarrado yo mujer. Roque fue el primero de mis hijos, y ya cumplió sesenta y seis, entonces eso fue más o menos hace sesenta y seis años.

Para hacer las carreteras hacíamos juntas. Íbamos por cuadrilla, pero tenía que haber un cabecilla primero, pa' mover a los otros y “¡ora, vámonos!”. Se daban faenas. ¡Y cómo trabajábamos nosotros en carreteras! Puentes no había. Pa' poder trabajar se rompía la piedra y si no, ¿cómo se hacía? Por eso las carreteras no estaban igual como las de una máquina. Estaba la

<sup>15</sup> Golpe del agua cuando cae o salpica.

<sup>16</sup> Le decían así una fibra que sacaban de la palma de coco, era parecido al ixtle; con esta fibra se hacía una colchoneta para ensillar los burros, para que no se lastimara el lomo del burro con la silla. Muchos ponían también un petate viejo; el equipo completo de ensillar se llamaba *suadero*.

máquina, pero no como orita, la máquina ahora agarra la piedra y la desbarata, la truena, levanta los pedrales, como sea. A ver, ¿cuándo nosotros íbamos a hacer eso? ¡Hijo de la chingada!, estaba dura la cosa antes. Y era obligatorio hacer la faena, pos si queremos camino bueno, bonito, hay que trabajar.

Cuando estaba más grandecito, en Xalapa todavía no había nada, las casas eran de cartones, puro cartón, casitas de cartón y de madera, otras de teja, calzada con tierra. Un día dijeron: “ya hay dos coches en Xalapa”, me dio una puta *admiranza*,<sup>17</sup> “¿cómo será eso?”. Le dije a mi papá: “pos yo voy papá”, estaba yo chamaco, “yo me voy a ver, a ver si son como dicen que son”. Y él se encabronó: “¡no, tú no vas!”, “¡no, yo sí voy!”. Entonces, ya cuando se iban a Xalapa me subí al anca del burro, donde iban las cajas de tomates, ahí estaba con el chile y el tejocote. ¡Y que me voy! Ya una vez ahí, fui a comprar unos puros: “ora sí voy a *mercar* yo los puros”, los que vendían ahí en mi casa. Recorté un tabaquito, me senté ahí junto al *palón*,<sup>18</sup> y dije: “me voy a sentar aquí a ver si viene el coche y lo veo”. Mi papá no estaba, y cuando oí el coche dije: “y ¿eso es?”, pues yo no sabía que zumbaba, “¿y eso es?”, me paré en la banquetita y ahí estuve “¿y eso es?”, y luego ya pasó, volado. Dije: “cómo no viene el otro, dicen que son dos, pa’ verlo”. Al rato veo que viene el otro: “¡míralo!, mira cómo es”. Así los conocí. Eran de esos coches con una curvita atrás, bonitos. Estaba yo chiquillón, nuevo, tendría como nueve años.

Antes los bailes eran con un arpa y una jarana y un buen entablaio de madera que hacían, y ahí zapateaban. Un día le dije a mi mamá: “yo quiero brincar en ese entablaio y dice: “¿chivatos como ustedes?, ¡ahí jalan a esas mujeres bien abrazadas, bailando!, antes no se abrazaba, daban la vuelta”. Los hombres alrededor de la tarima andaban pateando, así eran los bailes, pos los hombres no bailaban; el que tenía la novia, pos bailaba con la novia. Después ya bailaba yo abrazadito así, antes no. Yo todavía llevé a la mujer. Los sones no me tocaron a mí. Los danzones sí, ¡esos son mi mole! ¡Vamos a los danzones!

<sup>17</sup> Admiración.

<sup>18</sup> Árbol.

Cuando estaba yo muchacho, el que tenía su novia, cuando iba por ahí y se encontraba a otro, pos se la tenía que dar, esas fueron las matazones que había. “Ah, no me la das jijo dela”. Esos eran los pleitos. Y el que tenía la novia se la tenía que dar al otro. Si no quería darla a aquel novio, había cuchillos de a madre y se armaba la pelotera.

Ya cuando tenía como dieciocho años le dije a mi mujer: “vente pa’ cá, m’ija”, y me la traje, robada. Es que había un bailecito, y le dije a la novia: “yo quiero que te vayas ora conmigo m’ija”, “no, ora no, mañana”, contestó, “bueno, ¿dónde te espero?”, “pos ahí, atrás de la casa y ya te vas conmigo”. Por ahí había un alambre y ni supimos cómo nos agachamos y nos resbalamos. Yo de momento no la metí a la casa, la metí abajito, allá dormimos tantito. Una vez que dormimos en el monte: “pos ora sí nos vamos pa’ la casa”. Ya había caído la pollita. Lo que se llevó fue una maletita con sus vestidos y “vámonos”, mientras se ganaba pa’ comprar otro vestido. Ya en mi casa mi mamá le dijo: “ya te trajo este chivato”. Y a trabajar, a moler en metate.

Cuando me casé, la burrita que tenía, la mantita que se usaba para taparse, ya no servía, ya estaba deshaciéndose, jalaba ella y se llevaba el cacho, me dejaba otro cacho a mí, a veces ella se enrollaba en el otro cacho y a mí me dejaba destapado, a veces yo se la quitaba, pos es que no había con qué taparse. Es que antes estaba canijo. Solo había catres. Allá en Xalapa había muchos de esos catres, te los vendían ya con la lona, aquí eran con hilo. Pero esos catres eran muy feos. Uno estaba ahí con la mujer y ¡chiqui, chiqui, chiqui!, ¡daba pena! Y los hijos que dormían, “¡oye! y papá y mamá ¿pos qué estarán haciendo?” ¡No’mbre, esos catres rechinaban mucho! ¡Es que la batalla estaba dura! Rechinaba y rechinaba porque era un trabajo muy duro. Yo le decía a la vieja: “vámonos al suelo”, ahí ya no se oía, pero pos no teníamos cobijas.

Tuvimos once hijos, quedaron ocho. Cuatro mujeres y cuatro hombres. Se murieron tres de que estaban mal. Buscábamos medicinas, pero antes no creas que las medicinas eran como ahora que vas a ver al doctor. Antes había yerberas, hasta el día de hoy todavía hay mucha gente yerbera, usan pura yerba. Y sanaban, la yerba es muy buena. Nomás que ahorita, si se hace uno *guaje*, se muere, porque vas al doctor y te dice que estás muy mal, que te van a operar, pero luego te cobran cincuenta o treinta mil pesos, ¿y de dónde los agarras? No, pos igual te mueres.

Cuando yo llegué aquí, las casitas eran de zacate. También allá en mi rancho, en Chicoasén, había casas de zacate. Había unos *pilancones* y había bastante agua. ¡Viera usted cómo había agua aquí en el pueblo! Íbamos a lavar allá. Acarreábamos el agua desde las pilas de agua hasta la casa de nosotros. Había bastante agua, como un río, pero ahorita ya no tenemos agua. Allí vivía don Crispín, él fue el que hizo los pilancones, y como había poquita *plebe* entonces ese señor tapó las pilas de agua con unos cuernos de vaca y de buey. Cuando mataban animal, le quitaban los cuernos, y con eso tapaban los *mineros* del agua. Él era el hombre poderoso, aquí no había otro poderoso y había poquitas casas, por eso tapaban los manantiales de donde salía el agua. Don Crispín era pistolero y tenía mucho poder. Y me acuerdo también, recién llegada aquí, cuando vivía el abuelito de Octavio López, que vinieron unos paileros vendiendo pailas, y ellos fueron allá a los pilancones, a ver qué tanta agua había, y ellos fueron los que descubrieron que el señor ese tapó los mineros del agua, con los cuernos. Yo platico lo que nos platicaban.

Recuerdo que cuando era niña, ya cuando escaseó el agua, íbamos a lavar a un ranchito que está aquí abajo, que se nombraba Los Frailes. Íbamos con la bandeja de ropa a lavar allá. Y también acarrea uno el agua como ahora, en la cabeza. Iba uno a Los Frailes, que está lejitos, con unas ollitas, porque no había cubetas. Dos viajes, pa'l día, al otro día ahí vamos, otra vuelta. Y aquí amanecíamos, nos íbamos como a las siete de la noche, para llegar a las dos de la mañana. Viajábamos en un burrito.

Aquí casi no se daba el maíz, llovía mucho y las siembras se perdían. Y a veces no llovía y se perdían de sequía. Como ahora este año, este año muchos tuvimos maíz, pero muchos no tuvieron. En aquel tiempo casi no había maíz, sufrimos mucho. Los señores se iban a conseguirlo a San Miguel del Soldado y llegaban en la noche con un maíz bien tiernito, lo pelábamos y lo desgranábamos y a la hora que se enfriaba el *nixtamal* molíamos para echar las tortillas y comer.

Molíamos el *nixtamal* en el *metate*. Mi abuelita tenía un *metatito* y ahí nos ponía a resquebrajar el *nixtamal*, desde niñas. Ya después me trajeron el *metate* de mi abuelita, la de Chicoasén, me lo trajo Mayolo, mi primo. Dice: “te traigo el *metate* de la abuelita, que se murió, a ti que se te quede”. Sí, todavía ahí lo tengo.

Allá en Chicoasén había mucho plátano y naranja, y cuando había poquita masa, pues agarraba uno y ponía los plátanos de bolsa a cocer y se lo revolvíamos a la masa, al nixtamal, y ya van las tortillas. Como ahorita, la minsa, pero antes no había minsa, antes había puro nixtamal. Y no echaba uno las tortillas en hoja, sino que la echaba uno en sus manitas. Yo todavía, cuando viene alguna plebe, les echaba yo una gordita en la mano y hacía yo las ollas grandes de atole.

Aquí yo tenía mis novios, ¡pa' qué voy a decir! Mi señor no fue moreno, tenía sus ojos azules, los tenía como su mamá de Octavio, revolcadiños, sí, claritos. Se llamaba Tomás López Domínguez, era bien grande, tenía los brazos grandísimos, era bien fuerte, un hombre muy bueno, un hombre de trabajo. De lo que yo sufrí, lo merecí con él. Ay, yo fui muy sufridora.

Gracias a Dios tengo a mis hijas sanas. Y yo trabajé, trabajábamos en el monte, alzando milpa con los peones, engordando marranos y me cargaba los rollos de leña en la cabeza, desde donde tenemos los terrenos hasta acá, pa' quemarlos. Me decía su papá de Octavio, cuando me encontraba: “¡ay, mujer!, siquiera te echaras un rollizo chiquito”, pero no, me echaba yo dos rollos en la cabeza. Un señor, que se llamaba Alberto, decía: “te lo voy a encaminar a la subida mujer, porque tú te vas a lisiar de alguna cosa”. Y yo nomás le pedí a mi Dios Nuestro Señor que me diera fuerza y que me ayudara pa' salir adelante. Y gracias a Dios salí, y mire, tuve la fuerza de decir: “no me voy a hacer de otro hombre, no”, el que tuve lo respeté hasta morir. Trabajando, hacía yo mi siembra, porque mi muchachito quedó nuevo cuando murió mi esposo, estaba chiquillo. Y aquí estoy, todavía trabajando. Me dicen que pa' qué muelo, yo no puedo estar sin moler o sin lavar. Para el quehacer de la casa sí, ése lo dejo a mi nuera porque me agacho y se me va la cabeza, me mareo. Pero pa' lavar sí. Aquí vivo con mi hijo y mi nuera, mi nieta y mi nieto. Pero la nieta se fue con su abuelita y ya estamos nomás los cuatro. Mis hijas también me ayudan mucho. A una la casamos cuando todavía vivía su papá, pero ya las otras dos me quedaron a mí sola.

Yo a mi Dios nunca lo he de despreciar, Dios por delante se halla uno el camino. Si cuento toda mi historia, no acabo. Yo he sido muy trabajadora, lo platico porque lo he sufrido. Antes íbamos a vender hasta La Palma, a un rancho que se nombra La Palma del Copete, pasábamos Omiquila, *ranchando*, pasábamos La Palma, pasábamos La Hierbabuena. En ese entonces no había casi refrigeradores, pero mi esposo me puso el refrigerador,



hacíamos hielitos y los llevábamos en un cartón a vender. Así andábamos, *ranchando*.

Un día que voy a Xalapa y que compro unos trapitos para las chiquitas, y me dice un señor: “señora, ¿de dónde es usted?”, yo le digo: “soy de Coyolillo”, y que nos ponemos a platicar, y que dice: “mire usted, yo no la conozco, pero le doy a usted una paca de ropa para que venda usted, calcetines, ropa interior de hombre, camisas y todo de mujer”. Y yo le platicué mi historia, le dije: “ay, señor, yo no tengo con qué pagar y ¿si quedo mal?”. Y que me dice: “creo que usted no va a quedar mal”. Era una pila de ropa por doscientos pesos, ¡y que me la traigo! ¡Ay señor, y que dicen mis hijas que vendía yo ropa! En dos días acabé toda la ropa. Y tuve mi ganancia y que me voy a dejarla al señor. Y que me dice: “¿no le dije a usted, que iba a tener suerte?”, y que me dice: “ora, lleve usted otro poquito más”. Y así me iba yo a vender con mi hija chiquita, íbamos por los caminos que ahora son carreteras. Y nos decían: “ay, mujer, ¡cómo, no te da miedo andar con tu muchacha por ahí!” Y yo les decía, “a mí no me da miedo, yo no ando en malos pasos, Dios me ha de ayudar”. Y salíamos, me encomendaba yo a Dios y me iba yo *ranchando* sin los hombres.

Después que voy a Naolinco y me dice un señor: “señora, a usted que le gusta *ranchear*, lleve zapato a vender”. Pues que me anima el señor y que traigo media docena, dos pares de cada modelo. ¡Y la acabé! Después traía yo sombreritos, pa’ niños y hombres. Decía yo: “¡qué suerte! Dios me ayuda”. Me quedaba mi ganancia y venía yo bien contenta, les compraba a mis hijos su pan, compraba mis panelas, mi frijol y media bolsita de maíz y decía yo: “ya traigo con qué comprarle a mis hijos sus cositas”. ¡Se alegra uno! Y le doy gracias a Dios porque mis hijas ¡cómo me quieren!, y mis nietos.

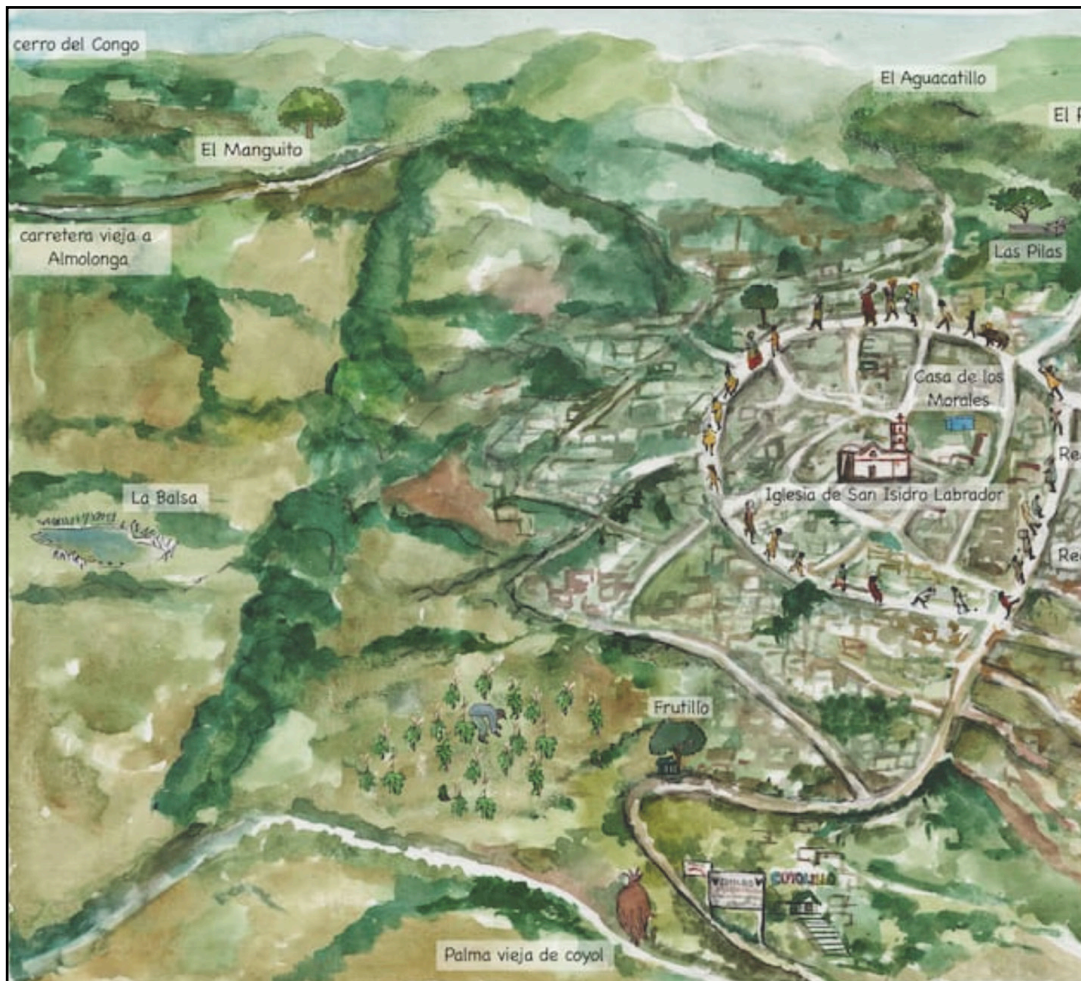




Ilustración realizada por Mario Alberto Hernández con la colaboración de Luis Enrique García Méndez.



## Zapatistas y carrancistas

DON OCTAVIO

Me platicaba mi papá que a él todavía le tocó la última Revolución. Él nació en 1918 y la Revolución comenzó pocos años antes. A mi abuelita sí le tocó la plena Revolución. En esa época fue llegando más gente a Coyolillo.

Yo le preguntaba: “bueno papá, ¿y los carrancistas de dónde venían?”, y él decía: “mira, esos carrancistas eran gente bandida, andaban robando, venían de Coatepec, de las colonias de Xalapa, de Xico, de Teocelo, de Chiltoyac, se iban uniendo, gente mala, matona, ladrona, andaban a caballo y saqueaban los pueblos. Robaban lo que había, si tenías maíz se lo llevaban, si tenías frijol se lo llevaban, si tenías gallinas te las quitaban, si tenías vaca te la robaban, si tenías caballo te lo desataban y te lo robaban, si tenías cochinos te los quitaban, los mataban y se los comían allá por las orillas de los pueblos. A eso se dedicaban los zapatistas y los carrancistas”. Aunque, decía mi papá, que los más malos eran los carrancistas. Los zapatistas apoyaban al pobre y perseguían a los otros porque eran bandidos.

También me platicó mi papá que, como mi abuelo tenía animales, vacas y burros, un día llegaron a su casa los revolucionarios, y que le dice uno: “niño, ¿cómo te llamas?”, él tenía como seis años, y que le dice mi papá: “yo me llamo Bartolo López Luna. Caliento y enfrío”. “¡Ah niño, con que tú sí eres cabrón!”, le dijo uno de ellos. Se fueron y no le hicieron nada.

Una señora me contó que, en aquellos tiempos, cuando ella tenía 13 años, su papá la escondía porque los revolucionarios se la querían robar, ellos andaban en los pueblos y si había una muchacha o dos se las robaban. Aunque lloraran los padres o los que se oponían, igual se las llevaban. Muchas no regresaban, otras pues nomás se aprovechaban de ellas y luego las soltaban. Fue muy dura la situación.

En esa época, aparte de los Morales, en Coyolillo había un hombre muy poderoso que se llamaba Antonio López, su esposa se llamaba Asunción. Él era rico, según decían, porque tenía un yate. Cuando hicieron el ejido ya tenía propiedades grandes. Él y sus abuelos han de haber tenido unas cien o más hectáreas de terreno, la propiedad se nombraba Monte Grande. Además, tenían trapiche para moler caña y le daban trabajo a mucha gente, buscaban peones para cortar caña, molerla y hacer panela. Incluso mi papá trabajó con ellos cuando ya estaba más grandecito. Comerciabán el piloncillo, lo sacaban a vender a Xalapa. Tenían mulas, burros, yuntas de bueyes y otros animales. Eso fue antes del tiempo de Manuel Parra.

Cuando entraron los carrancistas se dieron cuenta de que tenía dinero, tal vez porque su casa era grande y más arreglada. Si vas a un pueblo y preguntas a los niños: “oye, aquí ¿quién es el fuerte o qué?”, entonces te enteras. Y fueron a buscarlo, le pusieron una reata en el cuello y lo colgaron de una viga, y hasta que no entregara el dinero no lo iban a soltar. Sí, lo iban a ahorcar a ese Antonio López. Como la casa era grande, en un cuarto estaba el hijo de Antonio, un muchacho que tenía catorce años, se llamaba Aurelio López. Él se dio cuenta de que a su papá lo estaban torturando en otro cuarto, que lo iban a ahorcar, para que les entregara el dinero; entonces fue por un cuchillo, por una daga, según él, se puso atrás de la puerta, con el cuchillo en la mano, y empezó a patear la puerta, porque quería salvar a su papá, que ya lo tenían colgado de la viga. Abren la puerta los bandidos y al primero que entra le clava el cuchillo, nomás le mete la puñalada y lo tumba pa’ adentro. Y entra otro, y también le mete el cuchillo. Uno murió al instante y el otro quedó mal herido, vomitando sangre. El muchacho nomás los picó y se escondió debajo de los catres. Mató a uno bien matado y al otro se lo llevaron herido. Y al ver esto los demás se pelaron y dejaron a su papá, ya no lo mataron; como el muchacho se defendió los dejaron libres y se llevaron a los muertos atravesados en los caballos. ¡El muchacho le salvó la vida a su papá y tenía catorce años!

Cuando platicaba su historia ese señor, Aurelio López, que murió como de noventa y tantos años, temblaba. Decía: “¿qué muerte les di a aquellos bandidos que iban a ahorcar a mi papá! ¡Nomás me eché a dos!, hubieran entrado más, más habría yo *picao*. Ya estaba yo encarnizado porque a mi papá lo tenían colgado”. Y con qué valor platicaba su historia; él no era muy grande, era chaparrito, un poco gordito. Cuando el señor murió yo tenía ya como unos doce años.

Todo eso se dio cuando lo de los carrancistas y los zapatistas, por eso fue que mandaron a Manuel Parra, lo mandaron a gobernar, porque ya no se aguantaba lo de los matones y bandidos que robaban todo y a las mujeres las violaban. Manuel Parra llegó por eso.

#### DOÑA BUCHA

Cuando era chica, los abuelitos nos decían: “... ustedes no sufrieron lo que nosotros sufrimos con los carrancistas y los zapatistas, porque nos hacían mucha cosa”. Nos platicaron que querían quemar el pueblo de Chicoasén, fue cuando se apareció el Señor Santiago. Eso nos contaban los viejitos de antes, que cuando iban a quemar el pueblo se apareció el Señor Santiago y los corrió a patadas y los correteó en su caballo. Se apareció para defender el pueblo, porque los iban a quemar.





## Quando Manuel Parra dominaba

DON OCTAVIO

Manuel Parra llegó a la hacienda de Almolonga en 1928, en ese entonces mi papá tenía 10 años. Cuando él llegó, los de la hacienda ya eran trabajadores, no le tocó manejar esclavos, ya no eran los originales. Parra quería que todos trabajaran desde jovencitos. Si le decían, “¿sabes qué, fulano tiene un hijo y no trabaja?”, mandaba a traer al padre, “¿por qué no trabaja tu hijo?”, “no, pos tiene catorce, quince años”, “¿quieres que sea un huevón bandido? Échamelo pa’ acá, ¡que trabaje o lo mando a traer!”. Y tenían que trabajar. Estaba la ley de que a los catorce años tenías que trabajar. A los más jóvenes les daba trabajillos, los ponía a hacer limpieza en la hacienda o los mandaba a regar las plantas que tenía. Al que no trabajaba lo mandaba a traer y lo arrestaba, lo multaba o lo amenazaba: “vas a trabajar o te vas del pueblo, o te damos cuello”. Muchos tenían su ganado, vendían leche, marranitos, gallinitas, pero Parra a todos los obligaba a trabajar. En la época de Parra mi papá tenía catorce, quince, dieciséis años, lo conoció y le tocó trabajar con él. Iba a regarle las plantas del vivero. Ya cuando se casó, Parra ya no estaba.

En ese tiempo Parra empezó a contratar gente para hacer fincas, empezó a plantar árboles de mango, limones, naranjos y café, con puro peón; la mayoría de la gente trabajaba con él como peón y eran centavos lo que pagaba. Luego los peones empezaron a cortar y moler caña porque en la hacienda había trapiche. La caña en ese tiempo la cortaban por manejoo. Creo que pagaban el manajo a veinte o treinta centavos. Hacían los rollitos de veinte cañas y los amarraban con el mismo *zacate*, los cargaban en las carretas que jalaban con bueyes y los llevaban a los trapiches donde estaban los moledores. Así comenzó lo de la caña.

Parra mandaba a solicitar trabajadores a Coyolillo, porque aquí había mucha mano de obra que le gustaba trabajar en el campo. Los contrataban para sembrar y cortar caña. A mi pueblo siempre lo han buscado para trabajar, por buenos trabajadores, por cumplidos, porque les rinden y porque son fuertes.

Los Zaragoza, hermanos de mi abuelito Andrés, trabajaron mucho con él como peones. Fueron varios hermanos, como doce o catorce, y todos trabajaron con Parra desde jovencitos. Su papá también trabajaba y ahí los hizo grandes. Un tío mío, hermano de mi abuelito, me platicaba historias de cómo los trataba Parra, a muchos los trataba mal. Cuando yo era niño iba a su casa a platicar. A veces los mandaba a sacar las cenizas de las calderas donde cocían la miel para hacer la panela, porque se amontonaba mucho, pero como trabajaban descalzos o enguarachados, ahí se quemaban con las brasas. Era duro con el trabajo. Me decía mi tío que Parra siempre andaba viendo cómo trabajaban los peones. Si uno era flojillo, si lo veía parado haciéndose guaje, ese dicho que tenemos nosotros, pues le llamaba la atención: “¿vas a trabajar o a qué vienes!”. Si no trabajabas bien o te le ponías al brinco, te pegaba. Mi mamá decía que siempre andaba con su chirrión y una cuarta de cuero, como látigo, y con eso te pegaba.

Otro tío mío me contaba: “¡vieras de ver qué hormigales había!”. Decía que se les subían las hormigas y les picaban, y aunque se andaban cuidando, así tenían que trabajar, o sea que había mucha injusticia. Platicaba de la vez que, un tal Eligio le dijo a la esposa de Parra: “¡No’mbre!, había muchas hormigas donde andábamos trabajando y casi nos acaban, se te sube el hormiguero y no te deja trabajar”. Entonces la esposa dice: “¿sabe qué, don Eligio, le voy a prestar unas medias para que no le piquen las hormigas”, “...no, pos si me las presta usted y hay la confianza...”. Y la señora le prestó las medias. Y que va el patrón y lo ve con las medias: “Eligio, con que ya eres también dama, ya me saliste mujer. Aquí quiero hombres, no quiero damas. ¡Te quitas eso! ¿Dónde las conseguiste?, ¿quién te las dio?”. “Me las prestó fulana”. Ya lo quería mandar a colgar, por poco lo mata. Y a su mujer la golpeó, la amarró y todo. Eligio decía después: “¿cómo fui así de tonto?, poco le faltó pa’ colgarme”. El patrón le llamó la atención hasta a su padre: “mira, mucho cuidado porque para la otra ya no llega tu hijo”. ¡Qué hombre más bravo!

Una vez le pregunté a mi mamá: “¿cómo era Parra?”, y me dijo: “era chaparrito, no era alto, pelo lacio, usaba sus polainas o botas hasta acá,

usaba chamarras y camisas de mezclilla”. Se usaba mucho la mezclilla en ese tiempo. “Su sombrerito chiquito, alita cortita, aquí agachado”. Así vestía el hombre, con su cuarta y su *chirrión*. Cuando era su cumpleaños, hacía fiesta, mataban vacas, le daba de comer a la gente. Mi mamá contaba que cuando ella tenía catorce años iba a cantarle Las Mañanitas a Parra. En ese entonces mi papá ya llegaba a los veinte, la llevaba con seis años.

A cualquier bandido que le llevaban a Parra porque había robado, le pegaban su *madriniza*<sup>19</sup> y lo colgaban en la higuera más alta y ahí moría ahorcado, ahí lo *blanqueaban*.<sup>20</sup> Ya muerto se lo entregaba a la familia o lo mandaba a enterrar. Parra tenía su *camposanto* donde los enterraban. Así que mucho bandido se frenaba, pero también había muertes injustas, porque muchos iban a denunciar nomás porque no te querían o te tenían envidia, o por cualquier cosa. “Fulano jaloneó a mi hija y la quería violar”, aunque no fuera cierto, ya con eso te mandaba a traer y te colgaba. “Fulano me robó”, ya con eso, sin investigar.

Me platicaba mi mamá que un tío mío se llevó a una muchacha que era de San Nicolás, era su novia, pero se la llevó. Los familiares fueron a demandarlo con Parra, decían que se la había llevado a fuerzas. Y aún siendo familia de los Zaragoza, el patrón lo mandó a traer con un pistolero y pos lo mataron. La muchacha decía que lo quería, pero sus padres no querían ese matrimonio. Dicen que lo torturaron muy feo, que le cortaron la planta de los pies, lo pusieron a caminar con las plantas rebanadas y después lo fusilaron. Se llamaba Armando y era el único hijo que tenía mi tía. Lo sepultaron en Actopan.

Parra tenía acceso a las mujeres que quería, como en las películas rancheras, que los hombres son *aprovechadones*, que se las llevan a caballo y todas esas cosas. Él hacía eso porque tenía el poder. A sus pistoleros los traía cortos, si abusaban los arrestaba y los mandaba a colgar. En ese tiempo todavía había muchos pistoleros, pero cuando Parra dominaba estaban aplacados. Ellos se soltaron después de que él ya no existió.

Pasaban muchas cosas en ese tiempo, era más pesado. Yo le decía a mi mamá: “¿cómo soportaban a Parra?, ¿por qué no decían ‘¡cabrón! y si vamos a matar a este hombre?’” “No m’ijo, ¿cómo crees?, si estaba rodeado de pis-

<sup>19</sup> Golpiza.

<sup>20</sup> Mataban.

toleros y matones, ¿cómo te le acercabas? No era fácil”, decía ella. No había quién le entrara porque él estaba bien resguardado. Parra tuvo su reinando de los años veinte a los treinta. Él huyó después del ejido. Se fue de *pelada* porque también lo traían corto.

Entonces los pistoleros empezaron a hacer de las suyas, a hacer muchas travesuras, andaban sueltos y sin gobierno, se dedicaban a matar gente, a robar. Luego fueron acabándose, fueron desapareciendo; a muchos los mataron, otros se fueron del pueblo y ya no regresaron. Se iban de *pelada* a esconderse a otro pueblo, pero allá los mataban, porque había pistoleros por dondequiera. Otros corrieron pal’ sur. Todavía hay unos que de vez en cuando vienen al pueblo.

#### DON ANDRÉS

Manuel Parra no salía pa’ ninguna parte, nomás estaba en Almolonga.<sup>21</sup> Allá él lo fabricó todo, tenía sus casas, su comedor, la placita y unos árboles muy bonitos. Siempre andaba paseándose en su casa, de ahí no salía, jalaba un *cayuyo* largo, de madera, era un *chicotito* forrado. Nunca jaló pistola, nomás el *cayuyo*. Y a veces ¡cómo qué no!, sí les pegaba a sus trabajadores con el *cayuyo*. A uno de Omiquila, que le decían de apodo Calabacita Colmada, un día lo paró y le dijo: “te paras ahí” y le soltó el *cayuyazo*, y él brincó pa’ otro lado y no le pegó, tres veces no le pegó y entonces dijo: “qué, ¿te vas a dejar o no te vas a dejar?”, pues sí, ya se sabe, se tuvo que dejar, nomás le pegó tres y a dormir. Es que era un *cayuyo* forrado y en la punta tenía un plomito. Manuel Parra a veces salía a los cañales, a andar tantito, agarraba algunos de sus hombres para andar con él. Una vez que andaba con él Gaudencio Zaragoza, le dijo: “patrón, ya vamos muy lejos”, y Parra dijo: “¡y qué!, ¿tienes miedo Gaudencio?, nosotros vamos donde quiera que sea, tú andas conmigo y a ti no hay quien te toque”. ¡Úta!, ¡y nunca jalaba pistola!

En una ocasión, llegó un pistolero de Alto Tío Diego que quería matar a Manuel Parra, era hermano de Manuel Viveros, se llamaba José. A Manuel

<sup>21</sup> Manuel Parra compró la hacienda de Almolonga a Guadalupe Garza, madre de Joaquín Fonseca, en 1926 (Santoyo, 1995).

Viveros, Parra lo tenía allá de jefe, porque al otro no le hubiera dado ni el saludo. Entonces vino aquel a Almolonga: “¿qué se te ofrecía, José?”, “no se me ofrece nada, se me ofrece...” y le apuntó con la pistola, pero no pudo tirar. Parra era un hombre que estaba *asegurado*. Le dijo: “mira José, lo que has de hacer es irte lo más pronto que puedas. ¡Vete antes de que te mande a colgar de la higuera!”. Al otro día Parra mandó a llamar al más mandón de todos, y le dijo: “oye, mañana vas a ir a un mandadito, vas a decirle a Manuel Viveros que lo más pronto que pueda mande a quitar a su hermano José, y que si no lo quita, voy a mandarlo a quitar a él”. Entonces Manuel dijo: “¡mira nomás lo que fue a hacer mi hermano con él! Pues ya ni modo, de que me quiten a mí, pues lo mando a quitar a él”. Tenía muchos pistoleros ahí.

Yo trabajé toda la vida con Manuel Parra, pues solamente él valía. Valía más que el Presidente de la República. Manuel Ávila Camacho mandó a Manuel Parra a la hacienda de Almolonga para administrarla. Él era de las guardias blancas. Ahí donde quedaron los paredones de la hacienda vieja, Parra hizo el ingenio, donde se producía el azúcar y el aguardiente. Había mucho trabajo. En ese tiempo se usaba la carreta y la yunta de bueyes para jalarla y acarrear la caña a la vía, donde estaban las plataformas. Se cortaba la caña, se hacían rollos, le decíamos *atadero*. Cuando quedaba el rollo, lo echabas a la carreta. Se llenaban las siete, ocho o diez plataformas de caña y se las llevaban al ingenio y allá se descargaba pa’ echarla a la banda.

Cuando yo estaba nuevo, chiquillón, nos pagaban cincuenta centavos por día. Los hombres ganaban un peso y un tostón. Si se cortaba caña por manojo pagaban a centavo el manojo. Yo tenía que trabajar por obligación, para tener mis centavos. Si no quería ir, pues no iba, iba a la otra semana, o cuando aquel quería. De aquí toda la gente iba a trabajar allá, era chico aquí, pero todos trabajaban en Almolonga con Parra. Mi papá no iba a trabajar allá porque hacía siembra. Trabajábamos temprano, de seis a seis. Había capataces que eran pistoleros. Yo trabajaba limpiando *pelillo*, sembrando y cortando caña, también en la fábrica, echando manojos de caña a la banda, y limpiando zanjas de agua. Estaba yo nuevo, empecé como de doce años. Cuando Parra se perdió ya iba yo pa’ los diecisiete años. De la noche a la mañana Parra ya no estaba. Nomás dijeron: “Parra ya no está aquí, ya se fue”.



## La lucha por el ejido

DON OCTAVIO

Entre 1936 y 1938 se formó el ejido en Coyolillo. En ese tiempo Lázaro Cárdenas era Presidente de la República. Dos años tardó la batalla para legalizarlo. Nomás se respetó lo que ya era propiedad, las pequeñas propiedades que había en colindancia con el ejido, la casa de Antonio López y la de los Morales.

Antes del ejido, en Coyolillo había terratenientes. Los Morales eran los dueños de los terrenos, pero no porque tuvieran papeles legales, sino que como eran poderosos, se sentían dueños de todo. Después de que se hizo el ejido, la única propiedad que les quedó fue la casa grande, que estaba en un terreno que habían comprado en el centro del pueblo. Como ya sabían que se iba a repartir la tierra del ejido, decían: “nos van a quitar la casa”. Los pequeños ejidatarios decían que la casa la iban a invadir, la iban a agarrar para beneficio de la comunidad, pa’ escuela, salón de baile o no sé qué, pero la iban a ocupar. Entonces pensaron que una pequeña propiedad no puede existir adentro de un ejido, menos en el mero centro, y lo que hicieron fue venderla, aunque haya sido barata, a un mentado Crispín Viveros.

Crispín Viveros era de Actopan, también era poderoso, terrateniente y fuerte, además era pistolero y tenía pistoleros. Tenía un hermano, Nicanor Viveros. A ellos se les vendió esa propiedad. Después Crispín se la vendió a otro Viveros, a un mentado Cosme Viveros. Pasó por muchas manos la casa grande. A los Viveros les tocó que les arrebataran sus propiedades.

Cuando las tierras ya se iban a repartir y a convertir en ejido, el gobierno mandó la solicitud a los pueblos, para que el que quisiera entrar a la pelea por el ejido se organizara. Entonces se hicieron grupos y pusieron a un cabecilla, que iba a dominar a la gente que le entrara de los pueblos.

Un tío de mi papá, hermano de mi abuelo Rafael López León, fue cabecilla de aquí, se llamaba Cecilio López. Él y su papá, que se nombraba Epigmenio López, abuelito de mi papá, fueron los organizadores del ejido. A mi abuelito Rafael todavía le tocó la pelea del ejido, a mi papá ya no, ellos fueron los primeros.

Fue una batalla grande la que tuvieron que enfrentar para formar el ejido. En el pueblo había unos que estaban de acuerdo con el ejido y otros que no. Epigmenio López se atrevió a entrarle a pesar de que Parra no estaba de acuerdo en hacer el ejido, porque fue orden presidencial y le dieron armas al grupo. Los del gobierno federal sabían que iba a haber un encuentro entre los terratenientes poderosos y los que estaban a favor del ejido, entonces armaron a los ejidatarios, hasta a las mujeres les dieron armas, porque hubo mujeres que fueron ejidatarias, a todos les dio armas para que lucharan. Les dieron máuser, carabinas, las calibre 30-30, pa' que se defendieran contra los terratenientes.

A Manuel Parra todavía le tocó cuando hicieron el reparto de las tierras y no estaba de acuerdo. Él sabía que el presidente había dicho que se iba a hacer el ejido, para que los campesinos trabajaran sus propias tierras, por eso salió de aquí como en 1942. Parra era poderoso, tenía policía, tenía destacamentos, tenía ejército, y como él no estaba de acuerdo con el reparto de tierras, muchos no le entraron, porque te podían matar.

Por parte de la familia de mi madre, de mis abuelos los Zaragoza, ellos no le entraron. Como trabajaban de planta con Manuel Parra le tenían miedo, estaban de su lado, en contra de los que estaban formando el ejido; no de pelearse, pero como su patrón les daba trabajo de planta no querían afectarlo. Cuando Parra tuvo que ceder y firmar para que se hiciera la concesión de las tierras, llamó a los Zaragoza, a mis abuelos, mis tíos, a todos, los llamó porque quería darles a ellos la mayor parte de las tierras que se iban a repartir. Les dijo: “como regalo a ustedes, como los quiero tanto, les voy a dar lo mejor de los terrenos, les voy a dar toda esta zona de riego, donde está un manantial grandísimo, pa' que ustedes se ayuden”. Pero ellos todavía tenían miedo, pensaban que los estaba engañando para traicionarlos, y no querían entrarle. Entonces les dio el terreno, pero estuvieron poco tiempo, no les gustó y lo abandonaron. Es que uno busca estar más donde haya gente, a nadie le gusta estar solo, por eso no quisieron estar ahí las tres familias solitarias.



Dicen que Manuel Parra mandó a asesinar a Manlio Fabio Altamirano<sup>22</sup> porque dijo que sí se iban a hacer los ejidos, que ya no iba a haber terratenientes. El asesino se llamaba Rafael Cornejo, era un chavo nuevo, tenía como dieciséis años cuando lo prepararon pa' mandarlo a asesinar a Altamirano. Se sabe que este Rafael Cornejo era de Teocelo y vino a dar a la hacienda de Almolonga de catorce años, chiquito. Era huérfano y se dedicaba a cortar caña pa' un trapiche que tenía moledores de caña pa' hacer aguardiente, panela y todo eso, pero ahí su tío lo golpeaba y lo maltrataba, entonces huyó, se vino caminando y llegó a la hacienda por la calzada. Parra lo metió a trabajar y lo traían de mandadero; luego lo entrenaron para usar armas y como era chiquillo de valor, lo eligieron para asesinar a Altamirano. Luego lo mandaron a la sierra pa' que se escapara.

El ejido de Coyolillo iba a abarcar más terreno, más hectáreas, desde Almolonga, pero cuando vinieron a medir para delimitarlo, para dar la resolución, tenían que medir tres veces. Entonces midieron todo lo que iba abarcar Coyolillo, pero esa parte que donó Manuel Parra la midieron solo dos veces, faltó la tercera y todo eso ya no quedó dentro del ejido, quedó libre. Al ingeniero que venía a medir, como no había carretera y lo tenían que ir a traer a caballo, porque el carro solo llegaba hasta Almolonga, ya no fueron a traerlo la tercera vez. También por falta de medida, cuando Alto Lucero hizo su ejido abarcaron hasta acá y se quedaron con una parte que era de Coyolillo, pero como esa parte todavía no estaba bien asentada en el plano, pues se hicieron dueños los de Alto Lucero. Esto no ha quedado claro hasta ahora.

Aquí formaron un grupo de treinta y ocho ejidatarios para conseguir ochocientas y fracción de hectáreas. Como en el pueblo no había tanta gente, buscaron personas de otros pueblitos, hasta mujeres pusieron como

<sup>22</sup> Abogado, organizador y dirigente de núcleos obreros y campesinos. A finales de 1935 se adhiere a la causa del general Lázaro Cárdenas. Aportó ideas radicales a la educación socialista de Cárdenas que fueron presentadas en su plan sexenal. Fue electo senador de la República por el estado de Veracruz, en 1934; siendo gobernador electo fue asesinado en 1936 en el Café Tacuba en la Ciudad de México (<http://siglo.inafed.gob.mx/enciclopedia/EMM30veracruz/municipios/30100a.html>). Manuel Parra entró a la historia porque el 25 de junio de 1936 ordenó el asesinato de Manlio Fabio Altamirano (<http://www.blog.expediente.mx/nota/27907/periodico-de-veracruz-portal-de-noticias-veracruz/la-mano-negra-de-manuel-parra>).

ejidatarias. Luego fue creciendo porque los padres iban heredando pedacitos a sus hijos. Todos los que lucharon ya fallecieron, y dejaron a un hijo o alguien que tenían de su confianza como ejidatario, y así el ejido se fue haciendo más grande, ahora somos 158 ejidatarios. Entre más ejidatarios tenga el ejido es más fuerte para cualquier movimiento, tiene más poder.

A mi abuelito Rafael le tocó el tiempo de cuando se hizo el ejido. Se anotaba a los jefes de familia, los que ya estaban casados, a los jóvenes no, tenían que ser casados o que tuvieran la edad. En ese entonces mi papá estaba chico, jovencito, de catorce o quince años, pero ya chambeaba, porque a los niños de ocho, diez, doce años, ya los llevaban al campo para enseñarles a chapear. Ya después le tocó ampliar su pedazo para chapear, con derecho porque su padre había luchado. Mi papá decía: “es que mi padre peleó en el ejido, tengo derecho”. Y como todo estaba libre porque era poca gente todavía en ese tiempo, agarró su parcela cerquita del pueblo. Ya después a los demás les iba tocando más lejitos. Al principio la gente no quería las tierras de más lejos, iban tomando las de más cerca, para irse caminando. Mi papá en ese momento era solo, no estaba casado, porque cuando empezó el ejido él estaba chiquito.

En aquel tiempo, Coyolillo era muy chico, ochocientas hectáreas era mucho terreno para los pocos pobladores que había. Entonces chapeaban cada año en distintos lugares porque la tierra estaba libre, cada quien sembraba su parcelita donde quería. Chapeaban, quemaban y rozaban, se daban las siembras limpias; sembraban maíz, frijol, jitomate, chile, y con las cenizas se fertilizaba, se daba una siembra bonita. Y luego, la dejaban para que en dos o tres años se volviera a enmontar, chapear y quemar, y volver a sembrar. Se hacían cuadrillitas para chapear: “tú me ayudas y yo te ayudo, vamos mañana y chapeamos acá y vamos dos días allá y chapeamos lo tuyo pa’ ir haciendo parcelitas”. Así empezaron, ayudándose unos a otros.

Yo todavía conocí el *tencole*, era como una hoz, tenía un gancho, le ponían un pedazo de madera y con eso chapeaban; con ese también cortaban leña. Todavía me tocó ver a unos señores viejitos que tenían sus *tencoles* y los llevaban al campo. Después, mucha gente que tenía los *tencoles*, cuando ya no servían, los usaban para la lumbre, colocaban piedras para poner encima las ollas, para hervir su café. Así se fueron acabando.

Los de más poder, tenían ganado y yuntas de bueyes para arar la tierra. Como había *barbecho*, la gente que no tenía yunta dejaba los terrenos planos

y sembraba en las laderitas, en los cerros, en las lomititas. Cuando llovía mucho, los barbechos se enfangaban, eso que le dicen que se *aguachalan*, que se acumula mucho el agua, entonces ahí no crecen las plantas, se agría la milpa, el frijol no se da.

Muchos ya no se movían de donde chapeaban y empezaban a crear derecho, decían: “no pos yo aquí chapeo cada año, pos ya es mío, ya no me lo quita nadie”. Empezaban a hacer casas, a poner postes, a marcar, a poner cercos; chapeaban y ponían cerquitos de piedras para que les fuera respetada la parcelita. A mi papá todavía le tocó esa libertad y como él era hijo de uno de los que pelearon, pues iba y chapeaba un pedazo y luego iba y chapeaba otro y ya era dueño. A él le tocó un terreno parejo, bonito, y por eso había envidiosos que le decían: “te voy a quitar un cacho”, o fueron y se metieron. Pero él chapeó, abrió el terreno y empezó a sembrar, y ya esa parte se la respetaron. Pero había unos que, aunque chapearan un año, si dejaban su terreno se los invadían, y otros se volvían los dueños. Así pasaron muchos problemas, y hubo muertes también por los terrenos. Antes se peleaba la gente por un pedacito de tierra, hasta machetearse. Otros que no les gustaba chapear o no querían trabajar, agarraron menos terreno. Como la tierra estaba en común, cualquiera ponía un palo y decía: “hasta aquí es mío”, y muchos por no pelear ahí lo dejaban, otros sí llegaban a pleito.

A los primeros ejidatarios les dieron un certificado que los avalaba, pero no decía que tenían tantas hectáreas, porque todo estaba en común, ese papel te amparaba como ejidatario y los que no eran ejidatarios no lo tenían. Entonces muchos tenían su parcela, pero no tenían un certificado de propiedad porque eran dueños por posesión, porque chapeaban, cercaban y así iban creando derecho, quedaban como dueños, pero no tenían el título. Ahorita ya cada quien tiene lo suyo, ya todos tienen su papel que los defiende, si hay algún problema acude el presidente del comisariado ejidal o un ingeniero, y con el papel se hace el deslinde.

DON ANDRÉS

Yo nací en 1932. Cuando hicieron el ejido he de haber tenido unos ocho o nueve años. La orden llegó de México. No me acuerdo qué presidente fue el que dijo que las tierras tenían que ser repartidas para los campesinos, que

cada quien tenía que tener su ejido, como nosotros aquí. ¡Ah sí! fue Lázaro Cárdenas.<sup>23</sup> En aquellos tiempos la gente temía, había caciques, pero como ya venía la orden de México, la tierra tenía que ser repartida para los campesinos, para que la trabajaran, porque antes ninguno podía trabajar, todo era del cacique y tenían que trabajar nomás con él.

Antes había un sólo dueño, de Villa Rica hasta México, todo era de él, se llamaba Román Lascuráin. Ya después el hombre vendió los terrenos, y así el que tenía dinerito abarcaba lo que quería, y el que no tenía dinero estaba fregado, los terrenos los ganaban los que tenían, los ricos.

En aquellos tiempos, la gente trabajaba con Andrés Morales, ese después vendió y tuvieron que trabajar con Crispín Viveros, ninguno de aquí tenía un cacho de tierra, ¡ninguno! Muchos no se quisieron meter a lo del ejido, temían: “nos vamos a meter al ejido y ya no nos va a dar trabajo, no estamos seguros”, es lo que ellos pensaban. Pero, como las órdenes venían de México, todos teníamos que entrar en los ejidos, aunque hubo gente que no quiso. Crispín Viveros no quería y el agente municipal José López no quiso firmar para que quedara el ejido.

Manuel Parra no quería ser agrarista, no quería ejido. Mandó a matar a varios presidentes ejidatarios en la región. Nomás quería caciques, como él, pero la ley de los ejidos estaba dura, venía fuerte pa’ que el campesino trabajara en lo propio. Entonces lo mandaron llamar, llegó a México, y que lo meten a un calabozo. Ahí no se podía mover, estaba parado con un cuchillo en una costilla, otro en la otra y otro en la espalda, y un chorro de agua en la cabeza. Tuvo que aflojar: “¡sí, soy agrarista, sáquenme de aquí, sáquenme, sí soy agrarista!” Y ya se vino. Fue así como le digo.

<sup>23</sup> Lázaro Cárdenas (1891-1970). Militar y político mexicano que fue presidente de México entre 1934 y 1940. [...] fomentó la educación [...], estimuló la formación de organizaciones sindicales, renovó la administración pública e impulsó, como nadie lo había hecho antes, la reforma agraria. [...] Su posicionamiento en favor de obreros y campesinos frente a los intereses de los poderosos y la defensa de los recursos naturales frente a las injerencias de las compañías extranjeras le proporcionaron prestigio [...] Cárdenas hizo más que cualquier otro presidente para consolidar la Revolución mexicana y llevar a la práctica sus ideales de justicia e igualdad. [...] El gobierno de Cárdenas organizó el reparto de más de dieciocho millones de hectáreas entre los desposeídos mexicanos [...]. Cárdenas recurrió a un sistema comunal genuinamente mexicano: el ejido. Los ejidos incluían a cientos de familias a las que el Banco de Crédito Ejidal proporcionaba financiación, escuelas y hospitales (<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/cardenas.htm>).

Aquí hubo un hombre que no era de aquí, era de La Finca, allá abajito. Ese fue el que dijo: “hay que hacer el ejido”, aquí adonde había una poca de tierra. Y ese buscó a la gente y empezó, con uno que otro, porque aquí no querían dejar al patrón y muchos no quisieron luchar. Tenían que ser treinta y cinco personas las que firmaran pa’ formar el ejido. Aquí no se completaron los treinta y cinco, entonces se fueron a Los Frailes a ver si completaban, después se fueron a Omiquila y allá había una mujer que se llamaba Tía Dolores, ella también se metió y así se completaron los treinta y cinco, con una mujer.

Unos entraron a la lucha y otros no. Mi papá no quiso entrarle al ejido, no entró a la cooperativa de los treinta y cinco. Muchos no quisieron porque trabajaban con el cacique, Crispín Viveros. Mi papá trabajaba con azadón limpiando *pelillos*, y en la molienda, y en todo; eran varios los que trabajaban con él, en la caña, la milpa, café, chilares, frijol. Tío Rafael sí entró, también Tío Toribio, Tío Librado, Tío Cecilio, Güicho Mendoza, Tío Güicho León, todos esos se unieron. Al final fue lo mismo pa’ todos, la gente que no entró también agarró tierras.

Hilario Reyes era el jefe, fue el que fundó el ejido. Tío Melecio Mejía y Ezequiel Pérez eran de Los Frailes. También estaba metido Morales, el papá de Eristeo Martínez, Enrique Reyes, Rosalino Peralta y Tío Mariano, el papá de Aristeo; también le entraron Limaco, el papá de Braulio, Tiburcio y Javier Martínez, que eran de Omiquila. Yo los conocí en casa de Luis Reyes, que era la casa de los Viveros, ahí vivió Tío Nicanor. Esos fueron los que entraron al ejido. Y sí, se acompletaron, “¡ahora sí podemos pelear!”. Una vez que se juntaron se fueron a Xalapa, pero tuvieron que dar vuelta pa’ allá y pa’ acá. Estuvieron yendo y viniendo. Se iban de noche pa’ amanecer allá, porque antes se iba caminando pa’ llegar amaneciendo. En esa época no había burros, ellos tenían que andar a pie hasta llegar a Xalapa. Cuando llegaba uno a la laguna, por ahí iba amaneciendo. En aquellos tiempos se caminaban de noche, no de día, no se dormía en el camino, eso no se podía.

Allá les dijeron que tenía que firmar José López, el agente municipal, que era de Xalapa y vivía aquí. “Vayan a que les firme el agente municipal, con eso ya va a quedar el ejido”. Pero él no quería firmarles. Entonces hablaron con el jefe y les dijo: “¿no quiere firmar el hombre?, ¡ah bueno!, si no quiere firmar, mátenlo”. Porque el gobierno les dio carabinas, les dio máuser y unas cajitas de cartuchos. La orden ya venía de allá: ¡mátenlo, el que no firma muere!

Llegaron de Xalapa en la tarde y fueron a su casa en la nochecita. “No, que yo no firmo” les dijo. La casa la tenían rodeada y los de afuera le dijeron a la Tía Asunción, su mujer, que José no quería presentarse con ellos. Toda la gente decía: “José no pasa de hoy, hoy se va a morir”. Y va y le dice la viejita Asunción a Tío José, su viejo: “José, ¿por qué no les firmas esos papeles?, ¿que te van a matar!, eso andan diciendo, yo oí que de hoy no vas a pasar. ¡No seas caprichudo! ¿Qué te cuesta firmarles?”, y él le respondió, “bueno, pues les voy a firmar”. Y entonces ya le dieron el papel y firmó con su huella dactilar; porque antes la gente no sabía escribir, ni un gancho sabía poner. ¡Ninguno sabía leer! La verdad, sí batallaron.

Para entonces aquí ya no había patrón, los que trabajaban para Crispín Viveros eran los viejos. Unos iban con él y otros iban con el papá de Tía Felicia, Hilario Reyes. Ese era el jefe, que tenía otro jefe que se llamaba Tío Martín. Entonces cuando vinieron de Xalapa a hacer la junta del ejido estaban los dos grupos: los que iban con Crispín y los que iban con Hilario y Tío Martín. En la junta eran muchos, aunque eran más los de Crispín Viveros, pero las gentes que vinieron de allá de Xalapa dijeron: “estos son poquitos, pero valen más estos poquitos que los bastantes. El ejido ya está y estos son los que valen”.

El ejido fue con sangre, hubo muertes. El mero jefe de aquí, Martín López, que era mi tío, Hilario Reyes y sus hijos Porfirio y Víctor, fueron a parar a Chicuasén, porque también allá estaban con lo de los ejidos. Plácido Márquez, el papá de Andrés Márquez, era su rival, era matón y no los quería. Por piernas salió Hilario, que era papá de Tía Felicitas, pero le ganaron el brinco. Después consiguió gente de fuera, no de aquí, de allá por La Tinaja, y una noche fueron a ver a Plácido a su casa, por el camino a Almolonga. Lo agarraron y le dijeron: “llévanos a conocer el camino”, su mujer dijo: “¡si se lo llevan yo me voy con él, yo me voy con ustedes!”. “Tú no te sales de aquí, a ti no te queremos, queremos a éste”, le respondieron. Se lo llevaron y allá lo tirotearon, lo mataron. Después, su hijo Andrés Márquez quedó como jefe del pistolero. Con el tiempo también mataron a mi tío Martín López, que se había ido pa’ Chicuasén, lo echaron al río en el puente que le dicen del Tranchete Remolino, lo mandó matar Andrés Márquez. Ese también mandó matar a Hilario, que estaba en Pastorías. Los que hicieron el ejido después ya no vivieron aquí y los mataron. A los que se quedaron aquí ya no les hicieron nada.

Parra mandó a matar a Cecilio López, el primer presidente del comisariado ejidal de Coyolillo, pero él se escapó. Andaba por el monte, siempre cargando una vara, un trozo de leña. Como sabía que lo querían matar se fue por el camino de La Mesa, cortó una caña y se la fue comiendo, le gustaba mucho la caña. Antes había muchos encinales, era una selva de encinos, no como ahorita. Ahí le agarró la noche. Se sentó en un tronco a dormir y ahí amaneció. Tempranito se fue a Almolonga a hablar con Parra. “Buenos días don Manuel”, “buenos días don Cecilio, ¿qué andas haciendo?”, “es que vengo a darle aquí una razón”, “a ver, platicame”, “a mí me buscaron ayer y no me hallaron porque si no, ya me hubieran matado”, “¡ah caray! ta’ bien Cecilio, ora no te vas a ir, te vas mañana en la mañana”. Le dio un cuarto fino para que durmiera, lleno de puro espejo, ¡tesoros de pura plata, un cuarto lleno de dinero! En la mañana salió don Cecilio, y le dice Parra: “¿qué tal dormiste Cecilio?”, “bien patrón”. Parra quería ver si llevaba dinero, pero no, nada, porque en aquellos tiempos se usaban cotones de manta que ni bolsas tenían. ¡Cuándo Tío Cecilio iba a traer una camisa! En Almolonga al bandido lo guindaban de una higuera. Entonces Parra le dijo: “de estos me gustan Cecilio, como tú, honrados, ya vete, yo te voy a respaldar, no te va a pasar nada”. Lo quiso mucho a Tío Cecilio.

Ya después que Parra regresó del calabozo donde lo pusieron en México, lo mandó a llamar y le dijo: “Cecilio, ahorita sí soy agrarista convencido, ¡a trabajar!, a sus ejidos, ¡siembra mangos de manila pa’ que te mantengas!”. ¡Cómo sabía el viejo que debía sembrar mango si aquí en ninguna parte había mango?, había del corriente, uno que otro mango viejo que salía por ahí. Entonces fue cuando la gente empezó a sembrar mango. ¡Y cómo había mango y cómo se hacía dinero! pero ahorita el mango ya no se da.

## DOÑA BUCHA

Yo me llamo Tiburcia León Bravo, mi mamá se llamaba Eustaquia Bravo, las tierras que tengo eran de mi papá, Tiburcio León, a mí me las dejó. De la otra señora mi papá no tuvo hijos, pero sí le dio terreno. Él era ejidatario, él sí peleó pa’l ejido, le tocó pelear con las carabinas. Los que lucharon por el ejido fueron muchos: Bucho Mendoza, Tío Cecilio, Tío Rafael, Tío Faustino Mendoza, Virgilio López, Carlos Mendoza, Pedro, Guillermo,

Tío Perico, y el difunto Bibio, mi suegro, que se llamaba Toribio López, Librado Mendoza y Juan Cervantes. Ellos se retrataron en Xalapa, cuando les dieron el ejido, cuando recibieron el ejido. En la foto están sentados, encogiditos todos, con las carabinas. Esa foto la tiene Chabela, Isabel López Viveros, una señora que es de aquí pero vive en Mesa de Guadalupe.

Me contaba Tía Felicitas que a su papá, que se llamaba Hilario Reyes, y a su esposo los mataron por el ejido, por las tierras, fue en Conejos, allá los mataron; ella decía que sufrió mucho por esa gente que era muy mala. A mi tío Cosme Bravo lo mataron aquí en El Lencero, porque Manuel Parra tenía la avanzada de pistoleros en los alrededores para que mataran a todos los de Coyolillo cuando venían de luchar el ejido; por eso mi tío Cosme se fue por allá, por El Lencero, y allá lo mataron los de Parra. A uno que se llamaba Pío también lo mataron, era de Chicoasén. Lucharon muchos y hubo muchos muertos por el ejido. Eso nos platicaban los viejitos de antes. El ejido de aquí iba ser más grande, pero como Andrés Márquez no dejó que fueran a ver ingenieros pa' que echaran su última medida, nos lo recortaron.

Aquí, en Coyolillo, a los que iban en contra del ejido les nombraban los Zaragoza, ellos estaban con Manuel Parra. Cuando iban a Almolonga los de aquí los *malodeaban* mucho, o sea, les decían muchas cosas, todo lo que les iban a hacer a los que luchaban por el ejido. Tía Felicitas decía que aquí, por Las Higueras, no podía uno pasar para ir a Xalapa, porque tenía todo eso rodeado de gente mala, de pistoleros. Entonces se iban desde aquí hasta Chicoasén, a Actopan, caminando, a salir por allá hacia Xalapa, daban una vueltota. Antes caminaba uno, porque no había ni carros ni nada, se andaba caminando.

Una señora, que se llamaba Sofía, hija de Tío Gaudencio Zaragoza, dice que no le quisieron dar tierras y me platicaba: “como yo estaba de novia con ese señor Emilio, hijo de Tío Faustino Mendoza, mi papá no me dio terreno, yo me iba a casar y no me quiso dar pa' que yo me casara”.



## Después del ejido

DON ANDRÉS

Aquí, cuando ya era ejido, también había tierra para hacer casa, nomás le decían al presidente del comisariado: “yo voy a hacer mi casa, ... a ver adónde me vas a dar, me gusta acá”, “ah bueno, vamos, te voy a medir tu pedazo”, y ya ahí hacían su casa. Antes, donde uno quería un pedazo de tierra, iba al monte, trozaba un palo y con una cruz, a marcar: “aquí ya no se pueden meter”. Así me dieron la tierra a mí, cada quien marcaba donde quería tener su tierrita. Todavía agarramos tierras, se repartía según se trabajara. Los lotes en ese tiempo eran regalados, ahorita ya los venden. El que quiere vender, vende a otro y venga la lana, después se quedan sin nada, aunque sea ejido. Muchos tienen bastante tierra, otros tienen poquita.

Aquella colonia de la entrada pa’ acá, es mía. Allá yo tenía una tierrita, *barbechillo*, y allá les repartí a cada uno de mis hijos. Allá agarré yo, estaba libre. Es ejido, no son tierras que diga yo propiedad. Los otros terrenos son de hermanos míos. En la entrada de la calle están los de Toño, los míos y los de mi otro hermano.

DON OCTAVIO

Cuando se hizo el ejido, al principio hubo muchos que ocuparon terrenos cerquita, al pie del pueblo y ahí sembraban, pero como la comunidad fue creciendo había muchas parejas que se casaban y querían terrenos para una casita. Entonces las parcelitas que estaban más cerquita del pueblo las fueron agarrando pa’ hacer casas, pa’ construir. Si yo solicitaba un pedacito pa’ mi casa, iba a hablar con el dueño del terreno, y el presidente y el consejo

de vigilancia del comisariado ejidal le decían: “hay tres que quieren lote pa’ casa y como tu terreno está cerca lo vas a donar”. Entonces medían el lote y lo regalaban, solo se le pagaba al presidente ejidal una cuota pa’ que hiciera un papel que dijera, “tanto por tanto es tuyo”; el papel lo sellaban y lo firmaban, y ya se respaldaba uno.

Las escuelas secundaria y primaria, y la clínica, también fueron terrenos donados, ahí primero estaba un campo deportivo, porque como Coyolillo era chiquito esa ya era una orilla, y esos terrenos que eran de siembra los donaron pa’ campo deportivo, pero luego cuando vino lo de que querían hacer la clínica y las escuelas, y el campo desapareció. Después los mismos que jugaban beisbol, que han de ser como unos 10, se cooperaron y pagaron otro terrenito, ellos son dueños de ese terreno, no es donado por el gobierno.

De parcela escolar son tres hectáreas, eran de temporal, pero ya las hicieron de riego con un proyecto de pozo agrícola para hacer una unidad de riego. Ahí sembraban caña para el ingenio La Concha. Luego vino la devaluación y la quiebra del ingenio. Cuando desaparece el ingenio desaparecieron también muchas parcelas de caña como ésta. Ahora, como la parcela escolar ya tiene unidad de riego la rentan pa’ dos, tres años y les dan buen dinero, y ya ese dinero lo agarran para beneficio de las escuelas. Es un comité el que se encarga de rentar a gente fuereña, a los de Mesa de Guadalupe pa’ que siembren jitomate, a los del Ranchito Las Ánimas o de Chicoasén que siembran chayote.

Cuando yo era niño, que iba en la primaria, en esa parcela se sembraba maíz. Todo el maíz que se daba lo deshojaban, lo desgranaban y lo vendían, y así recuperaban el dinero. Anteriormente la comunidad hacía faena en las escuelas, llevaban yuntas a surcar, sembraban y cosechaban. Ahora nomás hacen faena o dan cuota los padres de los niños que van en la escuela, el pueblo dejó de dar faena para la parcela escolar, porque el beneficio no es pa’ la comunidad. Como la faena la hacen solo los padres de familia, ahora mejor la rentan, reciben el dinero y lo agarran para pintar las escuelas o para hacer una barda o cualquier cosa que se necesite.

Aquí en el pueblo, hasta como los años setenta los animales andaban sueltos, estaban libres, no había cercas ni alambres, había lo que se llamaba *vagancia*. Al final de la cosecha soltaban todo el ganado a que anduviera libre, comiendo pasto del de todos, porque todo era común. Ya después la gente comenzó a alambrear sus parcelas. Y cuando empezaba la temporada

de lluvias cada quien agarraba sus animalitos y los metía a sus corralitos para seguir sembrando. Yo recuerdo eso, era niño. Mi papá tenía vacas, en un corral grande amarrábamos los becerritos y él soltaba las vacas; luego, en la tarde, llegaban a darle chichi a los becerritos, bien educadas. Al otro día las ordeñaban, las soltaban y se iban abajo donde había agua. Ya en la tarde llegaban de nuevo a los corrales a ver a las crías. Burros y caballos, todos andaban sueltos ahí en los terrenos y en el pueblo.

La *vagancia* de los cerdos llegó hasta el ochenta. Cuando hicieron la clínica dijeron que no querían cerdos ni gallinas sueltas, que ya no querían *vagancia*, y se dio la orden de que los marranitos estuvieran enchiquerados. Eso fue porque hubo una enfermedad porcina que pegó aquí, una fiebre, y se morían muchos cerdos; entonces salubridad se dio cuenta que había mucho animal muerto y mucha peste, por dondequiera los tiraban, y mucha gente se empezó a enfermar también del mismo contagio de los cerdos. Y es que la gente tenía montón de cerdos, todo el mundo tenía cerdos en cantidad, había un señor que tenía más de cien, y se iban a comer al monte y se comían las milpas, lo que sea.



## Calamidades que agobiaron al pueblo

DON OCTAVIO

Me platicaba mi papá que hubo un ciclón muy grande en el cincuenta y cinco. Dicen que duró bien poquitas horas, pero tumbaba árboles, derribaba casas o las dejaba sin techo, crecieron los ríos tanto, exagerado, que rebasaron hasta casas, pueblos. El huracán agarró las milpas eloteando y acabó con la siembra, no hubo cosecha, ese año no hubo maíz. El huracán les tocó a mis hermanos. En ese tiempo solo había dos o tres casas de material, todas las demás eran de madera y las derribaba, las tumbaba, por eso muchas personas se refugiaron en las casas que eran de material, que estaban recién hechas y estaban fuertes.

En aquellos tiempos también cayó una plaga de langosta, que es un grillo grandote. Fue como en los años cuarenta y tantos, ya se había dado el ejido y ya tenía su terreno la gente. La plaga acabó con toda la siembra, estaban las milpas eloteando y las peló toditas, con pastizales, con árboles y acabó con la milpa, ese año no hubo cosecha. Dicen que no se veía el sol de tanta plaga, o sea, al sol lo nublaron de tanto animal tan tupido.

También hubo unos temblores grandísimos, tembló mucho y duró mucho rato, tanto que la casa en donde nosotros vivíamos quedó partida, cuarteada, con aberturas. Aquellos tiempos a mí no me tocaron.

En los años cuarenta la gente del pueblo iba a conseguir maíz prestado ahí por San Miguel, por Paxtepec, porque la gente acostumbraba prestar. Cuando yo cosechaba prestaba y cuando acá cosechaban me prestaban, hacíamos cambio. A veces prestaban la yunta pa' trabajar, y a cambio, cuando los otros cosechaban daban una renta, se pagaba con fanegas de maíz, así se usaba antes. Entonces, dicen que un día fueron unos a San Miguel Aguasuelos, allá por Paxtepec, y allá estaba esa plaga de la viruela y

se quedaron en una casa donde había personas que tenían viruela, que ya estaba descascarando; mi papá decía que cuando la viruela descascara, el polvito vuela y es el que contagia. Nomás regresaron esos y como a los tres días empezaron a salirles bolitas, ronchitas, y luego eran grandes, entonces reventaban.

Así llegó la enfermedad de la viruela que se extendió mucho, porque en ese tiempo no había vacunas. Ya después los gobiernos empezaron a hacer campañas de vacunación porque mucha gente moría de viruela. Cuando cayó esa epidemia mi mamá era chiquilla, mi papá estaba joven y dicen que mucha gente se enfermó de viruela. Me platicaba mi mamá que a los que les daba la enfermedad los llevaban al cerro, a la cueva, y les llevaban comida, los aislaban para que no contagiaran y no siguiera la peste; mi papá le llevaba comida a un hermano, y mis abuelitos al hermano de mi mamá, porque también a él le pegó la viruela. Lo más malo, decía mi papá, es que había una viruela que era morada, que pegaba durísimo ¡que se te caían los cachos!, como con la lepra. En el pasado la viruela acabó con todo Zempoala, que fue un pueblo totonaco. En Paxtepec quedó nomás la iglesia sola, porque el pueblo se acabó. Esa viruela era mortal.

Hubo otra plaga entre los años cuarenta, cincuenta, que le llamaban nigua. Según dicen, era una pulguita que se enterraba en los pies, ahí hacía la infección y se hacía una bola, un chipotote que reventaba y echaba pus. Y de una que se enterrara se iban reproduciendo más en todo el pie, en las piernas y los chipotes reventaban. Y no podían casi ni caminar, y como en ese tiempo la mayoría de la gente andaba descalza y enguarachada, pues más se reproducía esa enfermedad. Dicen que también se reproducía mucho porque había mucho cerdo suelto, y perros, y porque las casas no tenían piso, el piso era de tierra, y en la tierra se reproducía mucho esa pulga, tan chiquitita que ni se veía.

En ese tiempo el sarampión le pegaba muy duro a los niños; decía mi mamá que si los agarraba de meses les daba fiebre y se morían, muchos niños fallecieron de sarampión. También llegó por acá la tos ahogadora y mucha gente se moría, porque te ahogaba, no alcanzabas a respirar, te ponías morado y te morías. En aquellos tiempos había muchas epidemias, plagas y enfermedades que atacaron y agobiaron a muchos.

## Costumbres que se van perdiendo

DON OCTAVIO

Antes había la costumbre de decirle a la partera “mamita”, con mucho respeto. Cuando te la encontrabas le besabas las manos: “Las manos, mamita”, cruzaba los brazos y te decía, “que Dios te bendiga”, o con la señal de la cruz te decía, “santito, que Dios te bendiga”. También cuando te topabas un padrino o una madrina, lo mismo. Era la tradición, el respeto a los padrinos, a tus tíos o a tus mayores, cuando iban a visitarte o te los encontrabas. Esta tradición ya casi está desapareciendo, ya es muy raro que se bese la mano. Aunque seas su padrino, ya nomás te dicen: “buenos días” o “buenas tardes”. En otros pueblos criticaban eso, “¿por qué besas la mano?, ¿por qué cruzar los brazos?”.

Como mis padrinos de confirmación eran de Xalapa mi papá me decía: “no le vayas a besar la mano, tú nomás le vas a dar los buenos días y los vas a abrazar, porque ahí no se usa”. A mis padrinos de bautizo sí les besaba yo la mano, porque ellos eran de rancho, eran de Omiquila, ellos sí sabían las costumbres de nosotros. Pero una gente de la ciudad te lo criticaba. Mucha gente no lo hace porque le da pena, por vergüenza, porque lo critican. En la familia de nosotros todavía tenemos eso del respeto.

Esta tradición empezó a desaparecer como del noventa pa’ acá. Había un sacerdote que se dio cuenta de la costumbre que había acá y se burlaba, cuando terminaba la misa, echaba la bendición y decía: “la mano, padrino” y cruzaba los brazos, entonces la encargada de la iglesia, ya como echando relajo le decía: “santito, Dios te bendiga” y él se echaba su risa. Y de ahí pa’ acá empezó a desaparecer. Mucha gente busca padrinos de fuera, de Xalapa y de otros lados, que no tienen esa costumbre, por eso va desapareciendo, como que se va borrando.

Nosotros platicamos con mis hermanos que las personas en la antigüedad eran inteligentes, no estaban tan rezagadas. Cuando te topabas a alguien en otro pueblo que era un familiar o compadre, decía: “mi’jo, le das memoria a tu papá”, y ya llegaba uno: “papá, mamá, su compadre fulano le mandó memoria”, y ya decía mi papá o mamá: “ah, mi’jo, muchas gracias que se acordó de mí”. Porque ahora nomás se habla de que el celular trae memoria o la computadora tiene memoria y alguien que te escucha que mandas memoria te critica eso. Memoria es guardar, es recordar. Ellos usaban la palabra memoria porque memoria es recordar, cuando yo le decía a mi papá que le mandaban memoria es que esa persona lo estaba recordando. Y en la memoria recuerdas lo que está grabado. La memoria era algo importante. Ahora se usa mucho la memoria, pero en la tecnología. Esa palabra antigua sigue en la actualidad hasta en los aparatos electrónicos.

Una costumbre que antes era diferente era la de las bodas a caballo, a mí todavía me tocaron unas bodas de ésas, me tocó la de mi cuñada, cuando tenía cinco años. En aquellos tiempos aquí no venían a hacer misa, los novios se iban a casar a la parroquia de Actopan, entonces los padrinos y todo el acompañamiento los iban a encontrar a caballo en la desviación para acá y le llevaban un caballo a la novia y un caballo al novio, con su silla; la novia como tradición tenía que traer un sombrero nuevo puesto y el novio también; y así se venían por la carretera en los caballos y el acompañamiento venía atrás; cuando llegaban a la entrada del pueblo echaban un cuete, pa’ que la gente se alertara de que los novios ya estaban entrando al pueblo y vinieran a darles la bienvenida; en la entrada estaba un *anono*, que le nombraban El Anonito, y echaban el primer cuete cuando los novios llegaban ahí; en la entrada los estaba esperando la música, la banda, y con ellos se paseaban a caballo en redondo del pueblo; después llegaban a la casa de la novia y se bajaban de los caballos, la banda tocaba una o dos canciones, le daban chocolate a los novios y luego empezaba lo de la comida, con toda la gente. Yo me acuerdo que ponían una enramada de madera con horcones y la cubrían con hoja de plátano verde para que estuviera fresco, ahí la gente comía en las mesas, bajo la enramada, y ya en la noche hacían el baile. Había la costumbre de que el padrino de bautizo de la novia les compraba a los novios un guajolote, y ellos tenían que comerse la pierna del totol; en ese tiempo había muchas gallinas, animales de plumas, guajolotes, totoles, no había animales de granjas, entonces la comida era de pura carne



de rancho, gallina de rancho, y para comer se hacía mucho mole, arroz, tamales, y como postre hacían algo que le llamaban manjar, era como una gelatina o flan, pero se hacía en una olla grandota, era de leche con masa, le ponían canela, unas le ponían hoja de limón, o de naranjo y ya le daba otro sabor, le echaban panela o azúcar, era más de panela porque en ese tiempo no había casi azúcar; lo preparaban como si fuera masa para tamales, lo cocían y ya cuando estaba listo lo vaciaban en unos recipientes pa' que se cuajara, eso lo hacían un día antes. Ya después los novios ponían platillos con pedazos de manjar cortado como si fueran rebanadas de pastel. Esa tradición ya se acabó, ya no lo hacen, a mi esposa Silvia le enseñó mi mamá a hacerlo y cuando tenemos ganas nos lo hace, porque ya aprendió con ella, pero eso era especial para boda o cumpleaños. Todo mundo participaba en la boda, las gentes les regalaba gallinas a los novios pa' que hubiera mucha carne, si tenían vacas que daban leche, les daban leche para el manjar, o les llevaban maíz para los tamales; la gente se apoyaba mucho, era muy unida en ese tiempo, no había padrinos como ahora, pero la gente apoyaba. La novia usaba unas zapatillas que les nombraban italianas, zapatillas italianas, se llamaban así porque eran puntudas, de punta grande y el tacón era alto de clavo, no sé si mi cuñada todavía las tenga, pero una vez nos las enseñó, las tenía guardadas como recuerdo. En esa época no se echaba el ramo para arriba como ahora, el ramo que les daban a las novias lo ofrendaban a la Virgen de Guadalupe o a algún santo por alguna promesa que hacían.

Todavía tenemos la tradición de hacerle cantos a los muertos. Hay gente que dice que lastiman mucho al doliente o a los familiares. El de "Adiós, mi señor es amo", se canta cuando sacan al muerto de su casa, comienza y dice: "Adiós, mi señor es amo, ya me voy al triste olvido, adiós a mi casa querida, en donde estuve tendido", y ahí va platicándote de parientes, familia y todo eso. "Donde tu cuerpo se corrompe, comido por los gusanos", es una mezcla que lleva de todo. Entonces, hay gente que dice que es lastimoso, pero es la costumbre de nosotros, a todos se les canta. En el novenario son otros cantos, ahí se canta "Reyna del cielo", son otros alabados.

Los cantos son católicos y son algo muy tradicional de nosotros. Incluso hay sacerdotes que escuchan esos cantos y los admiran y dicen: "no, qué alabados tan lindos, bien bonitos, no pierdan esa costumbre, se oyen muy originales los cantos que cantan aquí". Muchos los admiran, mucha gente

que viene de otro lado dice: “ojalá no cambien las costumbres que tienen”. Antes había señoras que se dedicaban mucho a eso, a los cantos y alabados. Yo conocí a la fundadora, era hermana de mi abuelito, se nombraba Apolinar Zaragoza Martínez y había otra que se nombraba Ignacia Mendoza, ella no era parte de mi familia.

Doña Apolinar y doña Ignacia fueron de las primeras fundadoras de la iglesia, ellas organizaron para que hubiera esta religión, pa’ que vinieran padres, para que hubiera bautizos. Porque los padres no venían cada rato, venían los quince de mayo y hacían las comuniones, los bautizos, aprovechaban porque nomás iban cada año. La mamá de ella y su abuelita les enseñaron a ellas dos a rezar el rosario, cantos y alabaditos, y ya luego ellas empezaron a enseñar. Ella enseñó a mi mamá y así empezó, una se lo fue enseñando a otras y así fueron quedando. Todavía se acostumbran los rezos, los alabados y los cantos que se hacían desde antes.

Para los difuntos se tienen rezos especiales, cuando fallece alguien tienen un canto especial, para cuando lo sacan de su casa, para cuando lo sacan de la caja y para sepultarlo; cuando salen de la iglesia y van al entierro cantan un alabado que ha existido cientos de años. Son cantos que se oyen bonito, un poco tristes porque habla de lo que dejas, como ese canto que le llaman “Adiós, mi señor es amo”, que lo cantan cuando sacan a un difunto de su casa, porque habla de que dejas tu casa querida, tus parientes, es como una despedida. Está también el “Santo Dios”, todos esos son cantos muy especiales.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Adiós, mi señor es amo. Adiós mis señores amos. Ya me voy al triste olvido, adiós mi casa querida, en dónde estuve tendido. / Hijos míos yo no quisiera, escuchar su triste llanto, porque voy al camposanto, a que me cubra la tierra. / Quédate esposa con Dios, ya me voy a separar, nos veremos ambos dos, en el Santo Tribunal. / De todos mis parientes, me despido en general, dispensen hoy mis molestias, de venirme acompañar. / Adiós compañeros queridos, que me van a sepultar, al sepulcro del olvido, donde hemos de ir a parar. / Adiós mundo delicioso, donde quise yo triunfar, ya llegó el día riguroso, de empezar a compurgar. / Adiós mi acompañamiento, que me ha estado velando, ya se llegó la hora y tiempo, de qué me vayan sacando. / Adiós el triste solar, donde fue mi habitación, y a mis parientes les pido, no me vayan a olvidar. / Adiós padre de mi vida, madre de mi corazón, llevo mi triste partida, para la helada mansión. / Adiós, hijos de mi vida, hijas de todo mi amor, ya me voy al camposanto, por mandato del Señor. / Adiós, hermanas y hermanos, válgame la Virgen pura, a convertirme en gusano, me voy a la sepultura. / Adiós mis queridos suegros y vecinos de este lugar, por el amor de Dios les pido, que me vengan a cargar. / Adiós astros y luceros,

Mi mamá cantaba también los cantos de la iglesia, había muchos cantos de Navidad para cantarle al Niño Dios; ella le enseñó a mucha gente a cantar. De mi tía y de mi mamá se quedaron todos esos cantos, ahora los canta mucho la gente, a los que les interesaba los apuntaban y los cantan para el Niño Dios. Yo no sé muchos, pero tengo una hermana a la que mi mamá le enseñó a rezar el rosario y a cantar, ella sí sabe todos esos cantos. Y ella se los va enseñando a otros. Mi mamá se los dictaba a mi hermana, mi hermana los anotaba, son cantos muy antigüitos, les nombran alabados.

Ha de haber como unas veinte o veinticinco familias que no cantan alabados, tienen sus propios coros, son un grupo, no sé qué secta sea, porque hay unos que son testigos, otros creo que son cristianos, no sé cómo le nombran a ese grupo. Hay algunos de ellos que van a los velorios de católicos porque es cuestión de familia, si se muere un familiar, aunque seas de otra religión vas a acompañar, pero no se les critica. Y hay unos de ellos que se han muerto y nosotros los hemos acompañado porque a veces toca familia mía o familia de mi esposa y como quiera uno va a acompañar. Ya en la muerte todo se vale. Sea la religión que sea, tú vas al velorio a acompañar y vas al sepelio. Para ellos no es igual la multitud de gente en el velorio, a ellos no los siguen tanto, desde ahí ya están viendo una diferencia. Ellos no hacen novenario ni cabo de año. La gente siempre sigue mucho a los que son católicos, a los velorios van miles de gentes, a los sepelios van miles de gentes.

## DON ANDRÉS

Mi mamá platicaba que cuando se moría un niño le hacían baile, le hacían fiesta. Los chiquitos morían y baile, ¡bailazo toda la noche!, velando al chiquito. Y la mamá llorando. Luego a los dos o tres días se moría otro, y había otro baile, ¡cómo había bailes! Eso fue más antes. Ya después desapareció,

luna, sol, firmamento, adiós arena y viento, que fueron mis compañeros. / Espero que San Gregorio, de allí me ha de sacar, de aquel santo purgatorio, para poderme salvar. / No te cueste pecado, porque es cierto y cuiden, te puedes morir de repente, y amaneces condenado. / De este mundo has de sacar, aunque el dinero te sobre, sólo una mortaja pobre, para llevarte a enterrar. / Alabemos hermanitos a Jesús, María y José, en los cielos y en la tierra, y en todo el lugar, amén.

se olvidaron de los bailes porque agarraron otra onda, otras costumbres y se acabó eso del baile. A los niños chiquitos cuando se morían, les cantaban El Sorón. Hacían fuego, jugaban al *sorón* y hacían juegos afuera, ellos estaban tendidos, pero afuera los niños hacían las vueltas.

Sí, había muchos jueguitos de esos pa' jugar, bailar. En aquellos tiempos sí se amanecía en los velorios, ahora ya no. Antes se morían mucho los niños, yo creo de hambre. Yo era el carpintero y les hacía sus urnas chiquitas a los chiquitos.

## Curanderas, parteras y brujos

DON OCTAVIO

Mi mamá nos curaba con plantas medicinales, ella sabía muchas cosas. Nosotros todavía las ocupamos porque son efectivas para infecciones, para cuando se ventea uno; hay plantas especiales para cuando le da a uno diarrea. También hay plantas que son calientes para el resfrío, plantas amargas para cuando te da alergia, te salen ronchas o se intoxica tu piel, entonces hierves plantas amargas y te bañas con eso para desintoxicar tu cuerpo y se te quita la picazón. Nosotros sabemos cómo se usan esas plantas, tenemos todos esos métodos. Hay tés para la bilis, para cuando haces un coraje, son amargos para que te protejan, te evitan un dolor de vesícula. O los azahares que se echan el primer viernes de marzo para un coraje o un susto.

Hay plantas para cuando agarras aire, como que la comida no te cayó bien y de pronto sientes un dolor, como que te esponjas. Hay una planta que se llama quina, se masca la cascarita, se traga la saliva y empiezas a expulsar aire. Expulsas aire y te va desinflamando. O te hacen un té amargo y empiezas a eructar, se te sale el aire y pasan las molestias, se te quita el dolor, en pocos minutos. Si no, te tomas un té tibiecito, te lo tragas y se te quita el dolor de volada, es efectivo. Es lo mismo que las pastillas que sirven pa' dolores, pero mejor mastico un pedacito de quina y no le meto química a mi cuerpo. Todas esas cosas todavía las conservamos.

Úrsula López Vivero era la curandera de Coyolillo, era mi madrina. Ella era partera y curaba de empacho, de cuajo, de todo eso. Era muy buena. Ahora ya no hay curanderas como las de antes. Sí hay algunas que le hacen la lucha, pero como aquéllas ya no. Una vez, en los días de Semana Santa, fuimos a la playa a Chachalacas, éramos como unos treinta, entre muchachas y muchachos, y a diez metros de la orilla sentimos que ya estábamos

hundidos, nos estábamos ahogando. Yo nomás me acuerdo que decía: “ay, Virgencita de Guadalupe no dejes que me quede aquí”. El mar nos sacó. A los ocho días llevamos a Úrsula, como era curandera, para que llamara al espíritu, para que nos gritara allá en la playa, nos sobara con una rama con ajo, ahí en el mar, pa’ que nos curara el espanto, que sí es malo.

Felicitas Reyes Cabañas también era curandera, se dedicaba a *ensalmar* de ojo, a curar de cuajo, de empacho, a hacer bebidas pa’ cuando se enfermaba alguien, a barrer a uno cuando le hacen mal de ojo, que agarra aire o algo así. Le llaman *ensalmar* a barrer con ramas de sauco, albahaca o ruda, o con un fuego. Vivía de lo que curaba porque era viuda. Mataron a su marido cuando el ejido. Iba a curar a San Nicolás, a Los Frailes, a Omiquila. Iba caminando, usaba chanclas de cuero, y así andaba caminando en los pueblos. Nosotros teníamos padrinos en Omiquila y a veces mi mamá nos mandaba con ella para que fuéramos a visitar a los padrinos, porque ella era tía de mi madrina de bautizo. Apoyaba a muchas comunidades curando, curaba mucho a los niños. Ayudó mucho, no cobraba, tú le dabas para una pieza de jabón, o tortilla, o maíz, o semilla, unos centavitos, huevo de gallina o lo que tú le dieras, de eso vivía ella. Cuando era temporada de cosecha ella iba a todas las casas y le llenaban el morral de maíz o de pipián, ella hacía su cosecha, su *troja*<sup>25</sup> de lo que le regalaba el pueblo, porque como curaba a todo el mundo, todo el mundo la quería mucho. Era rezadora, cuando fallecía alguien rezaba el rosario en los novenarios, a mucha gente ella le enseñó el rosario. Hacía muchos alabados también. Ella era blanca, de raza muy güera. No era nativa de aquí, su familia era de otras partes, pero ella aquí hizo su vida. Antes vivía en un pueblito, que le llamaban Conejo, ahí por Mirador, y dicen que de ahí se vino a Coyolillo a vivir, pero tenía familia por Reyes, en San Nicolás y en Omiquila. Tuvo familia, pero chiquita, su hijo falleció en un frío muy fuerte que hubo. Se murió él y ella todavía duró muchos años, yo creo que llegó a más de los cien años la señora. Yo la conocí con el pelo blanco, blanco, ya estaba grande, pero sí alcanzó a *ensalmar* todavía a mis hijos. Me platicaba que a ella le tocó la última Revolución, en 1910. Cuando los carrancistas pasaron, ella tenía once años, mi papá tenía seis. Decía: “yo era bien güera, bien bonita, tenía yo

<sup>25</sup> Lugar donde se almacena y guarda el maíz.

en ese tiempo once años, y me querían violar”; los revolucionarios se la querían robar, se la querían llevar.

Mónica Zaragoza, hermana de mi bisabuelo, también era curandera, dicen que era muy buena pa' curar. Estuvo un tiempo en Coyolillo y después se fue a vivir a Tinajitas, allá se casó, tuvo un hijo y después se dejó con el señor, se fue a vivir a Veracruz, y allá se casó con otro. Se dedicaba a curar, tanto ganaba que dicen que se compró unos terrenos de cal allá en Veracruz. Dicen que ponía un pedacito del cuerno de un unicornio para que nadie te embrujara, para que nadie te hiciera nada. Me platicaba mi mamá que ella curó a Manuel Parra. Cuando empezó a sentirse mal lo llevaron a que ella lo curara, allá en Veracruz. Le dijo que a él lo había embrujado una señora porque él le había mandado a matar a su hijo, y por eso se vengó; le dijo que la mujer lo había ido a saludar y que en el saludo lo embrujó y le pasó la muerte. Dicen que le pagó una buena lana porque lo curó, pero que ya no pudo salvarlo, luego se lo llevaron a su tierra natal, era de Pachuca, Hidalgo, y allá murió.

Yo todavía conocí a algunas parteras, una se llamaba tía Joba y otra tía Emilia, ellas eran las parteras en aquellos tiempos. Mi madrina Úrsula López, también fue partera. Y hay otra que se llamaba Ambrosia y le decían Tía Bocha. Las que partearon a mi abuela eran todavía más viejas: Tía Paulina, Tía Perfidia, Úrsula y Aldegunda. Las señoras que trabajaban como parteras eran aquéllas que ya no tenían familia y se dedicaban ya nomás a eso, de cuarenta años pa' adelante. Las parteras mayores buscaban señoras maduras de aprendices y les enseñaban todos los movimientos, todos los pasos. La partera que me tocó a mí cuando nací se llamaba Joba, fue la que ayudó a mi mamá. Además de sacar a la criatura se encargaban de los cuidados durante los cuarenta días. Bañaban a las mujeres con plantas medicinales, plantas calientes, y tenían que arroparse y cobijarse bien, pa' no exponerse al aire, pa' reposar. Les decían: “vas a quedar como nuevecita”, la apretaban con una manta o con un rebozo, para que quedaran bien apretadas sus caderas y se cerraran, porque cuando las mujeres dan a luz sus huesos quedan deformes, sus caderas se abren. También les daban tés calientes, como costumbre, y hasta al otro día se levantaban. Las cuidaban mucho y los cuarenta días lavaba la ropa de la señora y del bebé.

Todas las que ayudaban a parir a una mujer tenían ese compromiso. Tenías que darle el jabón y la partera jalaba su bandeja aparte, se tenía la

costumbre de que la ropa de la criatura no tenía que revolverse con otra ropa. Entonces llevaba la ropa de la mujer aparte. Llegaba tempranito a llevarse la ropa sucia para lavarla, la extendía en unos alambrones y la regresa seca. Las hijas mayores le lavaban la ropa al papá o a los hermanos. Cuando escaseaba el agua sufrían mucho porque tenían que ir a lavar a otro lado. No eran ni bien pagadas, creo que les pagaban cuarenta o cincuenta pesos por lavar los cuarenta días. Muchos les daban una marranita o un marranito a cambio.

A eso se dedicaban las parteras en esos tiempos porque no había clínicas, no había doctores, no estaba fácil. Antes no hacían cesárea, todas tenían a sus niños normales, como pudieran, y muchas morían en el parto, no había médicos, ellas se las arreglaban como podían. Muchas parían en catre y cuando estaba muy dura la situación de su parto, en un petate en el piso, pa' poder maniobrar. Ahora las mujeres ya se van a los hospitales, la mayoría a Xalapa, antes iban a La Concha, cuando cortaban caña en el ingenio. Nosotros, todos nacimos con partera, pero mis hijos ya nacieron en el Seguro Social, en la clínica 11. Del ochenta pa' acá ya existían muy pocas parteras, porque las mujeres iban a la clínica, ya había médicos y enfermeras. Y como la mayoría cortaba caña, tenían seguro y allá daban a luz, ya nomás una que otra acá con partera. Actualmente, las parteras desaparecieron, ya no hay ni una.

Mi papá y mi mamá me platicaban que había un señor de Tepetates que se llamaba don Fernando, no sé si estudió, pero dicen que él daba medicina de patente. Él recetaba y le daba la medicina a la gente, la compraba en Xalapa. Dicen que era muy bueno, a mi mamá la curó mucho tiempo. En Chiltoyac había otro señor que se llamaba Don Genaro, si llevabas una prenda de un enfermo que estaba en cama, una camiseta o algo de ropa, él la analizaba y te decía: “no, pues mira, te voy a dar esto y esto”, sabía tanto que decían que era brujo.



## Lo que sabemos de la siembra

DON OCTAVIO

Hay gente que todavía se reúne para sembrar, yo le ayudo a unos y otros me ayudan a mí, y así nos vamos parcela por parcela, a sembrar, a cosechar. Nosotros, con mis hermanos, todavía trabajamos en conjunto y cuando sembramos van los sobrinos para ayudar. Si yo no puedo sembrar le presto mi parcela a mi hermano y él la siembra, o la sembramos entre los dos y cosechamos a medias. Cuando no sembramos una parcela la tierra descansa y se favorece, porque ahí andan los animales comiendo pasto, y donde anda el ganado deja excremento que se convierte en abono orgánico.

Ahora nos hablan de las semillas mejoradas, que pueden servir para elote, para venderlo, comerciar, o para grano. Nos hablan de un rendimiento de cuatro a cinco toneladas, de cada bulto por hectárea. Da más que el maíz criollo que viene dando unas dos toneladas y media por hectárea. Esas semillas procesadas alcanzan a dar hasta cuatro toneladas, casi va el doble. Nosotros hemos sembrado de esas semillas mejoradas que a veces nos regalan, solo un bultito de maíz, pero casi más bien la sembramos pa' maíz elotero, pa' comer no, porque ese maíz luego se pica, y si lo vuelves a sembrar ya regenerado la mazorca ya no crece igual, nomás una vez da mazorca grande y después va perdiendo fuerza, se va cruzando, como decimos, y ya sale más chica. Pa' negocio sí, pa'l grano no lo hemos sembrado. Mucha gente sí ha sembrado, pero nosotros no estamos convencidos porque nos dedicamos a sembrar maíz criollo porque da mucha hoja y la hoja se vende. La hoja ya vale más que el maíz, el rollo de hoja lo están pagando de ocho a diez pesos, y el kilo de maíz anda de cinco cincuenta a seis pesos. Entonces sacamos maíz pa'l consumo y la hoja se vende, ahí llevamos dos negocios, un doble propósito. Cuando sembramos maíz de esa otra varie-

dad, del híbrido, puede dar más semillas, pero casi no da hojas para hacer tamales, como crece mucho la mazorca se abre de arriba y no da tanta hoja, sale toda rajada, rota, y no sirve más que pa'l ganado. El criollo sí, porque la hojita echa chispitos, crece y ya se empaca. Pa' nosotros el maíz criollo es negocio porque produce hoja.

Además, esas semillas mejoradas pa' desgranar el elote son duras, y llevan mucha desventaja, menos rendimiento pa' la masa, pa'l nixtamal. Del criollo, un kilo de maíz lo metes a nixtamal y es una bolota, va doble, un kilo de nixtamal son dos kilos de masa, entonces no nos conviene sembrar semillas de ésas, la verdad. A mí me gusta mucho todo eso de las plantas, escuchar, opinar y todo. Pero a mí como que no me convencen del todo las semillas ésas, por más mejoradas que sean. Aquí a mi pueblo casi no lo han convencido. Escuchamos que nos platiquen, pero no nos convencen.

La siembra de riego empieza en enero y febrero, hasta principios de marzo. La de temporal, de primavera-verano, comienza en junio. Antes el riego era de temporal y cuando no llovía se perdía la siembra. Ahora hay más esperanza porque ya son dos ciclos, el de temporada y el de riego, ahí ya son dos cosechas. Y hay plantas que son de tres cosechas al año, o más, como el pepino, que al mes ya empieza a producir, ya puede uno sembrarlo cuatro veces al año. El pepino se siembra aparte porque es muy delicado, cuando la milpa empieza a florear arroja polen y le afecta a la mata y hace que se pierda, también le afecta mucho a la de calabaza porque es muy fuerte ese polen. En la milpa de temporada de lluvia se siembra la semilla de calabaza de castilla. La semilla de pipián sí se da, porque cuando el maíz empieza a echar flores ya casi está dado todo el pipián, ya cuajó, ya le ganó al maíz.

Muchas de las hectáreas de riego que están en el ejido tienen finca de mango y de café; en las mismas fincas de mango hay plantas de café. En donde siembra uno maíz, hay puro maíz. Aquí nos dedicamos más al maíz. De chayote ha de haber unas ochenta hectáreas y como unas cincuenta hectáreas de caña. El chayote tiene muy poco que empezó a sembrarse aquí, empezó desde que hay riego, porque lleva mucha agua. Lo sembraban en otros pueblos, en Chicoasén, Ranchito Las Ánimas, Actopan, donde sí es muy arraigada la planta de chayote porque ahí han tenido riego, son zonas que el agua la echan rodada de un río. Desde que yo era niño esas zonas se han dedicado a la siembra del chayote, yo me acuerdo que venían las seño-

ras en burro a vender chayote al pueblo, a cambiarlo por maíz, te daban chayote y tú les dabas mazorcas de maíz.

El predio donde está la unidad de riego se llama Pozo San Isidro, son como cincuenta hectáreas de unidad de riego. El pozo se hizo en el 2002, pero empezó a funcionar en el 2006 cuando se equipó y se instaló, fue un proceso largo. Llano Abajo es otra unidad de riego para ochenta o cien hectáreas, porque ese pozo ya es más amplio. Con dos pozos tenemos como ciento cincuenta hectáreas de riego que antes eran de temporal. Se riega con sistema de goteo, ya está tecnificado para más rendimiento de agua.

En la siembra de riego se da mucha planta, y como aquí es tierra caliente la planta crece rapidito, trabaja luego luego. Hay parcelas que siembran tomate verde y se está dando también el rojo, el jitomate. Hay también varias legumbres y verduras, cebolla que se da muy bien, frijol ejotero, maíz elotero. El riego genera mucho empleo porque desde que hicimos el pozo hay frijol, hay pepino, hay chayote, hay jitomate, la caña da más producción, de maíz se hacen dos siembras al año. Hay trabajo también para las mujeres, deshojar y empacar el chayote.

Cuando yo trabajaba con la junta era todo seco, las tierras secas se tronaban, se cuarteaban y no había riego. ¡Qué cambio! ahora me voy a la lomita, y de ahí se ve todo verde. Eso es lo que a mí me emociona, me ilusiona más. Lo que era seco, pasto seco, era blanco, ora lo ves todo verde, y qué satisfacción me da ver toda esa zona verde, que logré gracias a Dios.

Cuando yo era chiquito, tenía seis, siete años, le llevaba la comida a mi papá cuando andaba sembrando, me iba yo con mis hermanos, de compañerito, y veía que mi papá y mis hermanos grandes antes de sembrar, antes de dar el primer machetazo o usar el azadón, o de cualquier trabajo, primero se persignaban, no se hincaban, pero sí inclinaban la cabeza, y se persignaban: “en nombre sea de Dios, ayúdanos, que esta siembra que vamos a hacer nos dé producción, que la semilla nazca y que la haga producir”, todas esas eran oraciones que hacíamos, también rezábamos el Padre Nuestro. Cuando terminábamos el trabajo, o terminábamos de cosechar, igualmente nos persignábamos: “gracias a Dios”. Luego hay gente que no lo hace, pero nosotros sí tenemos esa costumbre, mi papá tenía esa costumbre.

Las lluvias vienen por el astro lunar, la luna es la que maneja las temporadas de lluvia, de ciclones, de huracanes, todo eso viene por lunas. Para sembrar, mi papá siempre esperaba que la luna estuviera llena, porque da la

mejor siembra, produce más semilla, es más productiva, la milpa va más protegida, no crece tan exagerada ni tan grandota y echa más raíces con luna llena, porque lleva otro sistema. Por eso, siempre él nos decía, “hay que sembrar con luna llena”. Cuando siembra uno en luna tierna, la milpa es frondosa y crece mucho, pero no produce mucho porque va en luna tierna, *se va en vicio*,<sup>26</sup> o luego vienen los vientos y los nortes y la tumban por estar tan alta. Eso lleva el movimiento con la luna. Las lluvias vienen también por luna, cuando comienza la temporada de lluvia pueden caer aguaceros en la luna llena, o puede llover en la muerte de la luna.

Mi papá sabía cuando se acercaba la temporada de lluvia, decía: “esta luna es la de junio, esta luna es la buena para sembrar”. Y luego observaba los picos de la luna. Cuando la luna viene con las puntas pa’ arriba, todavía no es tiempo de lluvia, esa luna no trae lluvia, pero cuando nace una luna en junio, y vienen los picos inclinados, esa luna ya trae lluvia. Si llueve en cuarto creciente esperamos que la lluvia llene para sembrar y en el próximo aguacero ya sembramos; dejamos pasar un aguacero para que la tierra se moje, chupe mucha agua, y así al siguiente aguacero que caiga la tierra ya esté bien alimentada de lluvia, para que siembre uno y no falle, que la tierra ya tenga la humedad adecuada para que el maíz reviente y ya salga la milpita. Si sembramos después de un aguacero pasadero, viene el sol y reseca la tierra, por eso hay que esperar dos o tres aguaceros para que la tierra ya esté bien mojadita.

Cuando ya la milpa maduró, que ya rayó, que está entre verde y amarilla, es cuando se dobla. La milpa está entera y ya uno con el machete la dobla pa’ que se seque el maíz más rápido, pero esto también tiene que ser en luna llena pa’ que el maíz no se pique. Pa’ cosechar no tanto, porque como ya se dobló la milpa en luna llena la mazorca ya lleva una seguridad de que el maíz tenga más vida, que dure más. Es como cortar una madera con luna llena que ya va protegida de polilla y tendrá más duración.

Todas estas técnicas nos las enseñó mi papá, lo de los astros y todo eso, él sabía mucho, observaba mucho las estrellas, la luna y el sol. Cuando veía que el sol salía blanco decía: “hoy va a llover aguacero”, cuando veía que

<sup>26</sup> Expresión que alude al desarrollo anormal del follaje en desmedro de la floración. (<https://w8ww.lanacion.com.ar/propiedades/que-las-flores-duren-algo-mas-que-un-verano-nid1101770/>).

brillaban mucho las estrellas decía: “va a nortear, mañana va a amanecer el norte”, le *pegaba* a muchas cosas mi papá, él creía mucho en los astros. Mi papá tenía mucha videncia en los astros.

Había mucha gente que le preguntaba: “oye, Tío Bartolo, ¿qué, ya mero llueve o cuándo sembramos?”, y él respondía: “pues esta luna ya se puso con agua, va a llover o ya no tarda en llover”, y muchos esperaban a que nosotros sembráramos para ellos sembrar, decían: “cuando ustedes siembran es seguro, es que ya”, y muchos nos seguían el ritmo.

Lo de la luna funciona hasta para lo de los animales. Por decir, cuando una vaca se altera quiere que la lleve uno con el toro. Si la vaca *se corre* con el toro en luna llena es más seguro que va a tener un toro, si la vaca se corre en cuarto menguante es más seguro que salga toro a que salga hembra, pero si la vaca se corre en luna tierna es más seguro que va a salir hembra. Mi papá todas esas cosas las creía, y frecuentemente sí son reales. Nosotros cuando le echamos la vaca al toro apuntamos la fecha, y ya sabemos que, a los nueve meses, a más tardar trece, catorce días, debe tener su cría la vaca. Cuando la cría es hembra por lo regular pare a los nueve meses completos, pero cuando es toro a veces se lleva ocho días más. Todas esas cuentas nosotros las llevamos y le vamos calculando. Si la vaca que tengo va a parir en la luna llena porque ya hice cuentas, ya estoy esperando; yo veo en mi calendario porque nosotros compramos el calendario como los señores antiguos, ahí están las lunas, los eclipses y todo. Entonces si yo ya calculé y va a ser *la llena de la luna* a las ocho de la noche, yo tengo que estar atento porque de esa hora pa’ adelante seguramente esa vaca va a parir, cuando la luna hace efecto. Y si la vaca no parió en cuarto creciente va a parir en la luna llena. Si no pare en la luna llena, va a parir hasta el cuarto menguante.

Decía mi papá: “los animales nacen por luna, nosotros nacemos por luna, y por luna también morimos, y tenemos que morir”, pero siempre que muere alguien puede ser cuarto creciente, cuarto menguante, o en la muerte de la luna o en la llena. Cuando hay gente que está en agonía, que se está muriendo, si a la luna le falta uno o dos días pa’ llenar, espera, pero en la llena o en la muerte de la luna esa persona va a fallecer. Mi papá murió un veintisiete de diciembre, en luna llena, la luna acababa de llenar.

Hay animales, pájaros, aves, que *barruntan* el tiempo, *barruntan* las temporadas, *barruntan* cuando va a llover, cuando va a *nortear*, cuando va a cambiar un tiempo, cuando va a hacer frío. Los gallos cuando hace calor y

cantan antes de tiempo es porque va a *nortear* o va a cambiar el tiempo y al otro día amanece nublado. Cuando la chachalaca empieza a cacaraquear es porque va a cambiar el tiempo, va a llover. Hay otro pájaro que lo conocemos como pájaro vaquero, ese cuando canta seguro que va a *nortear*, si hoy canta al otro día seguro va a *nortear*. A otro le llaman cuaresmero, porque *barrunta* la cuaresma, es nocturno, canta en la noche, por lo regular en la oración de las seis o siete de la tarde y de ahí pa' adelante. Son animales que lo ubican a uno en el tiempo, como el coyote que cuando aúlla *barrunta* cambio de tiempo. Los animales nocturnos también *barruntan*, dicen que cuando una lechuza pasa chiflando por una calle es que va a haber un muerto en esos días. Entonces, cuando eso pasa, si está uno al tanto y si tienes la lumbré prendida, le echas un puño de sal a la lumbré o al comal y ya no pasa esa desgracia, ya no se muere nadie. Porque según dicen, al echarle sal a la lumbré cuando pasa la lechuza, se le cuecen los ojos. La lechuza hace mal porque es un animal de mal *agüero*.

Estas cosas históricas son verdaderas y las creemos. Lo que sabemos es por medio de mi papá y de las personas más antiguas, si nosotros perdemos esas creencias, esas videncias, pues los hijos de nosotros y los nietos ya no van a saber nada y se van a ir perdiendo. Por eso todo esto se tiene que escribir.

A veces vienen agrónomos, egresados de la universidad o estudiantes de agronomía de Chapingo,<sup>27</sup> vienen a hacer investigaciones, a conocer los terrenos, los campos, y platican con nosotros. Cuando estamos sembrando nos preguntan qué semillas sembramos, cuántos granos le echamos a cada hoyito, cada cuántos centímetros va una semilla, de qué ancho, qué química se aplica en cuanto a fertilizantes, líquidos, plaguicidas, y cómo seleccionamos la semilla, por qué se selecciona, cómo sembramos por periodos de luna. Nos preguntan y nosotros les damos los datos. A veces es mejor la asesoría que les damos nosotros los campesinos que lo que ellos saben, ¿no?, porque en la universidad les hablan de pura teoría, de libros, pero cuando

<sup>27</sup> Universidad Autónoma Chapingo. La UACH (antes, Escuela Nacional de Agricultura o ENA) es una institución pública de educación media superior y superior en México, encargada de la enseñanza e investigación en las ciencias agronómicas y ambientales, enfocadas principalmente en el desarrollo del medio rural. La oferta educativa proporcionada por la institución es de educación a nivel de preparatoria, licenciatura y posgrado. Es considerada la universidad agronómica más importante de América Latina.

se trata de hacer no saben ni qué onda. No saben por qué ocupa uno la astrología para sembrar, y preguntan: “¿y por qué siembran en luna llena?, ¿por qué doblan en la luna llena?, ¿por qué tienen que esperar la luna?, ¿qué significado tiene todo eso?”.

Mi papá me platicaba que antes no había plaga, lo que sembraban se daba sin echar abono, porque las tierras tenían mucha fuerza, tenían mucho nutriente, no como ahora que ya están desfallecidas. Los agroquímicos llegaron hace más de cuarenta años, yo tendría como siete, ocho años, en el 1968, 1969, 1970. Los trajeron los comerciantes que venían de Trapiche del Rosario, ellos tenían sus carritos, la carretera llegaba a Trapiche, ya habían hecho la carretera a Actopan, ya el abono lo llevaban de Xalapa a Coatepec en camión. Al primer fertilizante que llegó lo nombraban sulfato de amonio, decían que era de sal porque era blanco como la sal. En aquellos tiempos mi papá y otros señores empezaron a comprar los primeros abonos. Se compraba de contado. Como se daba mucho el mango, ellos lo vendían y con eso compraban el abono, lo guardaban, y cuando se venía la siembra ya tenían el fertilizante.

## DON ANDRÉS

Antes se sembraba milpa en las *peñasqueras*, a los viejitos no les cuadraba sembrar milpa en la *barbechera*. Querían el *peñasquero* porque el tomate crecía entre las piedras, les gustaba sembrar en las laderas, jitomate, chile, frijol. Aquí en el plano no se podía sembrar porque se *enlagunaba* de agua. Es que antes llovía mucho y los barbechos también se *aguachalaban*. Querían *crestones*, laderitas o cerros para sembrar. Y no tenían yuntas de bueyes ni nada, había nomás pa’ sembrar y el azadón pa’ limpiar. Todo se daba sin abono ni fumigación.

En una de esas lomas vivía un viejillo que se llamaba Tío Hipólito, sembraba chile. Tenía una casa y el chilar, y allá fue a morir, a medio chilar murió. Ahí se quedó sentado y murió. Ahí lo fueron a hallar, porque lo andaban buscando: “ah, pos ahí estaba muerto”.

Nosotros todo el tiempo sembrábamos maíz. Hasta el día de hoy sembramos maíz. Mi papá sembraba mucho chile, tomate, frijol y maíz. La calabaza y *pipiana*, ¡cómo se daban! En aquel tiempo con la lluvia era suficiente,

no había que echarle abono ni fumigar, nomás se sembraba y se limpiaba con azadón. No había plaga. Ahora ya no se limpia, ya ni el azadón se usa, ya nomás la bomba.

Ahora ya no siembra uno como antes. Yo sembraba con mi papá. En esos tiempos los chilares crecían *ansina*, grandes. Se cortaba mucho chile criollo, de ese chile ya no hay. Ya después se hizo un tipo de chile que era de tres lomos, muy sabroso, no crecían mucho, ¡pero picaban! Y ahora el chile ya no pica. En aquel tiempo se sembraba mucho camote en el chilar. Se sembraba la matita de chile verde y después se trozaban los pedacitos de camote blanco y los enterraba uno, pero eso ya se olvidó, ya no son los tiempos iguales. El tomate, era otra clase de tomate, era de bolita, como los limones, ese tomate lo quitaron y echaron un tomate planchudo. Aquí también se daba mucho el mango, ¡y qué mangos! Del corriente, pero buenísimo.

Antes llovía, ahorita sólo hay siembra de riego. Cuando venía el temporal llovía mucho, aunque el que sembraba en barbecho se *enlagunaba* y ya su siembra no daba nada. Llovía como allá por Catemaco, ahí sí llueve. ¡Qué aguacerotes, llovía de día y de noche! Y aquí, los cafetales, ¡qué cafetales! y que café tan grande que se daba. Mi hija iba a cortar café. Me daba lástima la mujer con su niño en la espalda, y ¡qué aguacerón! Tapado él y bien tapada ella y a cortar café. Estaba duro pa' mantener, ¡pobrecita m'hija! Aquí hay mujeres que trabajaban mucho, con el azadón también trabajaban, ayudaban al hombre, a su marido. Ahí está Eufemia, que todavía va al monte, ella lo dirige todo, dirige a su marido. ¡Él está pendejo!

Del setenta para acá empezaron a traer los químicos. En el Trapiche los vendían y también empezaron a traer abonos de Xalapa de las tiendas agrícolas; venían a ofrecerlo aquí al pueblo en camiones. Eran de sulfato de amonio, le llaman "de sal", esos fueron los primeros abonos que llegaron. ¡Eran baratísimos! Ahora si no echas abono no se da la milpa, el maíz. Si no fumigas, las plagas se acaban la siembra y no produce. Si no abonas no cosechas. Antes se daban las milpas rebuenas. Ahora ¡quién se va a estar agachando si tienes la bomba para fumigar! Pero dicen que eso no es bueno, que no es como antes, que era todo natural.



## Cortando caña somos número uno

DON ANDRÉS

Trabajé mucho cortando caña. Ahora, ya me fregué, no puedo. Anduvimos mucho cortando caña. ¡Ah, cómo nos gustaba a nosotros esa caña!

Nos fuimos hasta el ingenio más grande, en Cosamaloapan. Íbamos como unos cuarenta. Nos venían a buscar y después nos tenían que traer. Yo estuve allá un tiempo con la *plebe*, lo que sacábamos a la semana eran cinco pesos. Cinco pesos semanales. Allá nos daba la comida el patrón, él pagaba. Ya después pa' que trabajáramos más nos dijo: "les voy a dar diez pesos. Ganan cinco, pero les voy a regalar diez pesos pa' que compren ustedes. ¡Ah! pues ya ganábamos quince pesos. Así, ya cuando menos era más.

Ganábamos un centavo, el centavo valía, dos centavos era bastante, había de dos, de un centavito y un quinto. Pero pa' hacer unos centavos estaba canijo. Todo era barato, ¡a centavo! Con cinco centavos comprabas cinco dulces grandes de masafina, esos de manjar. Comprabas dos centavos de manjar, y era un cacho grande. Ahora ya vale pesos, pesos un dulcecito así chiquito de masafina o polvorón, ya no es igual.

A Cosamaloapan íbamos, a veces pa' un mes y a veces pa' menos. Luego éramos como dieciséis. Ahí nos daban dónde vivir, al pie del agua de la laguna, colindando. Era como de Alvarado pa' abajo, todo eso. Ahí golpea el agua pa' allá abajito de Tlacotalpan. Terminando nos venían a dejar. Nosotros no teníamos hora, nos íbamos temprano, amaneciendo, comíamos y ya. De ahí hasta la hora que quiere uno salir en la tarde pa' hacer algo.

Allá nada más había una esposa, la mujer que daba de comer, que era de aquí mismo. Ella le dijo a otra mujer: "mira, las tortillas". Porque allá las tortillas eran como de un dedo de gruesas, a eso *no le calaba* nada pa' comer, y pos pa' mantener a quince o dieciséis personas pa' echar tortillas, cuánto

nos gustó, uno estaba hambriento trabajando, comíamos mucho. ¿Nos estábamos chingando de hambre?, pos no, eso sí no. Hacían enchiladas con esas tortillas, así de grandes, pero, ¿qué les *calaba*?, no les *calaba* nada, nada. Y ya qué, ¡a sufrir, a puro sufrir! En el almuerzo nos mandaban tres tortillas gruesas, pero nomás te podías comer una, porque como que no podías.

Luego llegaban otras. Ahí estuvo Modesta, la de Tío Brígido. Esa ya estaba allá. Esa no te probó el agua en todo ese tiempo, puro refresco. Es que allá el agua golpea en las orillas y teníamos que jalar el agua de las orillas, y ahí venía toda la mierda y la basura, golpeando; donde está buena el agua es enmedio, porque la gente todo lo echa a la orilla, los restos, la basura y la mugre. Si uno se iba lejos a agarrar agua, pues sí, pero donde está la orilla no. Pues nosotros de esa agua tomábamos, sabe Dios. La señora no tomó agua, puro refresco. “Pos eso te va a joder”, y ella decía: “yo de esta agua no tomo”. ¡Es que llegaba el mojonerío, mojonerío! Golpeaba y llegaba aquí. El agua es como mar, viene el agua y golpea en la orilla toda la suciedad. De Alvarado pa’ abajo y Tlacotalpan es lo mismo, es que son como mares. Llegas por Santiago Tuxtla, y por allá vas a dar a Cosamaloapan. Luego de Santiago y Catemaco, ya de ahí está la sierra,<sup>28</sup> y pa’ allá pura montaña. Quién sabe cómo está ahorita. Allá había *palos*, bien gruesos. ¡Y llovía de noche y de día! Allá es donde está el agua buena, hay mucho nacimiento donde quiera, cada gota es buena. Allá sí que hay agua, pero ya pa’ acá no, esa agua, como dice uno, es del mismo mar. Es la misma, todo eso es puro mar, brazos de mar, nomás que no está salada. También allá el mar, ya ni me acuerdo cómo se llama, se junta con agua dulce pa’ beber. Eso es lo que digo, lo que es Dios, lo que hace Dios.

Cuando llegamos allá no estaba el patrón. Ya después que estábamos ahí, él nos llevaba y dormíamos. Cuando llegamos vi a la gente borracha, bebedora. Les dije a los que iban conmigo: “no vayan a andar tomando aquí, porque no sabemos cómo es la gente. Hay que poner cuidado antes que se echen un trago”. Nomás salieron, ahí estaba un viejillo payaso que le decían Tío Chebo: “llegó mi gente, beban lo que quieran ahorita” ¡Uta! ya cuando llegaron a comer ya venían bien borrachos. “Hijos de la... yo les digo que no tomen y hasta más toman”, “pos pa’ chupar hay que ser...”.

<sup>28</sup> La sierra de Santa Martha.

Ahí había unos que no sabían casi hacer nada, ni caña podían cortar, hacían los manojos, pero era lo mismo, ganábamos igual, cinco pesos semanarios. Ahí cortábamos por manajo, unos cortábamos más y otros menos, gente floja que no hacía su trabajo. Uno hacía lo de tres que no sabían cortar. Pero el pago era parejo, esa era la cosa, no podíamos estar bien allá. Después el patrón dijo: “les voy a dar diez pesos más”. Allá era plano, puro plano de caña, ¿cuándo íbamos a acabar ese cañal?, y era cruda la caña, no se quemaba, teníamos que pelarla así. ¿Cuándo íbamos a acabar esa cañalera?! Pero ¿cómo venirse de regreso si nos llevaban allá en carro? Venirse de allá pa’ acá y sin dinero.

Yo me fui a los dieciocho años porque ya tenía compromiso, apenas había agarrado mujer. También Nato fue, y luego dijo: “yo me quiero regresar porque a mi vieja la dejé bien panzona y ya va a tener chiquillo”. Y el otro, Salomón Mendoza, ese sí se puso agonizando, bien malo, estaba ahí, revolcándose. Pero no estaba malo, estaba bueno, pero es que ya ves cómo ha sido, un tigre. Luego el patrón llegó: “¿está muy malo Salomón?”, “¿me regala una pastilla?”; le dejó un poco, él se la tomó. “¡Ay!, no se me quita este dolor”, “pues se lo van a tener que llevar”, dijo. Ese sí ganó, todavía le regaló setenta pesos pa’ venirse, quería venirse porque no se ganaba bonito allá. Salomón ganó más que nosotros y no trabajó, se enfermó, se vino y ganó dinero.

Lo que ganábamos nos lo traíamos, bueno, el que sabía guardar, el que no, no traía nada. Yo salía a ganar, ¿y que no me trajera mis centavos? Cuando nos fuimos a Cosamaloapan, a La Llave, allá con el patrón, yo desde el principio les dije: “miren, ahórrense un dinero porque aquí está lejos. Si no aquí nos quedamos, ¿cuándo nos vamos a ir?, sin dinero no nos podemos ir, está lejos”, Cosamaloapan está lejos. Pero un día me dije: “yo mañana me voy”. No le dije a ninguno, ni al patrón, porque no me iba a dejar venirme. “Yo me voy mañana temprano, total yo tengo pa’ irme”. Muchos tenían, muchos no. Esa noche les dije: “muchachos, aquí se quedan, yo me voy mañana”, “¿cómo?”, “no les dije yo que guardaran su dinero pa’ irnos?, si no lo guardaron ni modo, yo mañana me voy, tempranito”. ¡Hijos! Se volvieron locos, todos. “No, pues si tú te vas, pues todos nos vamos”. Dijo Eugenio: “¿y yo con qué me voy?, no tengo ni un quinto”, “ah, pos les dije que guardaran”. Otro por ahí: “no me alcanza”. “Ah bueno”. Los que tenían dijeron: “pues como quiera que sea, hay que completarles para que se vayan todos, para no dejar a ninguno, para irnos ya todos juntos”. Y así le hicimos.

En la mañana pasó el pasaje y lo agarramos. “¡Vámonos a Tlacotalpan! De Tlacotalpan, coche, y de allá a agarrar la lancha pa’ pasar pa’l otro lado. De ahí agarramos el camión de pasaje y llegamos a Alvarado, estaba todo rodeado de agua. No había puentes en ese entonces. Había, ¿cómo le decían?, *chalan*. Y ahí llegamos, el *chalán* estaba anclado. Y eran grandes los pinches *chalan*, cabíamos como cuatro carros, cuatro camiones de pasaje, y tenía la planilla arriba pa’ subir y andar arriba.

El hombre del *chalán* nos dijo: “muchachos, ya se bajaron, ahora pongan atención al carro en el que vienen, no vayan a agarrar otro, porque si agarran otro ¿a dónde van a ir a dar?”. Ahí pasábamos los de este lado, y ya del otro lado se anclaba y bajaba todo el gentío.

De Alvarado pasaje a Veracruz, y de Veracruz a Xalapa. En ese tiempo, solamente había un pasaje de Xalapa a Alto Lucero, pero no a Alto de Lucero, que quedaba acá abajo, por Almolonga. Ahí nos bajamos nosotros para salir acá a pie. Cuando llegamos ya venía por allá Eugenio, que se había venido a pie, de *juida* de Xalapa, venía corriendo por el caminito, de bajadita, y venía de echarse sus tragos. ¡Nos ganó a todos! El carro en cambio se venía por La Concha, Banderilla, mucha vuelta. Y pos las carreteras no estaban como están ahorita, eran carreteras de tierra, no estaban pavimentadas, no corrían bonito.

## DON OCTAVIO

Aquí pa’ cortar caña somos número uno. Hubo un tiempo en el que andaban trabajando en la zona hasta sesenta cuadrillas de cortadores de caña de Coyolillo que abastecían al ingenio La Concha. En época de zafra se cortaba mucha caña. A veces, cuando el ingenio no daba abasto para moler tanta caña hacían huelga. La caña si la dejas muchos días se hace tepache, ya no sirve. Entonces cuando ya no querían que la gente cortara caña, había huelga y decían: “no, ya no cadenas para los camiones”, y parabas de cortar caña.

Había otros que tenían su trapiche de madera. Sembraban parcelas de caña y montaban molindas para hacer panela. A los que hacían la panela les nombraban *tacheros*. Estas pequeñas molindas estaban en San Lorenzo, Paso de San Juan, Paso del Toro, Almolonga, eran trapiches pequeños. Ahí

también daban trabajo. Ya después nace el ingenio La Concha, que fue una fábrica moderna grande, con energía eléctrica.

En La Concha, que estaba cerquita, se trabajaba nomás de lunes a sábado. En Mahuixtlán, que está por Coatepec, también de lunes a sábado. Ya cuando se cortaba allá por el ingenio El Modelo, en Cardel, o en La Gloria por Zempoala, o en Paso del Macho, entonces se hacían contratos para quince o veinte días, tenía uno que aguantar ese tiempo, porque estaba lejos y las camionetas no querían traernos cada ocho días porque gastaban mucho combustible.

Hasta la fecha se organizan cuadrillas para andar cortando caña lejos. Hay un ingenio allá por Martínez de la Torre, donde van por quince días. El año pasado fueron a Pánuco por dos meses o hasta finalizar la zafra. Mucha gente fue a cortar caña allá por el ingenio San Cristóbal, en Cosamaloapan, también van a Tuxtepec, Oaxaca. Hace poco fueron unos a cortar caña cerca de San Luis Potosí. La gente de Coyolillo ha ido a cortar caña lejísimos. Cada lugar tiene su temporada de zafra, en los lugares adonde se va la gente es entre junio y julio. Acá llueve bien temprano, en junio ya empieza a llover, en cambio allá llueve más tarde, por eso les dan trabajo por más meses. Acá empiezan la zafra en noviembre o diciembre y se cierra en mayo. El Modelo, como tiene moledores muy grandes, por lo regular termina de cortar en mayo. En Mahuixtlán la zafra va desde noviembre hasta mediados de junio.

Antes los cortadores se iban semana con semana, no descansaban hasta que se terminara la zafra. A menos que se enfermara alguien ya descansaba una semana, o que se cortara o se accidentara, pues ya no iba, pero el trabajo era semana con semana, todos los lunes la gente salía. Antes, en carnaval, siempre descansaban porque ya esa semana se las daban para la fiesta. Ya luego empezó que querían que en Carnaval la gente fuera el lunes a cortar caña, el martes descansaran y el miércoles ya se fueran otra vez a trabajar. O sea, querían jalar a la gente como esclavos, que no descansara nadie, que nomás carnavaleara la gente el martes y el domingo, y luego el lunes ya cortarían, querían que por lo menos un día fueras a cortar para que el ingenio no se quedara sin caña. Decían: “no, pues el lunes van temprano y cortan caña”, el martes no iba nadie, pero el miércoles ya tenían que ir a cortar caña.

Muchos iban a Mahuixtlán, otros iban a La Concha y muchos al ingenio El Modelo, porque un ingenio no aguantaba tanta gente, eran más de

sesenta cuadrillas, los camiones de esos cañeros iban llenos de cuadrillas, salían ocho o diez camiones llenos de gente.

Como aquí nomás había primaria, nomás salías de la primaria y tu papá o tus hermanos te llevaban a cortar caña, de doce años pa' adelante tenías que cortar caña. También había los que no estudiaban y se los llevaban desde más chiquitos, de diez años se los llevaban a cortar caña. Todos mis hermanos cortaron caña de doce, trece años pa' adelante, ¡chiquillos! Como estudiaron hasta tercero y cuarto de primaria, nomás crecieron tantito y a cortar caña. A mi hermano Fabián, el mayor, todavía le tocó cortar caña por manojo, ya los otros cortaban por rollo y ya no te contaban los rollos, se contaba hasta llenar un camión porque cargaban a hombro. Le decían *manajeo*, porque cargaban unos camioncitos chiquitos o carretas y te pagaban por manojo creo diez o veinte centavos, según lo que cortaras era lo que te pagaban, y no se hablaba de toneladas, era por *manajeo* el corte de caña.

En ese tiempo no quemaban la caña, la cortaban cruda; tenían que pelar la caña, bien peladita y después con los mismos *cojoyos* amarraban los rollos de veinticinco cañas. En los años setenta ya quemaban la caña, pero en los sesenta todavía se cortaba cruda. La queman para que no lleve basura, para que rinda más y para que te evites que haya una culebra o una serpiente. La caña daba mucho rendimiento y la pagaban bien. Yo me acuerdo de que era tan bueno el rendimiento que a las cuadrillas hasta les regalaban azúcar, cada ocho días, le daban un kilo a cada uno, o un bulto de azúcar pa' la cuadrilla y ellos se la repartían. A los que teníamos cañal en ese tiempo, terminábamos de cortar y nos daban un bulto de azúcar como de pilón.

Mi papá empezó a sembrar caña en los años ochenta y de ahí pa' adelante. Tenía como una hectárea y media, más o menos. Decía que veces en el ingenio le daban de alcance, de doce a catorce mil pesos, le daban buen dinero. También le daban para pagar peones, para limpiar los pelillos, para echar el abono y para la quema o guardarraya. Todo te pagaba el ingenio, además te daba Seguro Social, y todavía alcanzabas a ganar dinero. A los *colonos* el ingenio les daba azúcar. *Colonos* les llaman a los que siembran caña, a los dueños. La caña en esos tiempos daba pa' todo.

Ahora la caña ya no alcanza, al contrario, queda uno debiéndole al ingenio. No sé qué pasó, qué quiebra llevó a la industria azucarera al suelo. Ahora te pagan la tonelada a cuatrocientos pesos, en bruto, o sea que te descuentan basura y cuanta cosa, no te viene quedando casi nada. Si paga-

ran la tonelada a mil pesos sería buen negocio. Nosotros tenemos caña sembrada, pero ya no es negocio. Yo tengo más de media hectárea para el ingenio Mahuixtlán, pero lo hago nomás por el Seguro Social. Para que te pensionen tienes que tener más de quinientas semanas de contrato y setenta años, antes era a los 60. Después de que mi papá se dio de baja y lo pensionaron, entró mi hermano Lorenzo, él todavía alcanzó la pensión a los sesenta años. Pero después empezó un nuevo reglamento, que dice que hasta los setenta años, así pierdes las esperanzas. Yo tengo cincuenta y cuatro, entonces pa' llegarle a la pensión le suma casi veinte años.

Una hectárea, cuando está bueno el cañal, cuando está buena la parcela y la tierra responde, o que hubo mucha lluvia o que riegas, con el abono te viene dando como ciento veinte o ciento treinta toneladas. Pero la caña de plano ya no da, y entre más metes toneladas más te roban. Si cortas más de doscientas toneladas te descuentan del seguro más de seis mil pesos y si cortas cien toneladas te descuentan tres mil quinientos. De ahí te descuentan pa' las cuadrillas, pa' los cortadores, aunque corten nomás una semana o tres días en tu terreno. Te quitan también un tanto por ciento para asegurar a los trabajadores. Hay grupos que dominan, les llaman guarda-cortes, ellos coordinan, buscan las cuadrillas y las distribuyen.

Ahora en el corte de caña andan pocas cuadrillas porque les pagan entre treinta y nueve y cuarenta pesos por tonelada, porque como no cargan en hombros les hacen un descuento pa' pagar lo de la alzadora, y así no sale el día. No hay un sueldo seguro cortando caña. Entonces muchos se dedican a trabajar por día con los que siembran jitomate, en Mesa de Guadalupe, o con los que siembran chayote, o con la gente de Trapiche del Rosario, de Otates. Ahorita les están pagando ciento cincuenta pesos de salario diario. Ellos dicen: "no, pos yo mejor me voy de por día que son ciento cincuenta, y de la semana son novecientos bien seguros, si me voy a la caña, llueve y no puedo trabajar o pasa cualquier cosa, pos no voy a sacar ni lo de mi semana", entonces mejor se van a trabajar por día.

Cuando se vino lo de la emigración a Estados Unidos, que empezó en el noventa y seis, la mayoría de los jóvenes solteros que se dedicaban a cortar caña se fueron y los señores también, la mayoría se fue. Emigraron como unas seiscientas personas, casi cada quince días salía un autobús a Estados Unidos con unas veinte o treinta. En el 2000 nomás te hablaban de irse a los Estados Unidos, se iban porque les iba muy bien.

El ingenio La Concha ya casi estaba en quiebra, dijeron que ya no iban a cortar caña porque no tenían crédito ni en los bancos. El ingenio estaba en quiebra y la mayoría trabajaba ahí, entonces mucha gente empezó a emigrar. Aquí había quien conectaba gente, otro se llevaba al grupo y lo entregaba en la frontera a los coyotes, los que los pasaban al otro lado. En el pueblo había contactos: “¿sabes qué?, yo me quiero ir para Estados Unidos”, “ah, pues mira, yo te voy a mandar con Juan”. Y ya cuando se juntaba un grupo de cinco o diez, su contacto le decía: “tal día voy por ellos”, y ya aquél los movía y el de mi pueblo se ganaba una lana.

Un primo mío hacía grupos de gente y se los mandaba a ese Juan, y Juan allá tenía guías para que los pasaran. Creo que le daban mil pesos por cada persona, si llevaba diez, eran diez mil en un rato, se llevaba buena lana. Los que los pasaban eran otros. Así empezó a irse la gente, y uno a otro se prestaban dinero. Allá, de aquel lado, un familiar o un compadre te ofrecía: “compadre, ¿te quieres venir?”, “no, pos sí”, “pos yo te voy a mandar la lana o yo le pago acá al coyote, vente”, y así empezaron a prestarse dinero, por eso todo mundo se empezó a ir.



## San Isidro, la Santa Cruz y Todos Santos

DON OCTAVIO

Desde que eligieron a San Isidro como patrón de Coyolillo se veneraba el santito de una señora; le fue heredado tal vez de su mamá, cuando los santitos los hacían de madera. Ese San Isidro era chiquito, de madera, y la yuntita de bueyes era chiquita y de madera, también era de madera el angelito que jalaba la yunta. La señora lo prestaba para que lo veneraran, le hicieran la misa, le hicieran la procesión.

En esos tiempos veneraban al santito de la señora, pero no había iglesia. Había un árbol, un árbol de *frutillo* y ahí llevaban al santito, lo adornaban y de ahí salían. Luego por ahí mismo, donde estaba ese árbol, formaron la iglesia. Y luego ahí hacían enramadas para la misa, ponían madera, ponían hilos y techaban con ramas. Como mi papá y otros señores sacaban ixtle, el mecate lo tejían a mano para la enramada.

A San Isidro todos los campesinos lo veneraban. Llevaban las semillas de todo lo que sembraban a la misa a bendecir: maíz, frijol, pipián, calabaza; era una costumbre que tenían. Cuando llegaba el padre, que nadamás venía de vez en cuando a hacer la misa, cada año o cada tres años, llevaban el santito ese que era de madera a la enramada. Ya después se hizo la capilla.

Mi papá fue muy religioso, muy católico, muy pegado a la iglesia, él fue de las personas que lucharon mucho para que se hiciera la primera iglesia. Decía mi papá que muchos hasta lo amenazaban con que lo iban a matar porque estaba metido en la religión católica, porque querían que siguiera a otros que tenían otra religión, otras creencias. Entre él y un tío mío, hermano de mi mamá y otros señores, Julián Méndez, Agapito Zaragoza y Julián Carreto, lucharon para que se hiciera la primera iglesia. Buscaron el lugarcito donde se iba a hacer, buscaron un albañil en Mesa de Guadalupe,

porque aquí no había albañil. Después el padre vino a bendecir la primera piedra y construyeron la primera capillita que era de teja. Luego con el señor Villanueva, que también era muy católico, organizaron un grupo y pasaron a las casas a cobrar una cooperación para construir la iglesia. Así fueron los primeros pasos para hacer la iglesia. Tardaron años en hacerla, porque la cooperación era pequeña, mucha gente cooperaba, mucha gente no, había otros que estaban rebeldes, otros ya tenían otras creencias, entonces pues sí batallaron mucho. La construcción de la iglesia ha de haber sido tantito antes del ejido.

Cuando se hizo la capilla llegó un sacerdote que se nombraba Francisco Aragón, que era el párroco de Actopan, y dijo que tenían que comprar una imagen del santo que fuera propia de aquí, de la comunidad, porque la que traían era prestada. Se hizo una cooperación y el sacerdote, que tenía una camioneta (eran los años sesenta), los llevó a México, a mi papá y a otro señor, y ya trajeron a San Isidro, ese que tenemos, hasta allá lo fueron a traer.

La costumbre era que el último día de mayo se le hacía una procesión a San Isidro, ahí era cuando se rifaba para que hubiera mayordomos, padrinos y madrinas del santo. Como no había luz, iban con velitas, se veía bien bonito. Cuando ya estaba el otro santo nuevo, al primer santito que les prestaba la señora no lo hacían menos, también lo sacaban en la procesión porque la señora ya estaba acostumbrada a que tenían que sacarlo. Lo llevaban en la noche para que le tocaran las mañanitas al otro día, y en la misma procesión se lo iban a entregar a la señora. Como ese santito era de madera se fue deteriorando, falleció la mera dueña y se le quedó a una hija, pero como no lo cuidaban se terminó.

En esta época, en el festejo del 15 de mayo, primero van las mañanitas, después de que termina la misa viene la procesión y música con banda. Después está lo de la comida, hay que comer en las casas, y ya pues en la noche hay baile. Este año las primeras comuniones se van a hacer en la fiesta, a veces así se juntan las cosas; como costumbre en la casa se da leche con chocolate y panecito, y se invita a la familia y amigos.

Para la procesión se contrata una banda, se queman fueguitos artificiales como es costumbre. En las casas se pone una cooperación de cincuenta pesos, aparte como padrino coopera uno. Hay un mayordomo y una mayordoma, y además son veinte padrinos y veinte madrinas. El mayordomo organiza a los hombres y la mayordoma organiza a las mujeres.

Para elegir los mayordomos se hace una rifa, se dan papелitos, y si tu papелito dice mayordomo pues ya tú eres, si dice padrino, pues ya eres padrino. Yo fui mayordomo hace tres años, se me juntaron dos cargos, salí como mayordomo y luego me elijen comisariado ejidal. Tenía yo que cobrar en el pueblo para lo de la fiesta, me organicé con los padrinos, nos repartimos y ya cada quién iba a cobrar a las casas y se anotaba o se le daba su recibo. Pero también tenía yo lo del ejido, estaba bien canijo, era mucha carga organizar la fiesta, que hay que pintar la iglesia, que hay que adornar la iglesia, que hay que buscar la música y todos esos movimientos se me amontonaron en un solo tiempo. Muchos querían que yo sirviera de mayordomo tres años, porque esos que están ya van a cumplir tres años, pero yo dije: “nadamás un año”, porque no puedo andar en tanta cosa.

Estas costumbres empezaron desde que hicieron la iglesia y llevaron ahí al San Isidro que compraron, de ahí pa’ acá comenzó lo de los mayordomos, padrinos, madrinas, incluso ahorita ya participan hasta señoras y señores. Antes los más participativos eran las muchachas y los muchachos. A las muchachas se les da su función, la que es mayordoma les cobra a las muchachas del grupo, si son veinte muchachas les cobra una cuota mínima, las mujeres cooperan menos, con eso compran las flores. La mayordoma dice: “pues sabes qué, a ti te toca adornar la iglesia, componer, lavar el piso”, esa función lleva su cargo. El mayordomo compra toritos, cuetes, paga la música y si se trata de pintar la iglesia pues la pinta, de eso se encarga el mayordomo.

Antes los cargos los rifaban con barajas españolas, te daban una carta, se repartían las demás y con otra baraja empezaban a salir, si tú tenías el rey de copas y salía el rey de copas primero, eras el mayordomo. Rifaban primero lo de los hombres, después venía la rifa de las mujeres y los demás eran padrinos. Donde estaban treinta muchachas y treinta muchachos participaban un límite de cuarenta cartas, cuarenta padrinos.

Después se dejó de hacer con cartas, porque la costumbre era que al que tenía la carta que salía a lo último, si era varón decían que era el verraco y si salía última era la verraca, la cochina, y es que las choteaban bien feo, “que tú eres el verraco y tú la verraca”. A mí todavía me tocó cuando hacían ese relajo, yo todavía no participaba porque era chavillo, ya empecé a participar cuando tenía dieciocho años pa’ adelante. Cómo se llenaba la procesión, todo el mundo se enteraba de quién era mayordomo y quién era la última y empezaban a hacerle ese choteo, esa burla, “¡tú eres la cochina!”, y

les hacían como hace la cochina, y las muchachas hacían tanto coraje que muchas lloraban, no aguantaban el relajo. Después, como que ya no querían participar, “no, qué tal que salgo al último”. Por eso lo empezaron a hacer de otra forma, con papelitos y numeritos.

Yo le hice una canción a San Isidro, que tiene sus frases bien bonitas, dice:

A mi Coyolillo  
le voy a cantar  
el 15 de mayo  
voy a festejar  
porque Coyolillo  
se siente campeón  
porque San Isidro  
es nuestro patrón.  
Viva Coyolillo  
vamos a gritar  
todos trabajando  
no se han de rajar  
todos cortan caña  
cargan su camión  
pa'l famoso ingenio  
de La Concepción.

¿Saben por qué mienta la Concepción?, porque cuando yo hice esa canción el ingenio tenía como cuatro años que lo habían cerrado, pero cuando yo hice esa canción corrieron a cortar caña. Cortaban la caña y cargaban el camión; su camión lo cargaban a puro hombro y llevaban la caña al ingenio de La Concepción.

Una vez me regalaron una película de la historia de San Isidro, de sus milagros, de cuando él trabajaba y había un patrón que era muy malo, y también había trabajadores campesinos que eran malos, envidiosos. Entonces, él a veces se atrasaba un poquito en el trabajo porque hacía sus oraciones, y los otros peones lo acusaban con su patrón para que lo corrieran, para que lo sacaran, pero el trabajo le rendía mucho a él, porque haciéndole oración a Dios él lo ayudaba, por más que se atrasaba le hacía el doble.

Entonces lo espiaban y no lo veían trabajar, hasta que una vez vieron que la yunta iba trabajando, pero el que iba arando era un ángel, entonces empezaron a ver que en eso había cosas divinas.

Nosotros tenemos mucha creencia en San Isidro, es un santo milagroso, porque la verdad nos ha ido bien con las cosechas. Hay años en los que ha habido sequías, que se han perdido las siembras. Yo en mi vida conocí un año que no se dio maíz, todavía no había riego, por eso yo me moví a hacer un pozo de riego, se perdieron como dos años porque hubo unas sequías muy grandes. Ese año nosotros cosechamos un poquito, pero hubo gente que nada. Eso fue en el noventa y cinco, noventa y seis. Había una lloviznita, pero las siembras se quedaron así, secas, servían para el pasto de los animales. Entonces, nuestra creencia es que cuando no llueve en la víspera del día de San Isidro, llueve el mero día, y de ahí empiezan los primeros arranques de lluvia. Hay tormentas, ventarrones, se hacen remolinos, tornados, siempre en esos días se remueve el tiempo de la temporada de lluvia. Ese día se nubla, hay truenos y llueve, hasta cae granizo. Y creemos, porque ha pasado que está el sol bien fuerte y nomás pasa la procesión y de buenas a primeras empieza a soplar aire, y empieza a llover; a veces ha habido lluvias hasta con huracanes, con truenos, con aire, que soplan tan duro que da miedo. Después que pasa la procesión hasta caen granizadas. Nosotros siempre le pedimos a San Isidro por las lluvias, llevamos a bendecir las semillas, como maíz, pipiana, frijol y todo eso, porque ese día también se dedica a bendecir las semillas para sembrar.

La Santa Cruz se celebra todos los tres de mayo. El primero de mayo se va a traer la cruz de allá arriba, de la loma. El mayordomo, con los cuatro, cinco o seis padrinos, los que se reúnan y se pongan de acuerdo, la van a traer temprano, a las seis y media o siete de la mañana. Se la traen cargando, la llevan a la casa del mayordomo o de la mayordoma, la acuestan enfrente de la casa, en el patio, y ahí la pintan, para que ya esté seca el día tres. El día dos en la tarde o en la noche la adornan, se le ponen unas bandas de tela en cuatro partes, de la cabeza a los brazos y de los brazos hacia los pies.

La cruz tiene un botón de madera ensamblado, ahí le amarran el trapo y le amarran unas rosas grandotas que hacen de papel crepé. En cada brazo le ponen una rosa, arriba otra y la otra abajo, donde van clavos. Eso quiere decir que donde tenía Jesucristo los clavos ahí lleva un botón de madera, donde le

ponen una rosa y de ahí le amarran una tela, así adornan la cruz. Tiene que estar pintada y adornada con flores ya para amanecer el tres de mayo.

Cuando la bajan el día primero le ponen una veladora. Para amanecer el dos le llevan “Las Mañanitas”, y los padrinos, con el dinero que recolectan en el pueblo hacen tamales para darle a los que van a cantar, a acompañar. Les dan tamalitos pa’ que coman, un chocolatito, una piccita de pan y tienen también refresco, porque al que no quiere chocolate le invitan un refresquito. Ese es el día del sorteo de La Santa Cruz. Luego se saca la cruz de la casa del mayordomo y se lleva a la iglesia, de la iglesia se saca otra cruz, una cruz de la misión que hay ahí adentro, se le saca acompañada en procesión por el pueblo. Después se pasa a dejar la cruz de la misión en la iglesia y de ahí se sigue la procesión con la cruz hacia a la loma, donde se va a poner. Le van cantando el canto de la cruz, ella también tiene su canto especial. El canto es un alabado que dice: “Que viva, que viva la cruz sacrosanta, que viva y que viva y quién la llevó”, la cruz se sube cuando le están cantando y ya los padrinos la van colocando en donde la van a acomodar, con la frente dando para el pueblo. Luego todos se regresan con el mayordomo, porque contrata un grupito, una disco, un sonido, para hacer un bailecito en su casa, para seguir conviviendo. Hay aguardiente, se echa la gente una cubita, un refresco, bailan, y si quieren cantar se cantan una canción. Ahí convive uno hasta las diez, once de la noche, depende del contrato que se haga con la música. Ese es el festejo de la cruz, no hacen comida en todas las casas, nomás el mayordomo hace una convivencia, pero casi entre padrinos y ya no se invita a cenar.

Va mucha gente a la procesión, van cientos, un gentío grandísimo. Es una tradición, por eso toda la gente va. A veces, cuando alcanza el dinero de la cooperación, se busca una música, una banda, pero cuando no alcanza no. La tradición era con música, pero a veces no alcanza el dinero para todo. Todo el mundo participa, los padrinos compran mucho cuete. Ese día no se trabaja, por lo regular, si toca en día de semana la gente no trabaja, respetan el día para ir a subir a la cruz. Es bonita la tradición.

Anteriormente, cuando yo era chavillo, tenía como entre catorce y quince años, el día 3 de mayo se hacía baile y luego el 15 de mayo más baile. El día de la cruz se veneraba, además de que se hacía baile en las casas se hacía comidita sencilla, un adobito, algo poquito. Iba mucha gente, porque como había baile “no, pos vamos a subir a la cruz, nos echamos una copa”,

muchos venían ya bien prendidos y entraban al baile bien prendidos, era como una fiesta más grande.

Para Todos Santos, el día de finados, como es costumbre, vas a rezar a las casas. Tienen que rezar un rosario para las ánimas antes de las doce, porque de ahí pa' adelante el espíritu se va. La creencia de nosotros es que el 2 de noviembre el espíritu está hasta las doce y después se separa, se retira. Entonces el rosario debe ser antes, para que las almas lo aprovechen. Nosotros creemos que esas almas están donde hace uno su altar, espiritualmente están, nadie los ve, pero ahí están.

Ese día las familias rezan el rosario y cantan todos juntos el alabado "Benditas ánimas":

Salgan, salgan, salgan  
ánimas de pena  
que el rosario santo  
rompa sus cadenas.  
Miren consideren  
que también vendrán  
está triste pena  
la conocerán.  
Con un Padre Nuestro  
y un Ave María  
tendremos descanso  
en tanta agonía.  
Hijos muy amados  
parientes y compadres  
padrecitos y madres  
nos han olvidado.  
Pedir pues Dios  
que las lleven al cielo  
y que todos juntos  
canten al eterno.  
Hoy haga nuestro llanto  
y nuestra agonía  
el rosario santo  
recen a María.

Nos piden hermanos  
en llamas metidas  
que las socorramos  
al verlas afligidas.  
No olviden allá  
con anhelo  
a aliviar el alma  
que están padeciendo.  
Pidan pues a Cristo  
con semblante tierno  
concédase se acorte  
el ardiente fuego.  
Tenemos descanso  
el día de finados  
pero en todo el año  
somos olvidados.  
Del profundo seno  
hoy es grato contento  
suben los cofrades  
de María a su reino.  
La sangre preciosa  
porque ha sido derramada  
las saque y las lleve  
a su patria amada.  
Y tú reina del cielo  
jardín de azucena  
dales de consuelo  
y sácales de pena.  
Almas pues confiar  
que a Dios pediremos  
les dé el descanso  
por siglos eternos.  
Salgan, salgan, salgan  
ánimas de pena  
que rosario santo  
rompa sus cadenas.



## Carnaval es disfrazarse

DON ANDRÉS

El carnaval duraba ocho días, empezaba un domingo y acababa hasta el otro. Mientras duraba, pasaban las noches con un perol así de grande lleno de petróleo, un candil que le dicen. Aquí, frente a la iglesia se ponía una enramada y ahí se bailaba. Se levantaban unos palos y se le echaban las hojas de plátano arriba, era pa' no estar en el sol, porque las fiestas eran en el día.

Yo sé bailar danzón y era muy bailarín. En aquel entonces, en los bailes que hacían en las casas, había violín y un bajo, un marimbol, jarana y un cántaro con una chancla, ¡pero ya no hay chancla! En aquel tiempo las viejitas no usaban otra cosa más que chancla de cuero, de suelita, esas eran las buenas pa' tocar el cántaro, se oía bonito, también el marimbol, muy bonito. Así eran los bailes. ¡Qué bailaza!

Después empezó una música de viento, con saxofón. Decía la gente: “están en tal parte”, entonces íbamos a buscarlos y venían. Todavía no había luz. Pa' la música iba uno a traer una planta a Actopan para que tocaran la música.

En aquel tiempo las mujeres ¿qué iban a usar un vestido corto?, no, tenía que ser vestido largo. Mi mamá y todas las viejitas de antes eran muy delicadas y usaban los vestidos hasta abajo. Las viejitas de antes no bailaban. Cuando estaban nuevas, pues sí bailarían, pero ya después ¿qué iban a bailar? En el tiempo de ellas había el zapateo, cuando hacían baile ponían un entablado para andar dando vueltas, bailando. Y los novios, con calzón amarrado con una tira y a pie *pelao* también. No había guarache, pues solo el que tenía, tenía.

Ahora es diferente, ya hay salón. Los danzones ya no los quieren, quieren brincar, ya se acabó lo de antes. Era otra cosa la música de vientos, de

guitarra, ahorita lo que quieren es que se oiga, y bailan, brincan. Pues ahí yo digo: “aquí baila cualquiera”, unos se voltean pa’ allá y otros por acá y la otra bailando por allá.

¡Era mi gusto carnavalear! Tenía quince años cuando empecé a disfrazarme. Me ponía una panza y me disfrazaba de viejita. Porque a mí las máscaras no me cuadraron, solamente me ponía una camiseta en la cara y le hacía yo de viejita. No me cuadraba la máscara porque hacía calor y con la máscara de cuernos no ve uno mucho. A veces conseguía una mascarita arrugada. Para la peluca le compraba ixtle a Baldomiro, él raspaba ixtle, el que agarraba uno pa’ hacer reata. Se compraba el mecate y nomás lo descarnaba uno para hacer la peluca.

El que quería disfrazarse se disfrazaba. Unos se disfrazaban con un pantalón viejo y camisa vieja pa’ los viejitos. Y si no se tiznaban, bien tiznada la cara, a esos les decían negros, porque se tapaban la cara, no se les veía, no se ponían nada más. Ahora hay mucha moda de disfrazarse. El Tío Cano, Alejandro Cervantes, ¡ese viejo cochino!, ese se tiznaba y allá abajo agarraba un bacín, pepenaba una bolsa de lana y se la ponía. “¡No, hombre!, qué cochino Tío Cano, ¡ponerse un bacín aquí en la cara! Las bolsas de lana las tiraban ya que se moría el difunto, las botaban, y él las buscaba y se las ponía.

Las mujeres, si se disfrazaban ni las conocía uno ¡¿Qué iba uno a conocer que era mujer?! Se tapaban, y bien tapadas ¿quién las conocía?, ¿quién será? Se ponían unas medias, ¿cómo las ibas a conocer? Ya ni me acuerdo quiénes eran las muchachas que se disfrazaban, se juntaban y se disfrazaban. Mi esposa no se disfrazaba y mi mamá menos, esas son viejitas de antes, que eran muy delicadas, eran muy bravas. La mamá de Octavio y la Tía Elpidia sí se disfrazaban, dicen que había como seis que se disfrazaban. Se ponían máscaras de madera y trajes, y se iban a casa de sus novios a saludarlos, les prestaban los trajes los mismos muchachos.

Venía gente de otros pueblos al carnaval a disfrazarse también. Venían y le decían a la gente de aquí que tenían sus trajes y máscaras: “préstemelos, ¿sí?”, porque se querían divertir. Antes había un capitán de los que se disfrazaban, mi papá era un capitán, le gustó ser un disfrazado, nomás se ponía tizne en la cara y él era el capitán. Ser capitán quería decir que tenía que mandarlos pa’ que anduvieran todos juntos. “Aquí vamos a andar todos juntos”. Se juntaban, pero él tenía que andar con ellos y ellos no desepararse del capitán: “no te vayas a andar por allá”, y muchos se le salían, lentito

también, pues ahí iba mucha gente, los negros también iban disfrazados, bailando y él tocando. Él andaba con una espadita de maderita y tenían que venir todos juntos y bailaban. A mí ya no me tocó eso del capitán.

Mi papá además sabía tocar la flauta y la gente bailaba, así eran los bailes antes. Tocaban cualquier canción y sonos, se la pasaban bailando. Yo veía a mi papá andando y tocando la flauta, andaba, zapateaba y tocaba. Era bueno mi papá. Yo no sé cómo aprendió. Yo no aprendí. La flauta se puso vieja, cuando yo quise tocarla ya estaba vieja.

Yo empecé desde nuevo a disfrazarme, ya estaba de novio. Iba a ver a la novia disfrazado de viejita: “¡cosita linda!”, le decía yo. Todos los muchachos, los que tenían cara de cuerno, iban con la novia. Y después a bailar con la novia. En los bailes, en la noche, bailaban con los trajes, y amanecían disfrazados, bailando. A las muchachas la tapaban con la capa, ¡sí, con la capa!, se la echaba encima, la abrazaba uno y así ella andaba tapada.

Antes se disfrazaban también en Domingo de Pascua, yo creo para que durara más el carnaval. La regla era que ese domingo empezaba el carnaval, pasaba el domingo y se acababa. La gente decía: “esto es del diablo”. Decían que el que se disfrazaba tenía que aguantar siete años, si no se lo llevaba el diablo, eso decía la gente. Decían que las máscaras del carnaval eran del diablo. Yo digo que ha de ser cierto, el diablo es cuernudo. Las máscaras y disfrazarse en el carnaval son del diablo. El carnaval es el puro diablo. ¡Quién sabe si será cierto o no!, porque ciertamente los curas no lo quieren. No quieren el carnaval porque eso es del demonio. Pero a ver, ¡no hay como el carnaval de bonito! Como quiera que sea, ¡sepa la mocha!, ¡la diversión es diversión!

Ahora los carnavales ya no son como antes. Antes era toda la semana, empezaba el domingo al amanecer y de ahí hasta el otro domingo, decían que era una octava. Hacíamos toreada con una vaca de madera, le ponían cuernos y se toreaba la vaca. Lo hacíamos pa’ andar retozando el domingo en la tardecita, pa’ andar de juerga, correteándonos.

Aquí no había capilla ni nada, había pocas casas, todo eso plano estaba libre. En esos tiempos se daba uno gusto con la toreada. La toreada se hacía en medio del plano y ahí estaba un *anono*, ¡grande! Yo me vestía de mujer pa’ torear a la vaca, y me acuerdo que un día le *eché guerra* al palo ese, me subí hasta arriba y que llega el de la vaca, y que se sube también. Yo sabía que el *anono* es muy talludo y pensé, “éste no se troncha”. Desde arriba agarré una rama y me descolgué, ¡y que se va la rama hasta abajo! Me fui pa’ abajo,

¡duro! Y con la rama fui a dar hasta allá abajo. Bonito que era el carnaval de antes, nomás que ya cambió.

Ah, ¡cómo me gustaba disfrazarme! por el gusto de andar de *juida*, pidiendo torta y chiles rellenos. Los chiles son rellenos de puerco. Antes los chiles eran otros. Estos chiles de ahorita ya no tienen sabor igual. Antes eran buenos los chiles porque los sembraba uno aquí, eran criollitos, picaban sí, pero como les sacaban las semillas y se hervían, no picaban, era otro sabor.

El carnaval aquí era eso, la fiesta, los chiles rellenos, la torta de calabaza, de camote y de plátano, de eso hacían las tortas. Ahora ya no hacen todas las tortas, la de calabaza la gente no quiere hacerla porque les cuesta mucho, es mucha chamba. Hay que hacer *pinol*, ponen a calentar el *nixcomel*, el maíz lo secan, lo tuestan en el comal y de ahí lo muelen, cuando menos en el molino de mano, y se va haciendo un polvo, eso cuesta trabajo. Por eso ya no la hacen, no es como el camote, que lo muelen y lo hierven, o el plátano que lo muelen y ahí están las pencas listas. Ahorita ya hasta la de camote se olvidó, puro plátano porque ya no hay camote.

Antes, después del carnaval, en la Semana Santa, te quedabas sentadito. Era creencia de los viejitos que no te podías bañar porque le pegabas dizque al Señor, y cuidado con desobedecer porque te podían pegar con palo. Después, ya no les pegaban, les echaban agua. Cuando venían los mayores te ibas de *juida* y te bañaban. Pero eso era cuando había más agua, ahorita que no hay agua, ¡el que la tire...!

El carnaval no se acaba. En Alto Tío Diego y Chicoasén también hacen carnaval, pero ahí no son carnavales como aquí, nomás es para andar ahí, porque de comida no saben. Aquí se hacen muchos chiles rellenos pa' comer, para la gente que llegue y pos, ¡a darle! Yo dejé de carnavalear, quisiera seguir, pero ya no puedo andar, no puedo correr, pos es que las piernas ya no dan. Ya no puedo moverme.

DOÑA BUCHA

Antes los carnavales eran de otra manera, había más viejitas, los hombres se disfrazaban de viejitas, como Andrés Acosta, el difunto Domingo y muchos otros. Pero no se ponían vestidos, se ponían unas sábanas blancas de manta, se enrollaban, bien enrolladitos, y una coleta de ixtle hasta la cintura, y ahí

andaban. Se disfrazaban con los trajes, con ropa interior de mujeres, con lo que podían, ellos se ponían. Los negros se disfrazaban en la casa de Octavio López. Aunque las mujeres aquí no se disfrazan, mi mamá me platicaba que mi tía Elpidia y unas compañeras de ellas sí se disfrazaban. Dicen que les prestaban trajes los mismos hombres que se disfrazaban y andaban en las casas.

Para disfrazarse todos pedían permiso a las autoridades y se apuntaba el nombre, el traje y la máscara. Si pasaba algo entre ellos iban a reclamar con el agente municipal. Hacían una cárcel de palo pa' meter a todo el que agarraban pa' que les dieran dinero, ahorita eso ya no lo hay. También se hacía una toreada, se vestía uno como de vaca, se ponía cuernos de vaca, la calavera de la vaca, y todos los disfrazados toreaban la vaca.

Muchos tocaban con unas guitarras y unos violines, y andaban casa por casa. Eso ahora ya no se acostumbra. Ya después hacían enramadas, ahí en donde está la iglesia, donde está el salón, y le echaban la hoja de la mata de plátano encima para que uno bailara en la enramada, y los negros también bailaban. Todos bailaban en la enramada, no había salón.

En los bailes de antes tocaban sones, por eso ahora dicen que una ya no baila, cómo va una a bailar si no sabe una brincar; sabemos los sones, bailar danzones. Antes ponían unos danzones muy bonitos y los bailábamos. Y luego echaban las corriditas, las de *El Zopilote*. Todas esas canciones se bailaban antes, con guitarra, en los patios, ahí bastante gente hacía baile. En la casa de Octavio nosotros hacíamos los bailes, con mis amiguitas de aquí, y bailábamos con los negros cuando era Carnaval.

Antes había un capitán de las comparsas, uno que los dirigía; ese que los *dominaba* era el difunto Domingo Ramírez. Él cargaba un palo con un chirrión grande, si alguno se propasaba le pegaba. Ahora los que se disfrazan andan sueltos. Antes había más educación, antes eran muy bonitos los carnavales. Andaban todos juntos, con el capitán por delante y su segundo enmedio, para que si alguno se propasaba le iba y le decía. Ahora uno anda por acá y otro anda por allá, antes andaban todos juntitos, casa por casa, pidiendo torta, pidiendo chiles, se llenaban los morrales de chiles y tortas, para repartírselo entre ellos mismos. El día de los chiles del carnaval también andaba un señor que se llama Eugenio con una canasta pidiendo chiles en las casas pa' la plebe, pa' comerlos.

Nosotros hacemos siete cazuelas de torta de plátano, también hacemos de camote, y si hay calabaza hacemos de calabaza, molemos el pinole para hacerlas. Hacemos bastante. En ese entonces, como ahorita, también se

hacían chiles rellenos, torta de plátano y conservas, se acostumbraba la conserva de papaya, de pipián y de calabaza. Se hacían albóndigas, la especia de los chiles, el que podía hacía la conservita también, porque la conserva se acostumbraba más en Semana Santa.

## DON OCTAVIO

El carnaval es muy antiguo, tal vez tenga más de 150 años. No tengo fechas exactas, pero por lo que platicaban las gentes más antiguas que hacían su carnaval es viejísimo. Para nosotros carnaval es disfrazarse, bailar. Carnavalear es que andes disfrazado, que vengas a disfrutar el carnaval de Coyolillo. Es ver a los disfrazados, comer los chiles rellenos y todo eso.

Contaba mi papá, que en paz descanse, que en aquellos tiempos en los carnavales todos andaban disfrazados con máscara de toro y que los fuereños usaban a los disfrazados como si fueran ganado, como que eran vacas, que eran bueyes, que eran toros, que andaban en la vagancia, libres. Los lunes y martes de carnaval venían charros a caballo, del Trapiche del Rosario y de San Nicolás, con una reata de esa tiesa que usan en las charrerías y enlazaban a los disfrazados como si fueran ganado. En ese tiempo se usaba mucho el caballo y llevaban reatas de enlazar. Al que enlazaban lo arrastraban. Entonces los disfrazados tenían que librar a su compañero; con el mismo gancho que ocupan para chapear, para jalar monte, con ese gancho le jalaban la rienda al caballo, le jalaban los pies al jinete y hasta que no soltaba al compañero no lo soltaban. Otros agarraban a los jinetes de las piernas con los ganchos y los derribaban. Los disfrazados también luchaban entre ellos, se agarraban uno a otro, como se ponen los bueyes. Eran pesados los carnavales, violentos, hubo mucha bronca y hasta muertos.

Mi papá me platicó también que una vez unos disfrazados, en un pleito de esos, se mataron y no sabían ni quiénes eran, hasta que fueron las autoridades, los destaparon y les vieron el rostro. Resultó que no eran de aquí, eran de otra comunidad, porque también vienen de otras comunidades a disfrazarse. En otro carnaval mataron a un disfrazado, por las mismas rencillas que la gente se cobraba.

Como pasaban tantas cosas en aquellos tiempos, un padre, el sacerdote que se nombraba Francisco Arauz, quería que se quitara el carnaval. Era el

párroco de la iglesia de Actopan, de ahí venía a celebrar misa a mi pueblo cada año, el 15 de mayo, pa' la fiesta de San Isidro. Nomás ese día había misa y bautizos. Él quería quitar el carnaval, porque decía que el carnaval y la fiesta eran del diablo; pero la gente no quiso, se opuso y no lo quitaron. Eso ha de haber sido como en los años cuarenta o cincuenta, por ahí. Después ya dejaron eso de la charreada, porque había muchos problemas, muchos se molestaban, había pleitos, riñas, y ya había mucha discordia.

Los carnavales empezaban el domingo y había baile, lunes y martes. El miércoles todos los disfrazados tenían que torear a la vaquita, una calavera de vaca, la toreada en el centro de la comunidad. La toreada empezaba a las cuatro de la tarde y acababa como a las seis o siete, y todo mundo iba a divertirse porque se caían, se maromeaban, muchos salían lastimados, a muchos les rompían los trajes o les tronchaban las máscaras y quedaban sin cuernos en el *tripoteo*. Todo mundo esperaba a que llegara el miércoles para ir a la toreada. Era un poco pesado porque los disfrazados luchaban, se maromeaban y como si fueran toros, se corneaban. Lo de la vaquita también era agresivo, porque te pegaban duro con la vaca, y luego había unos que ya cuando andaban tomados se enojaban y buscaban pleito. Venían de Omiquila, de Los Frailes, de varios pueblos a divertirse, a ver la toreada, pero ese día ya no había baile y ahí terminaba el carnaval.

Mi papá recordaba que para bailar sonos hacían un entarimado de madera, para que los sonos se oyeran bonitos; bailaban y pasaba por parejas. Mi mamá decía que ella bailaba sonos en ese tiempo, decía que cuando bailaban su rebozo lo hacían nudo con los pies descalzos y con los mismos pies los desataban, eso yo ya no lo pude ver.

En los carnavales que le tocaron a mi papá se disfrazaban con máscaras de toro o de vaca, como puede ser torito puede ser vaquita. En ese entonces, los disfrazados sí desfilaban casa por casa, entraban a donde había corredores, bailaban afuera con los jaraneros, andaban libres y pedían chiles rellenos y tortas en todas las casas que visitaban.

Es tradición del carnaval que se preparen chiles rellenos que son tan famosos, torta de plátano, de camote y de calabaza. Esta es una comida muy antigua, de más de ciento cincuenta años, tanto el carnaval como su comida, pues surgieron al mismo tiempo. Los chiles rellenos se hacían el lunes y el martes para esperar a la gente que llegaba, porque, desde ese entonces, la gente venía de los pueblos a los carnavales por los chiles rellenos.

En esa época, a los ocho días, el domingo, repetían octava, y la gente volvía a disfrazarse, pero ya no hacían comida, ya nomás se disfrazaban para andar por ahí; eso todavía les tocó a mis hermanos, a los mayores. Por eso ahora, a los ocho días se hace carnaval, se disfraza uno y baila, hacen comida, y es que están repitiendo la octava como se hacía antes. Antes, me platicaba mi papá, también el domingo y el lunes de pascua se disfrazaban, pero esa tradición sí se acabó, se perdió, ya eso no lo hacen en la pascua.

Cuando uno se disfraza con una máscara de madera lleva dos significados: se cubre uno el rostro con la máscara para que no conozcan quién es cada quien; además, el que se disfraza de toro, de vaca o de cualquier otro animal, en ese momento se transforma y es como si fuera ese animalito, porque brama, bufa, corre y corretea a la gente. Te olvidas de que eres persona, por eso brincas, saltas y te atreves a hacer de todo, como un toro o una vaca que cornea a los niños y corretea a la gente.

El que se disfraza de mujer, aunque sea varón, hace su papel como si fuera una mujer, camina como una dama, baila, sigue a los hombres para abrazarlos, los besa y todo eso. Cada persona que anda disfrazada se transforma en ese momento. Igual el que hace de viejito, camina y habla como un anciano, como tradición y costumbre saludan a la gente de afuera, y a la de aquí, a ver si los conocen. El que anda de diablito también brinca, corre, espanta a los niños y hace musarañas, travesuras. Cada uno hace su papel y se hace su vestuario según el personaje, como en el teatro que cada quién hace un personaje, lo mismo es en el carnaval.

Se disfrazan de todas las edades, desde niños hasta grandes, hombres y mujeres, eso no tiene límite. Hay unas señoras que ya tienen más de sesenta años y todavía se disfrazan. Mi mamá me decía que ellas, cuando eran muchachas, se conseguían trajes y se los ponían. Los disfrazados salen en grupo, es muy raro que salga uno solo de su casa, siempre procura uno hacer un grupo de diez, ocho o seis, y así sale uno, pa' que no te conozcan. Salimos de la casa de alguien entre el montón, pa' cambiar de máscara, trajes y zapatos, y así ya no te reconocen tan fácil. Tienes que darte ideas para que no te reconozcan cuando andas disfrazado. Tienes que hablar diferente, poner la voz más gruesa o más delgada. Nomás que la gente es muy lista, por ejemplo, ustedes me ven este reloj, saben que yo lo jalo, pues si yo no me lo quito van a saber que soy yo, ¿no?



Hay unos disfrazados que sobresalen porque bailan bien o porque hacen mucho chiste, divierten mucho a la gente. Es chistoso cuando un disfrazado de mujer abraza a un hombre y lo besa, todos se ríen y ya al final se ríe también al que está besando. Hasta lo hacen cambiar de color porque se ríen de él, porque lo anda besando un hombre nomás porque está vestido de mujer.

Nuestra costumbre cuando andamos disfrazados es saludar a la gente, te conozcan o no. Entonces los disfrazados están saludando, moviéndose, bailando y te piden que les des una moneda, si eres de fuera o de aquí también, “qué compadrito, qué comadrita, dame para el refresco”. Muchos de ahí juntan dinero: “yo ya saqué mis gastos, de mi máscara, arreglé mi gorro, compré flores, me gasté treinta, cincuenta o cien pesos” o “saqué lo de mi día”. Así ha sido siempre, eso de que te piden unas monedas es tradición desde antes, aquí se acostumbra el pedir una moneda para el carnaval.

Los niños le gritan a los disfrazados: “¡je-je!, ¡cotejo!” esto quiere decir que quieren que les den un *cotejo*: que los correteen, que los vayan siguiendo. Y les dicen “¡je-je!” porque quieren que los correteen, los están toreando. Antes, en aquellos tiempos, éramos tan traviosos, a mí me tocó que los que más nos correteaban eran los viejitos y las viejitas. Esos corren mucho porque el traje los deja, porque se ponen ropita vieja, con las bolsitas al revés, o que la vuelven a remendar, zapatitos de lo más viejo; y andan haciendo musarañas, chistes, caminan rengueando como viejitos. Entonces nos subíamos a los árboles para escapar y nos picaban con un palo. Había viejitos que se subían hasta la última rama y ahí nos agarraban, a veces nos querían jalar los pies, entonces brincabas pa’ abajo y te le escondías. Nos íbamos a donde había mucho cerco, Coyolillo tenía muchos cercos, para que en los cercos se cayeran, como había alambre de púas en los corrales nos metíamos ahí para que ellos se quedaran atorados y ya no nos alcanzaran. Así era la tradición, a los niños siempre nos andaban correteando pa’ quitarnos el dinero porque jalábamos moneditas. Nomás salíamos de la escuela y nos *acotejaban*, porque se disfrazaban desde las diez de la mañana. Si andábamos jugando canicas, corríamos o nos las quitaban.

En el carnaval no iba gente a vender dulces, como en las fiestas patronales, porque los disfrazados te los arrebataban, si tenías tu mesita con dulces te los quitaban, también el dinero. Si te descuidabas se llevaban la morralla del negocio que tenías.

En esa época había la presión de que iba uno a visitar a la novia y no te metían adentro de las casas, entonces pues solamente con máscara podías entrar, porque así no te conocen. La máscara oculta todo, las penas, la vergüenza, la timidez, y si haces travesuras, para que no sepan quién eres, para eso sirve la máscara. Yo estrené mi primera máscara, hecha por mí, en el setenta y seis, y fue porque mis amigos me prestaron un traje. Ahora en Carnaval me llega mucha gente y no me da tiempo de disfrazarme, hace como dos años sí me disfracé, aunque toda la gente llegara a buscarme. A veces aprovecho cuando voy a otro lugar con mi comparsa, llevo mi traje y ya me disfrazo, porque sí me gusta disfrazarme.

En aquellos tiempos tenías que tener dieciocho años pa' disfrazarte, pa' que te pusieras traje y máscara, si no, no te daban permiso. Cuando te disfrazabas por primera vez tenías que cumplir siete años hiladitos disfrazándote, o sea, cada año tenías que disfrazarte. Te decían: “¿y vas a aguantar los siete años?, porque si solo lo haces uno o dos años el diablo se hace dueño de tu alma y tú te mueres, porque no cumpliste, nomás te tapaste dos años”. Esas eran las creencias y había reglamentos, no era tan fácil: si cumplías siete años y querías disfrazarte de nuevo tenías que completar otros siete años. Yo tenía como diecisiete años cuando me empecé a disfrazar, pero no cumplía yo todos los años, un año sí me disfrazaba y otras veces no, y me disfrazaba a las escondidas porque no tenía dieciocho años. Ahorita ya no hay ese reglamento porque la gente ya no tiene esa creencia. Si tú le dices a una señora esto hasta se ríe de ti y te dice: “¿tú estás loco o qué?, ¿cómo que se lo va a llevar el diablo?”. Ahora como las mamás no saben las creencias hasta a los niños les hacen trajes. También, cuando fallecía una persona en los días de carnaval, en domingo, lunes o martes, decían: “se lo llevó el diablo porque se murió en el carnaval”. Así decían y todavía a la fecha así dicen.

Hay una leyenda de que en un carnaval llegó el diablo. Entró a uno de los bailes que hacían en la noche, dicen que como a las doce de la noche llegó en un caballo negro, en ese tiempo había caballos o burros por donde quiera, no era extraño. Hay dos leyendas de esa, en una llegó el diablo y amarró el caballo en un árbol, llegó bien presentado, traía sombrero negro, andaba todo de negro, como un catrín, entró a las plenas doce y andaba bailando con todas las muchachas, porque en ese tiempo se usaba remudar, no había pareja absoluta, bailabas con una, te la quitaba otro, otro y otro, te

daba la vuelta y te la quitaban, a mí ya no me tocó eso. Entonces repasó a casi todas las muchachas. Y cuando entraba el aire y decían los niños “ese hombre que anda bailando tiene una pata de buey y una de gallo”, y que decía otro “es el diablo, el diablo”, y era el diablo. Cuando escuchó, salió, se montó al caballo, y le picaba los acicates tanto que echaba chispas, echaba lumbre el caballo y las herraduras a los *ramplonazos*. Como había mucha piedra, sacaban chispas, dicen que dejó mucha peste a azufre, y se oía “¡es el diablo, es el diablo, entró al carnaval el diablo!”, por eso luego decían que el carnaval era del diablo.

Hubo otra ocasión en la que dicen que estaba el baile de carnaval, y como siempre había burros sueltos, llegó un burro. Pero ese burro era negro, no tenía cola, era rabón. Entonces dijeron los niños: “ay, es un burro negro, pero no tienen cola”, “ahorita vamos a montar el burro, si quieren lo ensillamos, y lo vamos a montar”, “pero no se le va a detener porque no tiene cola”, “no, pues le vamos a meter un palo en el rabo”. Dicen que agarraron al burro, lo amarraron y como lo iban a ensillar le metieron un palo por el rabo para atorarle la *tarria*<sup>29</sup> de la cola, y que nomás le metieron el palo el burro se les chispó y salió de *juida*, nomás la peste a azufre y se llevó el palo adentro. Eso fue en la casa grande, de la familia Viveros.

Lo de la religión es una cosa y lo del carnaval es otra, yo siempre he dicho que no los mezclen. Una vez vino un chavo a pedirme que le pusiera a su máscara la virgen, yo le dije: “andas mal, porque la máscara es del carnaval y no va con la religión”. Yo no voy de acuerdo que a un traje le pongan una imagen religiosa, muchos se la ponen, pero no debe de ser. No se debe mezclar lo sagrado con una cosa que es cultural, de tradición, no hay que confundir. Tampoco un disfrazado puede entrar a la iglesia. Hace poco unos niños entraron disfrazados a una misa de quince años que tocó durante el carnaval, van y se sientan en las bancas; yo le dije al encargado: “oye, por favor, a esos niños hay que sacarlos, no puede ser, y si no saben diles lo que significa”. De hecho, el miércoles entra la cuaresma, de ahí en adelante no tendría que haber carnaval ni disfrazados. Por eso la iglesia católica pelea con el carnaval, porque nomás puede durar hasta el martes,

<sup>29</sup> f. Cinta trasera de la albarda que se coloca por el culo de las caballerías, debajo de la cola (<http://www.culturaderioja.org/index.php/diccionario/Diccionario-1/T/tarria-15741/>).

pero hay gente que rebasa los límites, que no entiende o no cree en ninguna religión o está peleada con la religión y no está en contacto con la iglesia, pero todos tienen que respetar. En la cuaresma no debería de haber ya baile. Antes los carnavales terminaban el martes y el miércoles nomás se hacía la corrida de la vaca porque el párroco no venía a poner las cenizas los miércoles, ya estábamos en Semana Santa y el padre no venía.

Mucha gente dice que el carnaval es del diablo, yo qué voy a creer en eso, entonces, yo que hago las máscaras ¿también le pertenezco al demonio? Muchos me han dicho que hacer máscaras es pecado, porque estoy haciéndole favor al diablo, yo las hago porque es mi trabajo y aprendí, pero yo puedo hacer al diablo y puedo hacer cualquier figura. Puedo hacer una máscara con rostro de Jesús, pero ¿por qué voy a hacer una máscara para que la anden usando en el carnaval mofándose de Jesús? No, yo haría una imagen de santo para tenerlo en mi casa, no para que anden carnavaleando, eso ya sería burlarse.

Aquí hay testigos de Jehová y cristianos, son poquitos, ellos dicen que el carnaval es del diablo, pero yo los veo que andan en el desfile bailando cuando es el carnaval. Los he visto en los videos que graban y a ellos también les gusta carnavalear en la fiesta.

Platicaba mi papá que antes en los carnavales había jarana, arpa, marimbol y guitarra. A un cántaro le pegaban con una chancla y eso hacía que bajeara la música; había otros que tocaban con un hilito de nylon y con un peine, entonces se hacía la mezcla. Con todo eso hacían sus sones y bailaban, hacían su música tradicional para sus carnavales.

A mí me tocó que en carnaval andaban con guitarra, mi tío Toño y otros señores; tocaban música como corridita, canciones corriditas, las que él se sabía, eran canciones de antes, pero no eran cumbia. Tocaban esas canciones e iban bailando, había canciones que cantaba y canciones que no cantaba, nomás eran tocadas, no todas eran cantadas.

A mí todavía me tocó ver a los disfrazados bailar cumbia, yo estaba en la primaria, tenía entre siete y ocho años. Se usaba mucho la cumbia de polleras, música de la Sonora Matancera, Sonia López y los éxitos de la Sonora Santanera. Ya después eran los Corraleros del Majagual, el balle-nato, las primeras charangas calientes que llegaron de Colombia, del ritmo colombiano; eso ya fue en los setenta, ahí empezó a entrar todo eso de la cumbia, y los disfrazados bailaban la cumbia. Los disfrazados andaban por

las calles libres e iban adonde había tocadiscos y de tomar, iban a las cantinas a echar su trago, ponían esas canciones y bailaban, también iban a bailar al patio de las casas, donde había música ahí bailaban, pero no se hacía desfile, andaban libres.

Mi papá y mi tío Toño platicaban que en los carnavales había músicos de aquí y también llegaban músicos de otros lugares, eran músicos líricos. Aquí había un señor que tocaba violín, se llamaba Chayo Martínez, papá de Victoriano, sabía tocar violín, mandolina y jarana. Había otros de la familia de los Zaragoza que tocaban jarana; otro, *mentao* Gabino, que era de Cintalapa, también tocaba jarana. Había uno de Omiquila, le llamaban Tío Pedrito, ese tocaba el marimbol, que era un cajón pero con espiga, que baja; otro de Omiquila se llamaba Fidencio Huerta, ese tocaba acordeón. Había músicos, no sé dónde compraban las jaranas o quién las hacía, pero sí hubo músicos en aquellos tiempos. Entonces se integraban los grupos y tocaban los sones hasta que amanecía, en ese tiempo tocaban puros sones. Les llamaban sones y valsés, y también canciones corriditas, de esas que bailan así agarrados, como en las películas de antes. Esa era la música que ellos bailaban.

La música ha cambiado mucho, cuando llegó la cumbia cambiaron los carnavales, porque la música moderna lleva sonido. Los sones ya se oyen muy poco. Cuando llegaron los antropólogos quisieron recuperarlos a través de Culturas Populares. De hecho se trajeron instructores a que enseñaran a tocar jarana y requinto, porque querían que se renovara la música con jarana, pero la gente ya no se anima tan fácil, porque está la música moderna. Yo he querido que se arme el grupo de son, y sí hubo la oportunidad, vinieron unos maestros a tocar jarana y requinto, Rubí y Claudia, que es de Tlacotalpan, vinieron a enseñar zapateado. Hay tres que aprendieron un poquito de jarana, pero no se dedicaron a eso, y como ya no venían los maestros dejaron de ensayar. También enseñaron a muchachas, mis sobrinas aprendieron a tocar jarana, pero ya no siguieron. A través de un proyecto de PACMyC<sup>30</sup> de Culturas Populares se iba a pagar a un instructor para que enseñara a tocar el arpa. Fuimos a Zempoala a buscar a un maestro, pero no lo encontramos, ya teníamos quién quería aprender y se perdió esa

<sup>30</sup> Programa de Acciones Culturales Multilingües y Comunitarias de la Dirección General de Culturas Populares Indígenas y Urbanas.

oportunidad. Y luego vino la emigración, se fueron todos los que estaban en eso, pero los instrumentos sí quedaron, yo los tengo, no están perdidos, está el arpa y la jarana. Ahora hay un muchacho de Xalapa que va a dar talleres, yo le presto la jarana, y hay como unas cuatro o cinco personas aprendiendo.

Hay unos videos que tenemos sobre el carnaval, se hicieron a partir del 94, cuando mi compadre, el antropólogo Alfredo Martínez Maranto, empezó a venir a Coyolillo. En esa época los carnavales no eran con música y camionetas con sonido, la reina y las princesas iban caminando. Esa vez que estuvo mi compadre trajo unos jaraneros del grupo que tiene Ramón Gutiérrez y anduvimos por las calles, por las casas, haciendo un desfile sencillo. En el video salen todos los disfrazados, se ve que van atrás con los jaraneros bailando.

Anteriormente, en los primeros carnavales, cuando todavía no usaban máscaras los disfrazados se tiznaban la cara, todo el rostro. De ahí viene la frase de: “vamos a ver a los negros”, o “ya salieron los negros”, o “ya andan los negros”. Por eso a todos les llaman los negros, aunque usen otro traje. Unos se tiznaban y otros se disfrazaban de mujer, se ponían una capucha de tela y se pintaban los ojos, las cejas, chapas y la boca, y se ponían faldas grandotas. Muchos se pintaban como si fueran viejitos. El caso es que tenían que estar con la cara tapada o tiznada para el carnaval.

Las máscaras que se usan en el Carnaval deben de tener aproximadamente ciento treinta años. Nicanor Viveros fue el que empezó a hacer la máscara de vaquita o de toro, hay otras figuras también, pero principalmente se deriva de la ganadería. Hacían máscaras de vaquitas como símbolo de que había ganado, por eso empezaron a llevar sus vaquitas y toritos. Las hacían de madera. Después surgen las máscaras de viejito y de viejita, de venado, de cotorra, de diablito, no nomás de vaca. Las usaban los jóvenes y los señores. Yo conocí algunos que se ponían máscaras de tecomate, así le llamamos, muchos le decían *guajito*, partían el *guaje*, le hacían sus hoyitos y se lo ponían.

Mi papá aprendió a hacer máscaras con Nicanor Viveros, él estuvo viviendo en la casa grande de Crispín Viveros. Nicanor era carpintero y tenía todas las herramientas. Después mi papá también empezó a comprar herramientas para trabajar; él me dejó sus manuales de carpintería, un cepillo y las herramientas que tenía. Mi papá hacía hamacas de madera para

niños, como había muchos marranos y perros sueltos, de las mismas vigas de madera, con unas reatas amarraban la hamaca y el cajoncito. Las tablitas de los lados no eran muy altas, abajo le tejía con hilos de mecate que hacían de ixtle, lo tejían y le ponían una *manguita*, una cobijita y un petatito. Yo dormí en hamacas de esas, te mecían y te dormías, eran para que los cochinos o los perros no nos mordieran o nos arrastraran.

Yo nomás aprendí a hacer máscaras, no hice yugos, ni arados de madera, ni timones, ni cuñas, todo lo que se utiliza para cerrar las milpas; a los arados les ponían cubiertas de tablas de madera. Mi papá, don Andrés Acosta y otros dos señores que se nombraban Onésimo y Cipriano López, se dedicaban a hacer todo eso. Ellos aprendieron y enseñaban a otros. Yo nunca hice un arado de madera porque cuando empecé a crecer vino lo de los arados de fierro, y ya el de madera se usaba muy poco. Mi hermano el mayor sí usó el arado de madera con timón y todo. Yo me acuerdo que me llevaban chiquito, de cinco o siete años, me subía en el arado, pa' que pesara, pa' que enterrara más hondo y fuera abriendo la tierra, me montaba y me daba gusto porque para mí era como andar en un camión, y ni había camiones. La mayoría de los niños iban donde había yuntas pa' que los anduvieran jalando.

Cuando iba en la primaria, que aprendí a leer y escribir, mi papá me decía: “mi'jo, ponle las letras a la cruz”, con barniz, porque él a las cruces no les ponía letras con tinta, se las hacía grabadas con sus fierritos finitos con mucho filo. Y no ponía los nombres completos, ponía nada más las iniciales, pero las remarcaba bien, las escarbaba para que no se borraran. Entonces, aunque pasaran años, soles y lluvias, como quedaba enterrada, remarcada, esa letra no se borraba. Hasta la fecha hay unas cruces de mi abuelita que allí están todavía en el panteón, tienen las marcas que mi papá les dejó.

A mí me preguntan por qué hago máscaras: hago máscaras porque me gusta hacer máscaras, venda o no venda me gusta hacer máscaras, amo ese trabajo porque mi padre me lo enseñó y me gustó, si no me hubiera gustado no lo hubiera aprendido, lo hubiera dejado.

Mi compadre Alfredo Martínez Maranto fue una de las personas que se interesó mucho porque no se perdieran la cultura y las costumbres, como la comparsa. En ese tiempo, cuando estuvo a punto de perderse, reuníamos poquitos disfrazados y hacíamos juntas para organizarnos, porque mi papá me platicaba que las comparsas tenían su capitán para coordinar. Ahora yo

soy quien mantiene unida la comparsa, unos ya murieron, muchos ya no salen, pero somos un grupo de veinte o veinticinco, o a veces treinta. Muchos quieren ir, les gusta, cuando me invitan a un carnaval les hablo unos ocho días antes, nomás les digo: “tengo una salida tal fecha”. Les digo “vamos” y jalan conmigo; los que nos llaman nos pagan el transporte y nos dan la comida. Es la Comparsa Coyolillo, así la nombramos. Hemos ido al carnaval de Cardel, de Tierra Blanca, de Yanga, de Tres Zapotes, de Mozomboia, de Coacoatzintla, a la feria de Actopan. Al carnaval de Alto Lucero fuimos como tres veces, pero ahí el carnaval no pegó, a la juventud ya no le gusta.

Lo de disfrazarse y la comida nace todo junto, porque es tradición. La comida antigua que surgió con el carnaval se hace en todas las casas pa' que coma la gente que viene de fuera, esa es la tradición. Hasta la fecha se conservan las mismas comidas, los chiles rellenos llevan los mismos sabores. Antes de empezar el carnaval todo mundo se organiza para hacer la comida, para hacer los chiles matan cerdos y venden carne; si yo tengo marranos mato dos o tres y vendo la carne porque todos van a comprar, compran de dos kilos pa' adelante. Por cada kilo de picante sería un kilo de carne, eso es lo que te rinde. Se compra mucho huevo para capear los chiles, ¡es un consumo de huevo grandísimo! En el carnaval se consumen aproximadamente de ocho a diez toneladas de chile xalapeño, si hacemos un balance, de mil casas donde se hacen cinco kilos de chiles rellenos en cada una, son cinco toneladas, pero hay casas en las que se hacen mucho más. Además, por cada diez kilos de chile, bajita la mano se consumen cinco kilos de carne a cincuenta y cinco pesos el kilo, más la manteca y todo eso. Yo lo hago porque me gusta mucho la tradición, gaste lo que gaste. Y si hay gente que no puede comer carne de cerdo, pues se le hacen los chiles rellenos de carne de pollo, pero llevan el mismo sabor, con las hierbitas de olor.

También se hace el adobito, que es un caldito como si fuera *chilatolito*, pero acá le nombran *especia*. Se hace arroz y se le pone a la *especia*. Anteriormente le ponían chile relleno a la *especia*, porque le daba más sabor, y el caldo también le daba sabor al chile. Ahora en muy pocas casas acostumbran que los chiles los echen a la cazuela de la *especia*, ya mejor los ponen secos, o sea acabados de capear.

Otra comida tradicional es la torta de plátano, que tiene que ser de plátano de bolsa verde, acabado de cortar de un día para otro. Tres días que estén cortados ya están marchitos. Aquí se da ese plátano y ya cuando no



hay unos traen a vender, porque saben que es negocio; llegan las camionetas llenas a vender. El plátano es muy fácil, porque lo desgajan y lo ponen entero a hervir en agua y al primer hervor lo sacan. Cuando se enfría lo pelan y lo muelen en molino de mano, muchas lo llevan al molino de motor, y es como una masa, luego hacen una bola con la masa y le ponen canela, azúcar y manteca. La cuecen en una cazuela que se llama tortera o en cacitos. Le ponen manteca al recipiente para que no se pegue, bien emparejada la manteca. Aunque ahora hay estufas de gas, la mayoría de la gente pone a cocer la torta en cazuelas de barro, con leña, a fuego lento y le ponen una lámina encima con brasitas distendidas a *rescoldo*, para que se cueza lentamente por arriba y por abajo y no se queme; tienen que estar muy al tanto para que no se queme, no muy acosado porque si le acosas mucha llama se quema. Las tortas de calabaza y de camote llevan lo mismo que la de plátano, se hierva, se le quita la cáscara o el pellejito, se muele y también lleva canela y azúcar.

La comida del carnaval es muy antigua, muy tradicional. Si mis abuelos vivieran tendrían como ciento treinta, ciento cuarenta años. Mi abuelo ha de haber nacido más o menos en 1890. Cuando falleció mi abuelita yo tenía cuatro años, pero sí la recuerdo, y desde entonces ella hacía esas cosas.

Del 2000 pa' acá creció el Carnaval, la gente emigró y empezó a mandar dinero para las comidas; también se empezaron a hacer los videos para que la gente de allá viera lo bonito de la fiesta. De ahí pa' acá fue cuando se levantó, empezaron a darle publicidad en la radio, la televisión y en medios de prensa, y la gente empezó a llegar más a los carnavales. Antes no había desfile. Tampoco había reina, eso tiene unos cuarenta años, desde que una maestra lo propuso. No hacíamos como ahora las votaciones. Este año<sup>31</sup> fueron más de dos mil quinientos votos los que se reunieron para las reinas, ni en las votaciones presidenciales, ni locales, ni estatales se juntan tantos votos. Estaban los aguaceros y la gente iba a votar, paramos de votar a las nueve de la noche y de ahí empezamos a contar los votos y terminamos casi a las doce ¡fue exagerado!

Hoy en día los negociantes buscan el carnaval pa' vender, ahí aprovechan, y hay tantos puestos que ya no se puede ni caminar. La Junta de Mejoras cobra los lugares a los puesteros, para recaudar fondos para el bene-

<sup>31</sup> 2019.

ficio de la comunidad. Al municipio de Actopan no le beneficia económicamente, pero les conviene porque el municipio está en los más altos niveles gracias a la tradición arraigada de Coyolillo. A las muchachas de la corte los del municipio les dieron dinero pa' los vestidos, pagaron la renta pa' que se tuviera sonido en el escenario y pagaron a los dos chavillos que cantaron. En realidad, el municipio no está fortaleciendo en nada el carnaval. Tendrían que decir, por ejemplo: "sabes qué, los voy a apoyar con tanto pa' la comunidad, pa' que hagan comida, pa' los que vienen de fuera"; o a los que hacemos máscaras, apoyarnos con pintura o herramientas para que demos talleres, pa' que haya más disfrazados con máscaras de madera. Las máscaras de luchadores no son tradicionales en el carnaval.

Quienes se llevan la lana son la Junta de Mejoras y el que compra la plaza del carnaval, ellos compran la fiesta, el baile, buscan grupos, discos, y tienen sus ganancias. Ellos cobran las entradas y la cerveza. Los que compran la plaza son de otro pueblo, este año la vendieron en veintiún mil pesos y la Junta de Mejoras recibió la lana. La Junta de Mejoras pone dos sonidos y el municipio también manda un sonido por su parte.

Ya van como tres veces que participo en la organización del carnaval, pero tengo mucho desgaste en eso, pierdo mucho tiempo, abandono mi trabajo y mis talleres por andar en eso que no me deja nada. Me metí al comité porque me gusta andar en la bulla. Las reinas el año pasado me quedaron mal en unas entrevistas, les dije que tenían que estar disponibles para salir en la televisión y a la mera hora me fallaron. Esto me deja acabado, me deja sin dinero, ¡cansancio, desvelo y hasta coraje! Este año hasta canté gratuito, toqué el martes y canté el domingo. ¡Yo abrí! Canté como unas diez canciones de Vicente Fernández con mis pistas, primero el público estaba todo apagado, canté y la gente se levantó.

El carnaval es un gasto económico, se gasta mucho y todo es para ofrecerlo, porque la comida que se les da a las personas que nos vienen a visitar es gratuita. No recibimos ninguna retribución por la comida. Yo tengo una entrada extra porque hago mis máscaras y pinto o retoco máscaras. Se gasta en lo de la gastronomía, en los talleres de máscaras, en que te compras una máscara, te mandas a hacer un traje, en los estrenos de la juventud, en los bailes, pero como es una tradición antigua, aunque nos gastemos hasta el último centavo, nosotros quedamos muy conformes de hacerlo y jamás vamos a quitarlo, aunque se genere una crisis después de que pasa el carnaval.

Es que nos gusta la tradición, a todo el pueblo, esa fiesta la esperan mucho. Pasa el carnaval y la gente queda triste, hay unos chavos que dicen, “¡cómo no hacen carnaval cada mes!”. Todos le damos importancia a esa fiesta porque es la más grande del año. Y la seguimos conservando, porque es viejísima la tradición. ¡No hay como el carnaval de bonito!



# DOSSIER FOTOGRAFICO





Panorámica de Coyolillo, Ver., 2015. Foto: Cristina Núñez Madrazo.



Palma de Coyol. Coyolillo, Ver., 2014.  
Foto: Cristina Núñez Madrazo.



Palma vieja de Coyol. Coyolillo, Ver.,  
2018. Foto: Luis Enrique García  
Méndez.



Árbol de frutillo. Terreno del papá de Octavio López. Coyolillo, Ver., 2018.  
Foto: Luis Enrique García Méndez.



Casita antigua de madera. Coyolillo, Ver., 2018.  
Foto: Luis Enrique García Méndez.





Casa Antigua de Piedra. Coyolillo, Ver., 2018.

Foto: Luis Enrique García Méndez.



La casa grande. Coyolillo, Ver., 2018. Foto: Luis Enrique García Méndez.



Andrés Acosta y Octavio López. Coyolillo, Ver., 2014.

Foto: Adriana Duch Carvallo.



Entrevista a Andrés Acosta. Coyolillo, Ver., 2014.

Foto: Cristina Núñez Madrazo.





Letrero de entrada a Coyolillo, Ver., 2016.

Foto: Sebastián Kunold Bello.



La iglesia de Coyolillo, Ver., 2016. Foto: Cristina Núñez Madrazo.

Restos arqueológicos  
encontrados en El Pueblito,  
2018. Foto Luis Enrique García  
Méndez.



Panorámica de La Barda que construyó Tío Juan Bueno, 2018.  
Foto: Luis Enrique García Méndez.





El Pasito, sitio donde se encuentran las pilas de agua, 2018.

Foto: Luis Enrique García Méndez.



Pilas de agua, 2018. Foto: Luis Enrique García Méndez.



Bartolo López Luna. Padre de Octavio López. Foto de archivo familiar.



Epifanía Zaragoza. Madre de Octavio López. Foto de archivo familiar.



Epifanía Zaragoza a los quince años. Madre de Octavio López. Foto de archivo familiar.



Apolinar Zaragoza Martínez (Polina). Fundadora de la iglesia de Coyolillo. Tía abuela de Octavio López. Foto de archivo familiar.



Domingo Ramírez. Luchó por el  
ejido de Coyolillo, Ver.  
Foto de archivo familiar.



Antonino, Tiburcio y Dionisia Mendoza, quienes lucharon por el ejido de  
Coyolillo junto con su padre Faustino. Foto de archivo familiar.





Faustino Mendoza. Agente Municipal en la lucha por el ejido de Coyolillo.

Foto de archivo familiar.



Julio Zaragoza Martínez. Luchó por el ejido de Coyolillo, Ver.

Foto de archivo familiar.



Julio Zaragoza Mendoza con su familia. Luchó por el ejido de Coyolillo, Ver.

Foto de archivo familiar.





Octavio López con su yunta de bueyes. Ejido de Coyolillo.  
Foto: Jesús López. Archivo familiar.



Fiesta patronal de San Isidro Labrador. Coyolillo, 15 de mayo de 2016.  
Foto: Sebastián Kunold Bello.



Máscara de Carnaval. Coyolillo,  
febrero de 2015.

Foto: Sebastián Kunold Bello.



Carnaval en Coyolillo, febrero de 2015. Foto: Sebastián Kunold Bello.



Octavio López en la peregrinación de la fiesta patronal de San Isidro Labrador.  
Coyolillo, 15 de mayo de 2016. Foto: Daniel Garrido Méndez.



Octavio López Zaragoza en la exhacienda de Almolonga, 2016.  
Foto: Sebastián Kunold Bello.





Octavio López Zaragoza. Máscara de venado. Carnaval en Coyolillo, 2015.  
Foto: Sebastián Kunold Bello.



Carnaval en Coyolillo, febrero de 2015. Foto: Sebastián Kunold Bello.



Stanley Bullok en Coyolillo, 2014. Foto: Cristina Núñez Madrazo.



Carnaval en Coyulillo, febrero 2015. Foto: Sebastián Kunold Bello.

## Glosario

*Admiranza*: admiración.

*Agüita*: techo en forma triangular, a dos aguas.

*Aguachalan*: 1. Llenarse de agua o inundarse. 2. *Aguachalaban*. Quiere decir que se inundaban, se hacían charcos o pantano.

*Agüero*: presagio o señal de cosa futura (RAE).

*Alfardas*: maderos de la armazón de los techos (RAE).

*Alfajías*: cada uno de los maderos que se cruzan con las vigas para formar la armazón de los techos (RAE).

*Anono*: árbol de anonas.

*Ansina*: así.

*Aprovechadones*: aprovechados, abusivos.

*Asegurado*: en el contexto significa protegido de cualquier peligro por alguna fuerza o magia.

*Barbecho*, *barbechillo*: tierra labrantía que no se siembra durante uno o más años (RAE).

*Barruntar*: prever, conjeturar o presentir algo por alguna señal o indicio (RAE).

*Blanqueaban*: en el contexto significa mataban.

*Cajetitos*: recipiente en forma de olla, sin orejas. Del náhuatl *caxitl*: escudilla, plato o vasija honda.

*Camposanto*: cementerio.

*Cañalera*: cañal; cultivo de caña de azúcar.

*Cascajitas*: así le dicen en Coyolillo a las piedras de río.

*Cayuyo*: es un bejuco que se encontraba en los montes de la región.

*Chalanes*: transportadores en agua.

*Chapalazo*: golpe del agua cuando cae o salpica.

*Chapear*: limpiar la tierra de malezas y hierbas con el machete.

*Chicotito*: de la palabra *chicote*: látigo hecho con un mango de madera y una tira de cuero, generalmente trenzada, que se emplea para azuzar a los animales, especialmente al caballo en su marcha.

*Chilatole*: 1. m. México. Guiso de maíz entero, chile y carne de cerdo (<https://dle.rae.es/chilatole?m=form>).

*Chiquillón*: chiquillo; referente a la niñez.

*Chirrión*: látigo o rebenque fuerte hecho de cuero.

*Chivato*. (popular) 1. s m. Chivo que pasa de seis meses de edad pero no llega al año; 2. adj. Que es travieso, que causa daños y perjuicios; 3. ¡Chivato! ¡Demonio!: “Chivata víbora, no ha de ser más víbora que yo”; 4. adj y s (caló) Delator.

*Churria*: se le dice a la mugre, a la suciedad.

*Cocos*: le decían así a la fibra que sacaban de la palma de coco, era parecido al *ixtle*; con esta fibra se hacía una colchoneta para ensillar los burros, para que no se lastimara el lomo del burro con la silla. Muchos ponían también un petate viejo; el equipo completo de ensillar se llamaba suadero.

*Cojoyos*: la punta de una rama de un árbol.

*Cotejo*: bailar siguiendo a alguien a la carrera.

*Destilichaba*: rompía.

*Dominaba*: dirigía, mandaba.

*Eché guerra*: expresión que refiere a desafiar.

*Ensalmar*: barrer con ramas de sauco, albahaca o ruda, o con un fuego.

*Enterradas*: enterradas.

*Frutillo*: *Ehretia tinifolia*, árbol comúnmente conocido como frutillo, palo verde, roble, pingüico y manzano. Puede alcanzar alturas hasta de 25 m y diámetros hasta de 50 cm. Son hermafroditas, tienen el tronco recto y la copa redondeada y densa, compuesta de ramas gruesas y ascendentes. Es perennifolio, florece de febrero a julio y fructifica de julio a septiembre.

*Guaje*: 1. En México se le llama guaje a una enredadera cuyo fruto se utiliza como recipiente; 2. Hacerse tonto, “hacerse guaje”.

*Guanchas*: cerdas, marranas de muchos partos.

*Guaracho*: huarache; calzado, por lo general tosco, consistente en una suela de cuero o hule que se sujeta al pie mediante tiras de cuero u otro material (<https://languages.oup.com/google-dictionary-es/>).



*Huizache*: árbol de la familia de las Mimosaceas, de ramas muy espinosas. Su fruto contiene tanino, con el que se prepara tinta.

*Ixtle*: nombre genérico de todas las fibras vegetales que se emplean para fabricar tejidos o cuerdas.

*Jacales*: choza o vivienda construida generalmente de adobe y con techo de paja.

*Juida*: huida.

*La llena de la luna*: luna llena.

*Lana*: dinero.

*Locera*: vendedora de loza.

*Madriniza*: golpiza.

*Malamente*: "... se aplica a un verbo o un participio para expresar que la acción o estado que expresan se realiza o tiene lugar de manera perjudicial o que no es la que conviene, la deseada o la debida" (Academia Mexicana de la Lengua; <https://www.academia.org.mx/>).

*Malodeaban*: maldecían, amenazaban.

*Manguita*: cubierta o bolsa que sirve para envolver o proteger una cosa; funda.

*Manojeo*: por manajo.

*Manajo*: 1. Conjunto de cosas largas y estrechas agrupadas en forma de haz que pueden tomarse con la mano en su sentido longitudinal. "Un manajo de flores". 2. Conjunto de cosas de la misma clase que están agrupadas y colocadas unas junto a otras y que pueden tomarse con la mano. "Un manajo de llaves" (<https://languages.oup.com/google-dictionary-es/>).

*Matatena*: juego de niños en el que se hace rebotar una pelotita y, mientras ésta está en el aire, hay que agarrar unas estrellitas de metal, trozos de madera o piedras que hay en el suelo; conforme se avanza se agarra una pieza más.

*Mazote*: se da un mazote cuando alguien se equivoca o pierde, y cada mazote es una palmada en la espalda.

*Mecatito*: mecate; cuerda o soga que se hace con fibra de *ixtle*, cáñamo, pita, cabuya, crín de caballo o material similar (<https://dle.rae.es/mecate>).

*Mentao*: llamado.

*Mercó*: vendió.

*Metlapiles*: piedra con la que se muele [metate sin patas].

*Mentao*: llamado, nombrado.

*Metate*: del náhuatl *metlatl*: piedra rectangular sostenida por tres patas, una delantera y dos traseras, aunque en ocasiones se apoya en un tronco tallado y a una altura superior, como un lavadero. Se utiliza para moler, ayudándose con una piedra cilíndrica llamada *metlapil* o mano de metate (<https://laroussecocina.mx/palabra/metate-2/>).

*Mineros*: respiradero o manantial donde brota el agua.

*Nacateaba*: nacatear, acción de destazar una res, un cerdo o cualquier otro animal. Proviene del náhuatl *nacatl*: carne (<https://www.significadode.org/nacatear.htm>).

*Negociaba*: intercambiaba; trueque.

*Nixcomel*: olla de barro en la que se cuece el nixtamal.

*Nixtamal*: granos de maíz que se mezclan con agua y cal, y se muelen para preparar tortillas.

*No le calaba nada*: se refiere a qué al remojarla no absorbe nada, ni caldo ni frijol, no se le podía untar nada que le diera sabor.

*Palo o palón*: árbol.

*Palma de coyol*: *Acrocomia aculeata* o coyol (nahuatlismo de *coyolli*: palmera o cascabel). Es una palmera de entre 13 y 20 m de altura y de 3 a 4.5 m de diámetro de copa, con varios estípites de 2 a 3 m de diámetro, cubierto de una corteza lisa y oscura, dotada de espinas fuertes y rectas de hasta 15 cm de largo.

*Palma de zacate*: nombre genérico de varias especies de hierba.

*Panela*: azúcar mascabado en panes prismáticos o en conos truncados (<https://dle.rae.es/panela?m=form>).

*Pegaba*: atinaba.

*Pelao*: pelado, descalzo.

*Pelada*: de huida.

*Pelillo*: los brotes de la caña.

*Peñasquera*: peñasco; peña grande y elevada.

*Petate*: del náhuatl *petlatl*: estera de palma que se usa en los países cálidos para dormir sobre ella; tejido de palma o de carrizo (<https://dle.rae.es/petate?m=form>)

*Picao*: picado.

*Pilas*: pieza grande de piedra o de otra materia, cóncava y profunda donde cae o se echa el agua para varios usos.

*Pilancones*: pilas de agua.

*Piloncillo*: azúcar morena que se vende generalmente en panes cónicos.

*Pinol*: maíz tostado.

*Plebe*: gente en el pueblo.

*Polainas*: especie de media calza, hecha regularmente de paño o cuero, que cubre la pierna hasta la rodilla y a veces se abotona o abrocha por la parte de afuera (<https://dle.rae.es/polaina?m=form>).

*Ramplonazos*: golpes de las herraduras del caballo contra la piedra cuando los caballos trotan.

*Ranchar, ranchar*: ir de pueblo en pueblo.

*Real*: referente a dinero.

*Redondo*: el espacio que se delimita se llama así, aunque no tenga esa forma.

*Rescoldo*: un término que se utiliza para nombrar a una brasa de pequeño tamaño que se encuentra protegida por la ceniza; existen, en diferentes países, varios platos que se cocinan al *rescoldo*.

*Resumir*: disminuir; “hundir el agua”.

*Se va en vicio*: expresión que alude al desarrollo anormal del follaje en desmedro de la floración.

*Sorón*: era un juego de niños en el que los participantes iban corriendo en redondo con un mecate agarrado mientras cantaban: “el sorón, está en la mano, de la mano del Señor, el que no le adivinaba, se quedaba de plantón”. En el mecate metían un anillo y lo tapaban con la mano; uno de los niños se quedaba en el centro, le vendaban los ojos y tenía que adivinar dónde estaba el anillo, si adivinaba se sentaba, si no tenía que seguir en el centro. El que tenía el anillo escondido cuando lo descubrían tenía que decir un verso y pasaba al centro.

*Tarria*: cinta trasera de la albarda que se coloca por el culo de caballos y burros, debajo de la cola.

*Tencole*: herramienta en forma de hoz, con gancho.

*Tepache*: bebida fermentada hecha de piña y azúcar (<https://dle.rae.es/tepache?m=form>).

*Tizne*: humo que se pega a los sartenes, perolas y otras vasijas que han estado a la lumbre (<https://dle.rae.es/tizne?m=form>).

*Tos ahogadora*: tosferina.

*Trapiche*: molino para extraer el jugo de algunos frutos de la tierra, como la aceituna o la caña de azúcar.

*Tripoteo*: bailar, brincar y gritar sin orden.

*Troja*: lugar donde se almacena y guarda el maíz.

*Tapaste*: en el contexto quiere decir te disfrazaste.

*Veletas*: referente a vela.

*Verraco*: cerdo macho que se utiliza como semental.

*Zafra*: cosecha de la caña dulce; fabricación del azúcar de caña y, por extensión, de la remolacha.

*Zueco*: tipo de calzado de una sola pieza, generalmente de madera.

## Referencias

- Aceves, Jorge (comp.). 1993. *Historia oral*. México: Instituto Mora/UAM.
- Bossi, Eclea. 1990. Memoria sueño y memoria trabajo, en: *Estudios sobre culturas populares*. Vol. III, núm. 8-9. México: Universidad de Colima.
- Camargo, Aspásia, 1986. Elaboración de la historia oral en Brasil. El proceso de transición visto a través de las historias de vida de los dirigentes políticos, en: *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, 4 enero-abril, pp. 114-122. DOI: <http://dx.doi.org/10.18234/secuenciav0i4.128>.
- Ferraroti, Franco. 1988. Biografía y ciencias sociales, en: J. Aceves Loanao (comp.), *Historia oral e historia de vida*. México: Colección Cuadernos de Ciencias Sociales, Flasco.
- Lejeune, Philippe. 1989. Memoria, diálogo y escritura, en: *Historia y fuente oral*, núm. 1, Barcelona.
- Löwy, Michael. 2002. *Walter Benjamin. Aviso de incendio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez Madrazo, María Cristina. 1997. Memoria colectiva y subjetividad social: reflexiones en torno al uso de las fuentes orales en la investigación social, *Neskayótl* núms. 6-7. México: Universidad Veracruzana.
- . 2005. *Ejido, caña y café. Política y cultura campesina en el centro de Veracruz*. México: Universidad Veracruzana.
- Portelli, Alessandro. 1989. La verdad del corazón humano. Los fines actuales de la historia oral, en: *Historia y fuente oral*, núm. 2, Barcelona.
- Santoyo, Antonio. 1995. *La mano negra. Poder regional y estado nacional en México (Veracruz, 1928-1943)*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Thompson, Paul. 1993. Historias de vida y cambio social, en: Aceves, Jorge (comp.). *Historia oral*, México: Instituto Mora/UAM.
- Wolf, Eric. 1987. *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zemelman, Hugo. 1992. *Los horizontes de la razón. Historia y necesidad de utopía*. España: Anthopos.

## Agradecimientos

Agradecemos la participación de las personas que colaboraron en la creación de este libro.

Al pueblo de Coyolillo, a todas las personas que nos dieron su testimonio y nos recibieron en sus casas. Don Andrés Acosta, doña Tiburcia León, doña Manuela Zaragoza López y a doña Fany. A doña Silvia López Alegría, Omar Octavio López López y don Rubén López Zaragoza. Al antropólogo, Manuel Martínez Maranto. A nuestras compañeras de la Universidad Veracruzana Isabel Castillo y Rosalinda Ulloa.

A Carola Prudencio Soria, Paolo Vargas, Andrea Prudencio y Alicia Petri-lli. A Luis Enrique García Méndez y Sebastián Kunold Bello. A Mario Alberto Hernández, Adny Alicia Celis Villalón y Alejandra Aguilar Ramírez.

## Los autores

*Octavio López Zaragoza*

Es maestro artesano de máscaras, agricultor y músico, originario de Coyolillo. Se ha destacado por promover la cultura popular local, especialmente el carnaval de su pueblo. Desde temprana edad empezó a trabajar en el campo. A los quince años aprendió de su padre, don Bartolo López Luna, el oficio de elaborar máscaras de madera, objeto distintivo del carnaval. Formó, junto con ocho integrantes, el grupo musical Milagro, en el que se desempeñó como cantante y compositor; además de realizar oficios de balconería y carpintería. A la fecha continúa con la promoción de iniciativas culturales para fortalecer la identidad y la memoria colectiva de su pueblo.

*Maria Cristina Núñez Madrazo*

Es investigadora de tiempo completo en el Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes de la Universidad Veracruzana. Es Doctora en Ciencias Antropológicas por la UAM-Iztapalapa. Es miembro del Centro Internacional de Investigaciones y Estudios Transdisciplinarios (CIRET-París). Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Recibió el reconocimiento del Premio al Decano por parte de la Universidad Veracruzana en 2019. Ha enfocado su experiencia de investigación al estudio de la memoria colectiva y la cultura campesina en el centro de Veracruz. Su quehacer académico actual se enfoca en el desarrollo de proyectos de investigación-acción participativa, desde la perspectiva transdisciplinaria, del diálogo de saberes y creatividad social. Sus libros recientes: *Narrativas, memoria colectiva y tradiciones. Transdisciplinariedad, decolonización y diálogo de saberes* (2018) y *Reinventado sentidos comunitarios. Una experiencia de colaboración transdisciplinaria para la creatividad social* (2020).

*Adriana Duch Carvallo*

Es actriz y directora de teatro radicada en Xalapa, Veracruz. Profesora de tiempo completo de la Facultad de Teatro de la Universidad Veracruzana. Se ha especializado en teatro de máscara, colaborando con Jean-Marie Binoche. Recientemente, ha obtenido el grado de Maestría en Antropología, desarrollando una investigación sobre la máscara de carnaval. A lo largo de su carrera ha desarrollado diferentes proyectos de creación teatral e investigación multidisciplinar, relacionados con la máscara y lenguajes afines, en los que participa como actriz, directora o investigadora, recibiendo el apoyo de instituciones educativas y culturales. Sus espectáculos se han presentado en diferentes ciudades de México y el extranjero. Se ha dedicado a la formación profesional de artistas escénicos, como profesora en instituciones de educación superior e impartiendo numerosos talleres de actuación con máscara y géneros relacionados con ésta.

*Zulma V. Amador Rodríguez*

Es investigadora de tiempo completo adscrita al Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes de la Universidad Veracruzana. Doctora en Ciencias Sociales, con especialidad en Antropología Social (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS-Occidente), maestra en Ciencias Antropológicas (UAM-Iztapalapa) y licenciada en Sociología (UV). Ha desarrollado actividades de investigación y docencia en México, Brasil, Colombia y Costa Rica, dedicándose principalmente a la capacitación de formadores, a la sistematización y evaluación de experiencias educativas y de proyectos de intervención social. Su trabajo se ha centrado en el campo de la educación popular, los movimientos sociales populares, las pedagogías subalternas y de resistencia, y la investigación-acción-participativa.



## Índice

Introducción. . . . .	7
La fundación de Coyolillo . . . . .	15
Tío Juan Bueno . . . . .	19
¿Venimos de África? . . . . .	21
Abuelos y abuelas . . . . .	25
La vida en el tiempo de antes . . . . .	29
Zapatistas y carrancistas . . . . .	49
Cuando Manuel Parra dominaba . . . . .	53
La lucha por el ejido . . . . .	59
Después del ejido . . . . .	69
Calamidades que agobiaron al pueblo . . . . .	73
Costumbres que se van perdiendo . . . . .	75
Curanderas, parteras y brujos . . . . .	81
Lo que sabemos de la siembra . . . . .	85
Cortando caña somos número uno . . . . .	93
San Isidro, la Santa Cruz y Todos Santos . . . . .	101
Carnaval es disfrazarse . . . . .	109
Dossier fotográfico . . . . .	129
Glosario . . . . .	147
Referencias . . . . .	153
Agradecimientos . . . . .	154
Los autores . . . . .	155



Siendo rector de la Universidad Veracruzana  
el doctor Martín Gerardo Aguilar Sánchez,  
DE MI COYOLILLO LES VOY A CONTAR. HISTORIAS DEL PUEBLO Y SU GENTE  
de Octavio López Zaragoza, María Cristina Núñez Madrazo,  
Adriana Duch Carvallo y Zulma V. Amador Rodríguez  
se terminó de imprimir en septiembre de 2020,  
en los talleres de Lectorum, S.A. de C.V. Belisario Domínguez 17, Loc. B,  
col. Villa Coyoacán, CP 04000, Ciudad de México, tel. (55)55813202.  
La edición, impresa en papel cultural de 90 g,  
consta de 200 ejemplares más sobrantes para reposición.  
Se usaron tipos Goudy Old Style de 18:28, 11:14 y 9:11 puntos.  
Cuidado editorial y maquetación: Aída Pozos Villanueva.

**E**ste libro nace del interés del maestro mascarero Octavio López Zaragoza para dar a conocer la historia de su pueblo, desde la palabra viva y la memoria de los abuelos y abuelas. Es un testimonio sobre la historia de Coyolillo, localidad rural de población afrodescendiente situada en el valle de Actopan, en el centro del estado de Veracruz.

A partir de un ejercicio transdisciplinario se recupera el potencial epistemológico de la historia oral en un proceso de construcción colectiva de conocimiento, dando el lugar protagónico al testimonio. Así, la historia del pueblo se devela a través de los relatos y la memoria colectiva emerge de la palabra viva, para construir un mosaico de imágenes que sus protagonistas nos ofrecen para explicar el devenir de su comunidad. De esta manera se hace posible visibilizar las voces históricamente silenciadas y recuperar la historia desde las subjetividades y las experiencias de vida de los sujetos.



ISBN 978-607-502-954-2



9 786075 029542 >